

El porvenir  
según las profecías de la Palabra de Dios

**Autor: H. L. Heijkoop**

En estos últimos tiempos, en estos días en que los corazones de los hombres se llenan de espanto a causa de las cosas que suceden o han de acontecer pronto, nos es grato ofrecer, a creyentes y amigos de habla castellana, la presente adaptación de la obra del siervo del Señor y autor cristiano holandés H. L. Heijkoop; la cual, publicada en artículos en una revista bíblica juvenil, fue luego compilada e impresa.

**Aviso legal / Derechos:**

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

# Índice

Prólogo a la versión castellana.....	7
Introducción a la investigación de las profecías.....	9
¿A quién da Dios las profecías?.....	10
El porvenir del diablo.....	12
Objeto y finalidad de las profecías.....	13
El estudio profético, ¿es especulativo?.....	16
Preparación para el estudio de las profecías.....	17
Método de investigación.....	19
Las profecías forman un todo.....	20
El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.....	22
La transfiguración de Jesús.....	24
El lucero de la mañana.....	24
El porvenir de la Iglesia.....	28
Los fieles del Antiguo Testamento, ¿perteneían también a la Iglesia?.....	29
La distinción entre la Iglesia e Israel.....	30
¿Cuál es el porvenir de la Iglesia?.....	31
¿Cómo recogerá el Señor a su Iglesia?.....	32
¿Cuándo se verificará esto?.....	33
El porvenir de la cristiandad.....	35
El reino de los cielos.....	35
La decadencia de la Iglesia.....	36
La historia de la Iglesia.....	38
Después del recogimiento de la Iglesia.....	39
La historia de la Iglesia tal como Jesucristo la ve.....	42
La decadencia.....	43
Éfeso.....	43
Esmirna.....	44
Pérgamo.....	44
Tiatira.....	45
Sardis.....	46
Filadelfia.....	47
Laodicea.....	47
¿Tiene Israel un porvenir?.....	50
Las promesas de Dios.....	51
El gobierno de Dios.....	52
La vocación de Dios.....	52

Los pactos en el desierto .....	53
En la tierra de Canaán .....	54
¿Ha desechado Dios a su pueblo? .....	54
Las profecías .....	55
<b>El porvenir de Israel.....</b>	<b>57</b>
¿Cómo y cuándo volverá Israel a Palestina? .....	57
¿Cuándo empezaron las 70 semanas? .....	58
¿Cuál es la duración de una “semana”? .....	58
La septuagésima semana ¿se ha cumplido ya? .....	59
¿Cómo será restaurado Israel en su condición de nación? .....	60
¿Cómo les traerá Jehová a su tierra? .....	61
¿Hallará Israel tranquilidad y paz en Palestina? .....	62
¿Cuándo volverán las diez tribus a su tierra? .....	62
Conclusión.....	63
<b>El porvenir de Europa Occidental.....</b>	<b>64</b>
¿Gobierna Dios la tierra? .....	64
¡Dios da el gobierno del mundo a príncipes paganos!.....	65
La historia profética del Imperio romano.....	65
¿Existe aún el Imperio romano?.....	67
El Señor Jesucristo ¿ha venido ya en las nubes del cielo? .....	67
¿Cómo será restaurado el Imperio romano?.....	68
¿Qué características tendrá el Imperio romano?.....	69
¿Qué religión tendrá este imperio.....	70
La última guerra de Europa Occidental.....	70
¿Dónde se desarrollará esta lucha?.....	71
<b>El anticristo .....</b>	<b>72</b>
El hombre de pecado .....	73
El hijo de perdición .....	74
El rey de los judíos.....	74
Las dos bestias .....	76
<b>El porvenir de los pueblos alrededor de Palestina.....</b>	<b>78</b>
Un principio importante para comprender la profecía.....	78
El Imperio greco-macedónico .....	78
Egipto y Siria.....	79
¡Invasión en Palestina! .....	80
Un concierto con la muerte, y un pacto con el infierno.....	80

¡El aliado del rey del Norte!.....	81
El transcurso de la campaña.....	81
Asedio y conquista de Jerusalén.....	82
El orden cronológico de los acontecimientos.....	82
El porvenir de las naciones árabes.....	83
Egipto y Asiria ¿serán destruidos enteramente?.....	84
<b>El porvenir de Rusia.....</b>	<b>85</b>
¿Cuándo se efectuará esta invasión?.....	86
¿Quién es Gog?.....	86
¿Quiénes serán los aliados de Rusia?.....	87
¿Qué carácter tendrá Rusia?.....	87
¡El juicio sobre Rusia!.....	88
<b>El milenio.....</b>	<b>90</b>
El juicio de los vivos.....	90
La maldición de la tierra es quitada.....	91
La justicia reinará.....	92
No más guerra.....	92
Satanás atado.....	93
¿Qué lugar ocupa Israel?.....	94
La parte de la Iglesia.....	95
La nueva Jerusalén.....	96
La justicia y la paz se besaron (Salmo 85:10).....	97
<b>Fin del milenio.....</b>	<b>99</b>
El diablo desatado.....	99
Gog y Magog.....	100
La resurrección de los justos.....	100
¿Acaso no resucitarán los santos e incrédulos a la vez?.....	102
La resurrección de condenación.....	103
El gran trono blanco.....	104
El último juicio.....	105
<b>La eternidad.....</b>	<b>107</b>
El primer Adán y el postrer Adán.....	107
Nuevos cielos y nueva tierra.....	108
He aquí, yo hago nuevas todas las cosas (Apocalipsis 21:5).....	109
En los cuales habitará la justicia.....	110
¡Y el mar ya no existía más!.....	110

La Iglesia en la eternidad.....	111
Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos .....	112
La parte del vencedor .....	112
<b>Otras observaciones sobre las profecías.....</b>	<b>114</b>
Resumen.....	114
¿Qué naciones serán juzgadas en Palestina? .....	116
¿Es Rusia el “Ras” o “Ros” de Ezequiel 38 y 39?.....	117
Las setenta semanas de años de Daniel (cap. 9) .....	119
La creación.....	120
La posesión del país .....	120
La decadencia y el juicio .....	121
La restauración y la reconciliación .....	121

## Prólogo a la versión castellana

En estos últimos tiempos, en estos días en que los corazones de los hombres se llenan de espanto a causa de las cosas que suceden o han de acontecer pronto, nos es grato ofrecer, a creyentes y amigos de habla castellana, la presente adaptación de la obra del siervo del Señor y autor cristiano holandés H. L. Heijkoop; la cual, publicada en artículos en una revista bíblica juvenil, fue luego compilada e impresa.

Una ojeada al sumario manifestará enseguida la importancia de los temas tratados o, mejor dicho, apenas bosquejados, ya que ¿quién podría realizar un estudio exhaustivo de las profecías o “agotar” alguna porción de la Palabra de Dios? Dentro de los límites que se ha propuesto el autor, y desde un punto de vista adicto a la sana doctrina, es una obra de mucho valor sobre un tema generalmente tan desconocido como lo es el estudio detenido de las profecías y el porvenir del mundo.

De lectura amena y clara, el gran acopio de citas bíblicas ofrece abundante material de estudio y meditación y despierta el deseo de escudriñar estas porciones de la Biblia en aquellos que no están aún familiarizados con ellas. Por otra parte, aumenta el afecto e interés de aquellos que las conocen ya de alguna manera.

En cuanto a las objeciones que oponen algunos al estudio detenido de las profecías, el lector las encontrará contestadas en la introducción que va a continuación. Sin embargo, cada uno es invitado a sondear las Escrituras por sí mismo, con actitud dependiente del Señor, y a extraer así una amplia bendición. Solo citaremos, entre otras pruebas de seriedad que ofrece la presente obra, la **falta absoluta** de cualquier clase de cálculos en cuanto al día y la hora de la segunda venida del Señor (Mateo 24:36).

Al analizar los beneficios de un estudio detenido y serio de las partes proféticas de la Palabra de Dios, a las cuales –nos dice el apóstol Pedro– “hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro” (2 Pedro 1:19), vemos que son numerosos y de gran importancia.

En efecto, el conocimiento cierto de las líneas generales de los grandes acontecimientos que han de verificarse después de la bendita venida de nuestro Redentor para arrebatarse a sus amados (1 Tesalonicenses 4:14-16) y hasta el fin de este mundo, nos hace ver todas las cosas desde otro ángulo.

Nos recuerda en primer lugar que, hoy más que nunca, hemos de estar alerta ante los peligros inminentes, no dejándonos engañar por el enemigo de nuestras almas y guardando nuestros vasos en santidad, “sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14).

En segundo lugar, además de todos los sentimientos de gratitud que tan sublime revelación ha de hacer brotar en nuestros corazones, el conocimiento de las profecías ha de ser un poderoso estímulo para pregonar al mundo perdido, cual Noé, Jonás o el mismo Señor: “El reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio” (Marcos 1:15).

Las profecías han de recordarnos que, ante la catástrofe que se avecina, somos testigos de la gracia de Dios.

Por fin, como dijo un hermano con mucho acierto: «Debemos tener siempre presente que no estudiamos la profecía por lo que la profecía es en sí, sino teniendo siempre en cuenta que el centro, fin y propósito de la profecía es Cristo, el Hijo de Dios, en su humillación aquí en el mundo o en su exaltación en gloria».

Unas palabras todavía en cuanto al texto. Aunque adaptación, el presente libro refleja con mucha fidelidad el pensamiento del autor. Las citas son hechas de la versión Reina-Valera.

Resta, pues, suplicar al Padre de las luces que bendiga la lectura y la meditación de su preciosa Palabra.

“ Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca (Apocalipsis 1:3).

“El que da testimonio de estas cosas dice: ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22:20).

## Introducción a la investigación de las profecías

Hay una pregunta que surge a menudo en nuestra mente, y es la siguiente: ¿Qué nos traerá el futuro? ¿Qué será del día de mañana?

Por cierto que esta pregunta no es nueva; centenares de generaciones la habrán formulado antes que nosotros, pero, después de dos guerras mundiales, con sus indescriptibles séquitos de miserias, enfermedades y plagas, y ante el temor justificado de un tercer conflicto que abarcaría todos los términos de la tierra, esta pregunta ha llegado a preocupar, en grado sumo, a nuestros contemporáneos.

Si la última guerra mundial (1939-1945) fue ya tan horrible, con sus encarnizadas batallas, sus armas diabólicas, sus campos de concentración en los cuales la dignidad y el respeto humanos eran reducidos a la nada; con sus bombardeos aéreos y sus destrucciones intencionadas de grandes ciudades, en las cuales perecieron hasta 120.000 almas en una sola noche, ¿qué sería entonces una próxima guerra en la cual los beligerantes hicieran uso de armas más perfeccionadas, de un insospechable poder mortífero? y ¿cuál sería el desenlace? ¿Desaparecería Rusia del mapa, aniquilada por las bombas atómicas, de hidrógeno o bacteriológicas de los Estados Unidos de América y sus aliados occidentales? O, por el contrario, ¿serán subyugados dichos aliados por los ejércitos soviéticos invasores y la acción combinada de sus quintas columnas? ¿Qué ocurrirá?..

Todo esto es causa de un miedo indecible y plantea problemas en el corazón humano sin que nadie, ni los mejores publicistas, ni los más sagaces políticos o «profetas» de nuestro tiempo sean capaces de contestar a tan angustiosas preguntas.

Nuestro pobre mundo está desquiciado, los hombres andan a ciegas, sin ideal y sin norte, en unas tinieblas espirituales cada vez más densas.

Se habla del “ocaso de Occidente”, de la crisis de la civilización cristiana; los filósofos llegan a analizar el mal de nuestra época, pero son totalmente incapaces de remediar dicha enfermedad.

Y, sin embargo, hay Alguien que puede contestar y resolver todas las preguntas y dudas del corazón humano. Sí, **todas**.

En efecto, DIOS HA HABLADO y SU PALABRA ha quedado perenne entre nosotros, recogida en 66 libros que forman la Biblia, biblioteca divina, luz y guía para todas las generaciones. En este Libro Santo, en el cual nos habla el mismo Creador, encontraremos la contestación deseada. Cuando estas preguntas se refieren al estado personal del hombre, el Señor, por medio de su Pa-

labra, revela la íntima naturaleza del ser humano: “No hay justo, ni aun uno... no hay quien busque a Dios... no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno... por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:10-23).

Y si el hombre, convicto de sus pecados, pregunta con afán: «¿Qué es menester que yo haga para ser salvo?» recibe entonces la siguiente respuesta:

Cree en el señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa

“ (Hechos 16:30-31).

Si alguien pregunta por su porvenir personal, la contestación de Dios es clara y no deja lugar a dudas: “Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras” (Apocalipsis 20:11-15).

Y cuando surge en la mente del pecador la pregunta: «¿Cómo escaparé de este juicio venidero?», llega asimismo la divina contestación: “Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna... El que en él cree, no es condenado” (Juan 3:16 y 18).

De la misma manera Dios se digna contestar claramente las preguntas acerca del porvenir de la tierra, del porvenir de Rusia, de Europa Occidental, de Palestina y de la suerte futura de la humanidad entera. Acaso, ¿no sabía estas cosas el Dios Eterno, aquel... “que anuncia lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad, lo que aún no era hecho. Que dice: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero?” (Isaías 46:10).

Ciertamente Dios conoce el porvenir, y lo que es aun más importante para nosotros, en su infinita bondad y misericordia él quiere revelárnoslo. En efecto, leemos en el Libro del profeta Amós (cap. 3:7): “Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas”.

## **¿A quién da Dios las profecías?**

La anterior cita del profeta Amós nos da ya la contestación: ciertamente, no al mundo. Desde luego, el porvenir del mundo está ya profetizado. ¿Nos hemos fijado, acaso, en que una parte importante de las profecías la constituye el anuncio del juicio venidero sobre los diferentes pueblos

y naciones? Y, ¿no es un hecho notable que aquella parte del libro de Daniel que trata mayormente del porvenir de los pueblos que rodean el Mediterráneo haya sido escrita en arameo y no en hebreo, como el resto del libro?

Sí, Dios ha dado también las profecías para recordar al mundo que el juicio final se aproxima y para que dicho mundo pueda arrepentirse de antemano. Citamos solo a Noé, aquel “pregonero de justicia” (Génesis 6 y 2 Pedro 2:5), quien, mientras edificaba el arca, llamaba a todos al arrepentimiento, y al profeta Jonás, quien vaticinó el juicio que se cernía sobre Nínive (Jonás 3:4).

No obstante, como hemos visto, Dios no se dio a conocer ni se reveló a los incrédulos. Dicen las Sagradas Escrituras que

“ Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo  
(2 Pedro 1:21). ”

¿Cómo podrían los incrédulos estudiar las profecías con fruto...? Aun cuando creyeran que la Palabra de Dios es la Verdad, ¿cómo podrían escudriñar con corazón apacible la manera en que “la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad”? (Romanos 1:18). ¿Cómo podrían quedarse impasibles al oír decir de Jesucristo, al cual no quieren aceptar: “por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra y debajo de la tierra y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:9-11) y “porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies”? (1 Corintios 15:25).

Y, finalmente, ¿cómo podrían entender con su inteligencia natural, entenebrecida por el pecado, las revelaciones de Dios, dadas a conocer por sus santos varones inspirados por el Espíritu Santo?

Dice la Palabra, por boca del apóstol Pablo: “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:9-16).

Es, pues, imprescindible gozar de dos privilegios para poder estudiar las profecías con tranquilidad y provecho: primeramente, es preciso que uno tenga la certidumbre de ser salvo, habiendo confiado sin reservas en la obra redentora de Cristo en la cruz (lo cual significa que el creyente

no pertenece ya a este mundo sobre el cual han de sobrevenir los juicios del Señor); y, en segundo lugar, el Espíritu Santo debe morar en tal hombre. Solamente, pues, los cristianos legítimos, es decir, los que cumplen estas condiciones, pueden entender las profecías (Juan 16:13).

## **El porvenir del diablo**

Entonces, ¿cómo es que tan gran número de cristianos no se ocupan de las profecías, ni entienden casi nada de ellas...? Es sencillamente por la gran astucia de Satanás, el cual ha deslumbrado los ojos de ellos, de modo que no advierten la gran importancia del estudio de las profecías. El diablo conoce de sobra la suerte que le está reservada (Apocalipsis 20:1-3), sabe perfectamente que vendrá un tiempo en que Jesucristo avergonzará al reino de las tinieblas hasta que no subsista ya más (Isaías 24:21-22).

Hasta los demonios saben esto, como resulta de la comparación de los tres pasajes del Evangelio en los cuales figura la historia del endemoniado gadareno (Mateo 8:29, Marcos 5 y Lucas 8), y temen ser arrojados al abismo antes del tiempo descrito en Apocalipsis 20. Y el diablo teme –con motivo, por cierto– que si los cristianos se ocupasen del juicio que se avecina contra él, y de la destrucción del mundo del cual él es príncipe, su influencia sobre ellos quedaría deshecha y se produciría entre los cristianos una separación total del mundo, en el cual, sin embargo, siguen viviendo. Porque así lo dispuso el Señor (Juan 17:14-15).

El hecho de que gran parte de la Palabra de Dios sea profecía ¿no prueba, acaso, la importancia que Dios concede a esta, para sus hijos? ¿No concede Dios promesas especiales para los que están escudriñándola? (Apocalipsis 1:3 y 22:7). Si, cuando el Creador de los cielos y de la tierra llama a sus hijos para manifestarles, como Padre, sus pensamientos, y estos hijos no demuestran tener el menor interés en ello (Génesis 18:17; Efesios 1:8-10); y si cuando el Señor Jesucristo dice:

“ Os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer (Juan 15:15; Apocalipsis 1:1),

hacemos caso omiso de sus palabras, ¿qué debemos pensar respecto a semejante conducta, a semejante ingratitud?

## Objeto y finalidad de las profecías

Muchos cristianos saben DE DÓNDE y DE QUÉ han sido rescatados, pero no han aprendido PARA QUÉ lo han sido. Bástales saber que están seguros de la salvación que han recibido en Cristo, mas ¿no deberían también aspirar a conocer todas las consecuencias de tan grande salvación? Hablando a los efesios, dice el apóstol Pablo: “No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones; para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento; para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza...” (Efesios 1:16-19). No solo hemos de saber que la casa del Padre será nuestra morada (Lucas 16:22-24), sino que hemos de gozarnos en todos los privilegios de esta gloriosa posición. “Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia” (2 Pedro 1:3).

Dios nos ha asignado, en la gloria de Cristo y de la Iglesia, un porvenir que está basado en sus propósitos, del cual el estudio ocupa nuestro corazón de pensamientos, llevándonos a la comunión con Él. Este es uno de los propósitos que Dios quiere conseguir al darnos las profecías. Nos las dio como a amigos suyos, para hacernos partícipes de sus sentimientos. ¿Podía, acaso, darnos mayor prueba y confianza? (Juan 15:15; Efesios 1:9; Génesis 18:17).

El corazón humano siempre debe tener un ideal u objeto en qué ocuparse. El hombre no puede actuar con vistas al porvenir si no piensa en él. Si no tenemos ante nosotros el ideal que Dios nos presenta, entonces, indubitablemente, otras cosas nos entretendrán, pero dichas cosas serán fruto de nuestra propia imaginación y todo nuestro comportamiento estará caracterizado por ellas. Siempre ocurre lo mismo: si uno anhela el poder, los honores, las riquezas o los placeres de este mundo, entonces actuará de conformidad con sus deseos. Pero si, en cambio, el cristiano está ocupado en las cosas futuras y comprende que es vocación de la Iglesia la de ser partícipe de la gloria celestial venidera ¿cuáles serán entonces las consecuencias para él? No pueden ser otras que su obligación de vivir como peregrino y extranjero.

A este respecto J. N. Darby escribió: «Al distinguir el creyente la profecía relacionada con la tierra, entendería mejor la naturaleza de las promesas terrenales hechas a los judíos y aprendería a separarlas de las que se refieren a nosotros, los gentiles; juzgaría el espíritu del siglo y preservaría su corazón de hallarse absorto en los negocios meramente humanos y asimismo de muchos

cuidados y distracciones dañosas para la vida de un creyente; experimentaría una feliz dependencia de Dios, quien ordenó todas las cosas y quien conoce el “fin desde el principio”, y se entregaría enteramente a esa esperanza que le ha sido dada y al desempeño de estos deberes que se desprenden de ella».

Verdaderamente, si un cristiano no pone sus esperanzas y anhelos en el futuro, sus pensamientos estarán fijados en el tiempo presente y toda su manera de vivir reflejará este modo de pensar; buscará entonces su felicidad en las cosas terrenales, no siempre materialistas o groseras, pero que logran apartar su mente de las cosas del Señor. ¿Cuántos cristianos –ya ancianos, ya jóvenes– dedican todas sus energías físicas e intelectuales a intentar mejorar este mundo desquiciado, un mundo que demostró tal grado de corrupción que rechazó al Hijo del Dios viviente? (Juan 12:31).

Uno de los argumentos que maneja el Maligno para apartar al cristiano del estudio de las partes proféticas de la Biblia es la afirmación según la cual el significado de dichas profecías solo puede averiguarse una vez cumplidas estas. Ello equivale a decir que su verdadera finalidad es la de demostrar el origen divino de las Sagradas Escrituras por medio de las profecías ya cumplidas. Es cierto que las profecías cumplidas también sirven para tal meta, pero cabe preguntarnos: ¿Es esta la verdadera finalidad?

¿De qué provecho le hubiera sido a Noé la revelación de que Dios iba a destruir a la humanidad, si el patriarca se hubiera imaginado que tenía que esperar hasta el cumplimiento de dicha profecía para poder entenderla? (Génesis 6:7). En tal caso, huelga decirlo, hubiera perecido en el diluvio y no hubiera visto su cumplimiento. ¿De qué provecho serían para el hombre las solemnes advertencias del Señor Jesucristo (Mateo 24:15-18), si no pudiese comprenderlas ni creerlas ANTES de verificarse? Precisamente por el conocimiento de las profecías aún no cumplidas y por la fe en ellas los creyentes se apartan del mundo incrédulo.

Acaso ¿no escribe el apóstol Pedro que la Palabra profética “es como una antorcha que alumbraba en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca” y a la cual hacemos bien de estar atentos? (2 Pedro 1:19).

Pues, ¿cuándo tenemos que estar atentos a dicha palabra? ¿Cuando esté cumplida y toda la luz haya sido hecha sobre el asunto? De ningún modo; la finalidad de las profecías es la de una antorcha que ilumina la senda del peregrino en este mundo entenebrecido; porque... ¿a quién se le ocurre sacar una antorcha encendida en pleno día para comprobar si resplandece el sol o no?

Preguntémosnos: ¿En qué estado estaríamos si esta hubiera sido nuestra contestación, nuestro modo de agradecer la infinita gracia de Dios, el cual se digna comunicarnos sus íntimos pensamientos...?

¿No hay, acaso, nada que interese a la Iglesia de Cristo en todas esas santas revelaciones? ¿Necesita la Iglesia aun más pruebas para convencerse de la veracidad de la Palabra de Dios? Porque no corresponde a la Iglesia discutir o establecer si lo que Dios ha dicho es verdad. ¡Cuán terriblemente insultaríamos la bondad y la amistad de Dios si obráramos de semejante modo! Como cristianos no necesitamos ser testigos de un acontecimiento para creer que lo que Dios dice es cierto y que su Palabra es Verdad. Y sabemos ya que las profecías son parte integrante de las Sagradas Escrituras.

Pero hay más que esto. La mayor parte de las profecías –y en cierto sentido podríamos decir todas las profecías– tendrán su cumplimiento al final de la dispensación en que vivimos. Ahora bien; en aquella época, la Iglesia ya no estará en la tierra y será demasiado tarde para convenirse de la verdad de ellas; tampoco podrán emplearse para convencer a los demás, ya que precisamente el horrendo juicio que vendrá sobre los incrédulos será suficiente demostración de la verdad profética.

Mas, sobre todo, las revelaciones del Señor nos han sido dadas para dirigir nuestra marcha en el camino que Él nos ha trazado y para servirnos de consuelo al ver que es Dios quien, al fin, ordena la marcha de todos los acontecimientos, y no el hombre.

Esto recuerda, asimismo, el dicho del salmista:

Lámpara es a mis pies tu Palabra y lumbrera a mi camino



(Salmo 119:105).

Y más particularmente en el pasaje ya citado del apóstol Pedro hemos visto que la Palabra profética es una antorcha (o lámpara) que alumbra en lugar oscuro.

Así, pues, podemos ver en ella todo lo que Dios ha hablado; leemos en ella que todo está ordenado desde el principio y podemos estar tranquilos. Completamente apartados de las cosas mundanas, sin prestar atención a las maniobras políticas de los poderosos, podemos admirar de antemano la profunda y perfecta sabiduría de Dios. Adquirimos así entendimiento, nos adherimos espiritualmente a Aquel que nos redimió en Cristo y no confiamos más en nuestras débiles fuerzas ni en nuestra propia opinión. Vemos en los acontecimientos que se verifican alrededor

de nosotros el desarrollo de los planes y propósitos del ALTÍSIMO y no ya las consecuencias de las luchas y pasiones humanas. Y, sobre todo en los acontecimientos que tienen que suceder en el tiempo del fin, las profecías nos muestran todo lo que Dios quiere que sepamos acerca de él: su fidelidad, su justicia, su poder y su paciencia; pero, al mismo tiempo, el juicio que ejercerá de manera irrevocable sobre toda iniquidad, purificando al mundo de todos los que pervierten la tierra, con el fin de que su gobierno (reino) sea establecido en paz y bendición.

El juicio de Dios, aquel “día grande de Jehová, cercano y muy próximo... día de ira... de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tiniebla y de oscuridad” (Sofonías 1:14-18), ese juicio sobre las naciones se avecina. La Iglesia de Cristo está enterada de esto y, gracias a la enseñanza y unción del Espíritu Santo, lo entiende, lo cree y escapa de las cosas que están por venir.

## **El estudio profético, ¿es especulativo?**

Otro argumento que presentan a menudo para no dedicarse al estudio de las porciones proféticas de las Santas Escrituras, es que dicho estudio es demasiado «especulativo», es decir, que da fácilmente lugar a que se intercale entre la Palabra de Dios y nuestro pobre y ruin entendimiento nuestro propio modo de ver las cosas, nuestros propios designios, a los que podemos confundir con la santa voluntad de Dios.

En apoyo de dicho argumento se citan las estrambóticas afirmaciones de sectas tales como los llamados «testigos de Jehová» o «rusellistas», «mormones», «adventistas» y otros falsos doctores de la Palabra de Dios. Debemos admitir que las aserciones de esta gente son, en efecto, engañosas y muchas veces sin fundamento alguno en las Sagradas Escrituras. Pero ¿estas profecías dejarán de ser buenas en sí mismas porque hombres extraviados hayan abusado de ellas?

La doctrina de la propiciación y de la obra redentora de Cristo ¿no ha sido objeto muchas veces de interpretaciones netamente especulativas, las cuales han dividido y siguen aún dividiendo a la cristiandad?

Basta citar, de paso, las principales de ellas desde el siglo II en adelante: el Gnosticismo, según el cual la redención venía a ser una parte del desenvolvimiento general de la Naturaleza, separando la materia del espíritu; el Arrianismo, que negaba la completa divinidad de Cristo; el Nestorianismo, el Monofisitismo y el Montelismo, que enseñaban errores en cuanto a la naturaleza o voluntad humana y divina de Jesús; y desde la Reforma acá el Unitarismo, nuevo brote de Arrianismo, defendido por el aragonés Miguel Servet (muerto en 1563). ¿Hay siquiera parte alguna de

la Biblia de la cual desgraciadamente no se haya abusado? Y esto, sin embargo, no será motivo suficiente para que desechemos la Biblia. ¡Al contrario! El hecho de que muchos hayan sido engañados en materia profética ¿no se debe, acaso, al hecho de que la desconocen casi por completo? O si se quiere un ejemplo: No me equivoco nunca de camino en la ciudad en la que vivo, allí donde conozco cada calle en particular, donde cada rincón me es familiar, pero sí me equivoco cuando me encuentro como forastero en algún sitio desconocido.

De la misma manera, si oteo el porvenir desconociendo las profecías o conociéndolas de manera insuficiente, todo lo veré turbio o borroso y trataré de suplir esa visión defectuosa con mis propios pensamientos. Estas serán entonces verdaderas «especulaciones» y fantasías de la imaginación humana.

Examinemos, por ejemplo, la profecía según la cual “la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar”. ¿Qué cristiano no se sentirá feliz pensando en aquel tiempo? Pero, ¿cómo se realizará dicho vaticinio? Si doy ahora rienda suelta a mi imaginación, doy entonces lugar a las divagaciones de mi pobre corazón, ignorante y pervertido por el pecado. Empero, si dejo hablar a la Palabra de Dios, entonces el mismo capítulo de donde hemos sacado este versículo me da la divina contestación (Isaías 11:9).

El Señor no nos ha llamado a ser profetas. Su Palabra está completa, como leemos en Colosenses 1:25: “De la cual fui hecho ministro (servidor)... para que anunciase cumplidamente la palabra de Dios”, o mejor dicho: “... para completar la palabra de Dios” (versión Darby). Esto significa que no habrá ya más revelaciones. Por lo tanto, cualquiera que alega una cosa que no está en la Biblia solo da a conocer el producto de imaginaciones humanas.

Esto no tiene nada que ver con la investigación sencilla, seria y piadosa de todo lo que ha sido revelado en las Sagradas Escrituras.

## **Preparación para el estudio de las profecías**

El espíritu con el que hemos de entregarnos al estudio de las profecías está claramente caracterizado por el pasaje bíblico de la vocación de Isaías, a quien el Señor había llamado al ministerio profético; pero, aunque se trata aquí de un «Nabi'» (término hebreo traducido por profeta, que significa: aquel que anuncia), la índole de la preparación siempre es la misma. No se trata de fuerza intelectual, ni de sentimientos naturales, ni tampoco de exactitud de criterio.

Si Dios es el Maestro y los discípulos aquellos que han sido salvos por su gracia, entonces dicha preparación tendrá que ser moral y espiritual. Las profecías no han de servir de base a ninguna clase de especulaciones, sean de orden intelectual o filosófico; ellas se dirigen a la fe con el fin de ser aceptadas por esta como parte integrante de la Palabra de Dios.

En el caso concreto de Isaías, él vio al Señor de los ejércitos celestiales y oyó las voces de los serafines: “Santo, Santo, Santo, Jehová de los ejércitos: toda la tierra está llena de su gloria”. En presencia de esta gloriosa visión desapareció toda la soberbia y jactancia del profeta, quien tuvo, asimismo, una noción más profunda de su estado perdido y pecaminoso y, al mismo tiempo, del de su pueblo en medio del cual vivía. Entonces exclamó: “¡Ay de mí! Que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Isaías 6:5).

Esta es la condición por la cual hemos de pasar nosotros también.

Mas luego viene el anuncio de la gracia; Isaías oye que su culpa ha sido borrada y que es declarado limpio de su pecado. Cuando el corazón humillado llega al conocimiento de la gracia divina, entonces no ve solo al Señor de los ejércitos celestiales sentado en su trono, sino que le ve caminando hacia la Cruz, y contempla allí, en su costado traspasado, la señal de la plena redención y nuestro corazón se queda libre y feliz en el amor de Dios, hallándonos preparados de esta manera para el estudio de la Palabra profética. Así podemos ver el juicio que ha de venir sobre varios pueblos y personas y, al fin, sobre los muertos, mostrándonos lo que hubiera sido nuestra suerte en caso de no haber intervenido la gracia divina a favor de nosotros. Y si entonces suena la voz del Señor preguntando: “¿A quién enviaré?”, contestaremos también: “Heme aquí, envíame a mí”.

¿Cómo podemos, en efecto, contemplar el juicio que se avecina sobre este mundo y no estar dispuestos a comunicar a las almas el mensaje de la gracia divina que hemos oído?

## Método de investigación

Si vamos a ocuparnos del contenido de las profecías, puede formularse la siguiente pregunta: ¿Cómo es posible que los resultados de diferentes investigadores se hallen tan en desacuerdo unos con otros?

Así tenemos, por ejemplo, a un exegeta afirmando que la primera bestia que aparece en el capítulo 13 del Apocalipsis es un símbolo de las autoridades políticas de la humanidad entera en todos los tiempos y consideradas como un todo. Otro estudioso de la Biblia pretende ver allí una figura del Anticristo, mientras que el jesuita José María Bover combina hábilmente dichas opiniones al decir: esta “bestia del mar”, la bestia por antonomasia, símbolo del Anticristo, representa las fuerzas políticas o la potencia estatal contra Dios o contra Cristo y su Iglesia. Sube del mar o viene del Occidente porque entonces estaba representada por la Roma Imperial anticristiana. Los adventistas, a su vez, afirman que se trata del papado. En cambio, veremos más adelante que, en realidad, tenemos aquí una representación del Imperio romano.

La respuesta a estas objeciones es la siguiente: para entender los pensamientos del Señor en materia profética, hace falta tener en cuenta dos requisitos esenciales, a saber:

1. que las Sagradas Escrituras son perfectas;
2. que Dios mismo ha dado la clave para su interpretación.

Ciertamente, la Palabra de Dios, la Santa Biblia, es perfecta. Esto significa que no falta nada en ella y que en la misma encontramos todo cuanto es preciso para entenderla. Por ejemplo, no necesitamos ningún libro de arqueología para comprender el sentido espiritual del gran día de la expiación (Levítico 16) o de los enseres del Tabernáculo (Éxodo 25-40), ya que tenemos la divina interpretación en Hebreos y otras epístolas. Lo mismo ocurre en cuanto a las profecías. En ellas tenemos todos los pensamientos del Señor en cuanto al porvenir, tal como a él le ha placido comunicárnoslo. Y no precisamos ciencia humana alguna para comprenderlo, mas al contrario, el uso de estos recursos humanos aumenta el peligro de no discernir ya el verdadero sentido de la profecía. ¡Cuántas veces han sido tergiversadas –y siguen siéndolo– queriendo explicarlas sobre la base de libros de Historia o ajustándolas a determinado sistema teológico de humana invención!

El único método de investigación consiste en averiguar el sentido de las profecías en la Palabra de Dios exclusivamente. Y si, no obstante, se quiere echar mano a los manuales de Historia profana, será para examinarlos de conformidad con lo que las Sagradas Escrituras nos han revelado en sus partes proféticas.

Esto puede ser solo cuando los divinos vaticinios han sido estudiados con la clave que el mismo Señor nos ha entregado: “Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada; porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:20-21). Pues aunque esa profecía haya sido pronunciada por un hombre escogido de Dios, este hombre no era el verdadero autor. Todos aquellos santos varones de Dios que hablaron y escribieron tales profecías no lo hicieron por propia iniciativa, ya que detrás de todos ellos estuvo un Autor: el Espíritu Santo, quien inspiró a todos los profetas para proclamar dichos vaticinios, con el fin de que fueran “la boca de Dios”, el instrumento del cual el Creador se vale para comunicar su voluntad a su pueblo. Así pues, la misma Escritura dice que los profetas no comprendieron muchas veces el sentido de sus propios testimonios. “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A estos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas” (1 Pedro 1:10-12). Y a Daniel el Señor le dijo que no investigase “las palabras selladas”, porque no estaban destinadas a él (Daniel 12:8 y siguientes).

## **Las profecías forman un todo**

Resulta, pues, de ello, que todas las profecías han sido dadas por medio del Espíritu Santo y constituyen la totalidad de los designios de Dios, los cuales él mismo ha tenido a bien comunicarnos. Si deseamos saber cuál es la voluntad del Señor no basta escoger un solo texto, versículo, capítulo o libro de la Biblia, sino que hemos de tener muy en cuenta **la totalidad de la revelación escrita**. ¿Qué pensaría usted de un hombre que, teniendo solo parte del plano de una casa, quisiera darle una detallada descripción de todo el edificio...? Diría usted que ese hombre tiene una imaginación exuberante, pero nada más. Porque en este caso solo el arquitecto sabe de qué modo va a construir la casa y usted podrá tener la idea únicamente en caso de que dicho arquitecto formalice su proyecto en un dibujo de situación con todos los detalles y pormenores necesarios, teniendo además el pliego técnico de condiciones. Y si estudia usted todo esto, estando

capacitado para comprenderlo, entonces podrá formarse una idea completa de lo que será la casa. ¿Acaso puede usted acertar a la vista de una pequeña pieza de un rompecabezas lo que representará el cuadro entero...? Usted podrá pretender adivinarlo, pero nada más que pretenderlo, y ¡cuántas veces se equivocará ensayando sus diversas combinaciones!

Mas en cuanto sepa usted del dibujo por el modelo, será bastante fácil reproducirlo, viendo entonces a dónde corresponde cada pieza del juego.

Así sucede en cuanto a las porciones proféticas de la Palabra, pues todas ellas, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, representan juntas los futuros designios de Dios. Y solo cuando conocemos los grandes trazos de dichos pensamientos podemos comparar unas profecías con otras, viéndolas cada una con el conjunto o totalidad de ellas. Cotejando versículo por versículo, o porciones de la Sagrada Escritura entre sí, entendemos los pensamientos del Señor, siempre que tengamos además la luz inefable de su Espíritu. Si cada analista bíblico, o sencillo creyente, estudiara las profecías de semejante modo, no se hubieran formulado juicios tan diversos y a veces tan estrambóticos respecto a ellas.

El primer problema que se nos presenta ahora es la manera de hallar las grandes directrices de las profecías. Pues bien, la solución no es tan difícil como a primera vista pudiera parecer, pues el mismo Señor nos la da muy claramente en su Palabra. En efecto, leemos en Apocalipsis 19:10: “El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía”. Y en el pasaje ya leído de 1 Pedro 1:11: “El Espíritu de Cristo que estaba en ellos (los profetas), el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos”. Y también: “el cual (Dios) se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra” (Efesios 1:9-10). “Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies” (Hebreos 1:13). “Luego el fin, cuando (Cristo) entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies” (1 Corintios 15:24-25).

## El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía

Ciertamente, ese es el propósito de Dios: glorificar al Señor Jesucristo, aquella Persona de la divinidad que se humanó para realizar la voluntad de su Padre (Hebreos 10:7) y que, mientras estuvo en la tierra, podía decir: “Hago siempre lo que le agrada” (Juan 8:29), y aun: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4:34). Quien al fin de su estancia o paso por la tierra, dijo también, trasladándose en espíritu más allá de la cruz:

“ Yo te he glorificado en la tierra, he acabado la obra que me diste que hiciese (Juan 17:4).

¿Quién conocerá el gozo que experimenta el “Padre de las Luces” en el Señor Jesucristo? Aquel que crecía en gracia para con Dios y los hombres, según nos dicen las Escrituras (Lucas 2:52), aquel sobre quien el cielo se abrió al comenzar su servicio en la tierra, mientras una voz del cielo le decía: “Tú eres mi Hijo amado, en ti tengo complacencia” (Lucas 3:22), y de quien el Padre pudo más tarde testificar, cuando la transfiguración: “Este es mi Hijo amado, a él oíd”. Y él a su vez pudo más tarde testificar “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida” (Lucas 9:35 y Juan 10:17).

¿Qué pluma se atreverá a describir, qué mente humana podrá imaginar, siquiera por un instante, los sentimientos del Padre cuando Cristo fue voluntariamente a la cruz para glorificar al que le había enviado; cuando pagó en el vil leño “no con oro, ni plata, sino con su sangre preciosa”, lo que no debía; cuando glorificó allí de la manera más sublime lo que Dios es: Justicia, Santidad, Verdad, Amor (compárese: Génesis 3:5 – Salmo 22 – Zacarías 13:7 y Romanos 5:8); en una palabra, todo lo que prácticamente había negado el primer Adán; cuando Él, Cordero manso e inocente, fue abatido y abandonado por Dios (tomando el lugar de los perdidos pecadores) porque Dios quería salvar a aquellos impíos? ¿Podemos imaginarnos cuán grande es el anhelo en el corazón de Dios de glorificar a tal persona?

Y ahora, ¿no tendrá Cristo derecho a que la creación entera le sea sujeta? Como leemos en la carta a los Colosenses 1:16: “Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él”. ¿Acaso no tiene derecho el Creador a lo que ha sido creado por él? ¿No le constituyó Dios a él, como Hijo suyo, heredero de todas las cosas, sujetándolas debajo de sus pies? (Hebreos 1:2; 2:6-9).

En el libro del Apocalipsis encontramos otro derecho de Cristo: el derecho de Redentor (cap. 5:5). El Cordero que fue inmolado rescató la herencia que, al ser entregada por Adán a Satanás, había hecho a este último príncipe de este mundo. Cristo pagó el rescate con su preciosa sangre. Él es el verdadero Redentor, quien puede tomar posesión de la herencia y del contrato de venta (compárese Apocalipsis 5:5 con Jeremías 32:7-12). He aquí, brevemente, el resumen de la Revelación, sí, de todas las profecías: El Padre pone al Hijo en posesión de la herencia. Cristo es, en verdad, el centro y objeto de todos los designios y de todas las acciones de Dios Padre. Los sufrimientos del Mesías han sido puestos ya de manifiesto, mas la revelación de su gloria y magnificencia ante el mundo pertenecen todavía al porvenir. La última vez que el mundo le vio fue cuando le desprendieron de la cruz y le pusieron en un sepulcro y, visto que le rechazaron y crucificaron, su próxima manifestación en gloria y majestad irá a la par con el juicio.

Durante la vida terrenal del Señor, los discípulos solo pensaban en las glorias venideras (1 Pedro 1:11), pero no en los sufrimientos del Mesías. Ellos le conceptuaban, por lo visto, como el glorioso libertador del pueblo judío, el cual había de arrojar a los odiados ocupantes romanos, cuyas legiones contaminaban la tierra de Israel. Al mismo tiempo pensaban que iba a derrotar a todos los enemigos, haciendo del pueblo judío la cabeza de las naciones y estableciendo así su trono en Jerusalén. El caso es que, hasta cierto punto, tenían razón; todas estas cosas tenían que tener lugar en el futuro. Mas los discípulos no podían imaginarse que todo esto vendría después de los padecimientos del Mesías. Por eso el Señor resucitado tiene que decir ante los dos discípulos, camino de Emaús: “Oh, insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho. ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y que entrara en su gloria?” (Lucas 24:25-26). Pero, antes de ser crucificado –y en varias ocasiones– el Señor tuvo que decirles que debía padecer y morir (Mateo 16:21; Marcos 8:31-32; 9:31; 10:45; Lucas 9:22; Juan 12:24). Mas, para que su fe en los profetas no sucumbiera, Dios les dio una preciosa confirmación en el monte de la transfiguración. Es notable que en los tres evangelios en los que nos ha sido relatado este acontecimiento, el orden observado es el mismo. Primero habla el Señor de sus sufrimientos: “Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, y por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días. Esto les decía claramente” (Mateo 16; Marcos 8; Lucas 9). Luego anuncia Jesús a sus discípulos que verán al Hijo del Hombre venir “en la gloria de su Padre con los santos ángeles”. Y seis días después tiene lugar:

## **La transfiguración de Jesús**

Propiamente dicho, este acontecimiento no constituye una revelación profética. Es un cuadro en el cual la gloria del reino del Hijo del Hombre y todos los que tomarán parte en él, son representados de una manera clara. Primeramente vemos al Señor, cabeza y centro de todas las bendiciones y glorias; luego a Moisés, tipo de los santos muertos, mas para entonces resucitados; y a Elías, figura de los santos que entrarán en el cielo sin gustar la muerte. Asimismo vemos a los fieles que están en la tierra, sin haber sido glorificados aún, el residuo fiel de Israel, representado por los tres discípulos Pedro, Santiago y Juan. ¡Qué impresión habrá sido la del apóstol Pedro! Cuando ya anciano recordó la escena de la transfiguración, escribió que por ella había sido confirmada la palabra profética (2 Pedro 1:16-19). Ciertamente, la gloria vendrá, y el reino del Hijo del Hombre será establecido en la tierra. Jesucristo avergonzará al reino de las tinieblas, hasta que no exista ya más (Daniel 7:13-14, Mateo 24:30).

El Maligno quiso hacer desaparecer este testimonio; por mano de Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande, quitó la vida con la espada a Santiago, el hermano de Juan (Hechos 12:2) y trató de hacer lo mismo con el apóstol Pedro.

Así la consolidación de la palabra profética ya no hubiera tenido autoridad a causa de que cada palabra debe ser confirmada por dos o tres testigos (Deuteronomio 19:15).

Pero Dios vela por su testimonio y Pedro es milagrosamente libertado y, más tarde, revela en sus cartas el poder, el advenimiento y la gloria futura del Señor Jesucristo, y el apóstol Juan, a su vez, nos relata extensamente en el Apocalipsis la “Parusia” o venida del Señor, para establecer el reino de Dios.

## **El lucero de la mañana**

El apóstol Pedro añade aun en su segunda epístola una exhortación de gran importancia. En efecto, refiriéndose a la Palabra profética dice: “A la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones” (cap. 2:19). Ciertamente, este mundo es un lugar oscuro, entenebrecido desde que la noche hizo irrupción en él cuando Judas salió del aposento alto para traicionar al Señor, momento desde el cual el poder de las tinieblas impera en el mundo. Cuando Jesús, el Cordero, fue inmolado, dice la Escritura que el sol se obscureció. Sin embargo, en estas densas tinieblas brilla una luz y quien conoce las profecías puede andar a la luz de esa antorcha. En un mundo en el cual reina la iniquidad, en un mundo que se ha colocado bajo el poder del Diablo,

y donde no se halla más que pecado, miseria física y espiritual y enemistad contra Dios; en semejante lugar las profecías revelan que Dios está por encima de todo y que pondrá fin al imperio de las tinieblas cuando, como dice Malaquías 4:2-3: “Nacerá el sol de justicia y en sus alas traerá salvación”, y asimismo horrendo juicio para todos los impíos. Las profecías, cual antorcha, alumbran al creyente apartándole del mundo, porque ellas vaticinan el juicio del mundo y la gloria del venidero reino de Dios. “Y oí otra voz del cielo, que decía: salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas” (Apocalipsis 18:4) ¿Cómo se mezclará con el mundo un cristiano que sepa que el juicio sobre dicho mundo se verificará en breve? ¿O cómo pensará incluso mejorarlo?

No obstante, la palabra profética no constituye –propriadamente dicha– la esperanza del cristiano. El apóstol llama nuestra atención sobre una cosa más elevada: “Hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones”.

En el corazón de un cristiano consciente de sus privilegios la noche no reina más (1 Pedro 2:9): “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”. Ciertamente, llamados –si es el caso– de las densas tinieblas del pecado y del miedo a la muerte, a la luz admirable de Dios; o, como dice el apóstol Pablo: “En otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor” (Efesios 5:8). Y por cuanto es el día en aquel corazón, tiene que haber salido también el Lucero de la mañana: conoce al Señor Jesucristo, no solo como el Sol de Justicia, sino también como “la estrella de la mañana”, vista antes del alba por aquellos que están vigilando. Ya no le espera solo para juzgar a ese mundo entenebrecido, sino antes de aquel tiempo para recoger a los suyos (véase Apocalipsis 2:28; 22:16-17 y Romanos 13:11-13).

Por eso, cuando la esposa (Génesis 24:67) oye pronunciar su nombre como Estrella de la Mañana, entonces arde su corazón y clama: “Ven”. Su parte es la de Esposa del Cordero (Apocalipsis 21:9) en la intimidad de la Casa paterna, aunque, por supuesto, estando unida al Señor Jesús, ella participará también de la gloria de su reino (Apocalipsis 22:5). En Lucas vemos que la parte de los que velan de noche es la felicidad (Lucas 12:36-38). Aun cuando en este pasaje se trate de herencia, solo está en relación con la responsabilidad en el servicio (Lucas 12:42-48).

El alma que, tras espiritual y profunda experiencia, ha llegado a conocer a Cristo como aquella esperada “estrella resplandeciente de la mañana”; esa alma en la que la voz del Espíritu y de la Esposa han despertado el anhelo por su venida, de modo que dirija con los demás esta palabra: “¡Ven!”, ¿no vivirá apartada del presente siglo malo y no ansiará llevar pecadores a los pies del

Señor, en el brevísimo tiempo que todavía queda? Él clama: “El que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17). El poder atractivo del Señor como “estrella resplandeciente” hace lo mismo que las profecías: nos liberta del mundo y nos impulsa con ardor a ganar almas para Cristo.

“ Todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro (1 Juan 3:3).

Mas hay quienes, abandonando la santa misión de congregar almas para Cristo en el cielo, intentan mejorar el mundo o su posición en él. ¿Es esta la esperanza del cristiano? (Efesios 1:18). A otros les basta la sola esperanza de estar con Cristo cuando mueran, como decía el apóstol: “Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir (de este cuerpo) y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Filipenses 1:23). Esto es, en efecto, una cosa maravillosa. Mas, por maravillosa que sea, en dicha posición estaríamos en estado imperfecto, ya que solo nuestra alma estará allí, despojada del cuerpo. Por lo tanto, a pesar de que ese estado sea infinitamente más glorioso que nuestra presente condición terrenal, en medio de las aflicciones y desgracias, no es esta la esperanza de la cual Dios habla. La verdadera esperanza cristiana no consiste en la seguridad de morir y de estar con Cristo hasta la resurrección, sino en que Jesús vendrá del cielo para recoger a todos los suyos de este mundo a fin de que estemos con él para siempre o, como dice mejor la misma Palabra de Dios: “Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:17).

Tal vez alguien dirá: «¡Lo mismo me da, porque en ambos casos a mí me irá bien...!»

Pero, ¿es acaso nuestro bienestar el único punto importante? ¿No ha sido la cruz el lugar de nuestra redención? La sangre de Jesucristo nos ha lavado de todos nuestros pecados, haciéndonos reyes y sacerdotes para Dios, el cual nos ha sellado en Cristo “con el Espíritu de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria” (Apocalipsis 1:6; Efesios 1:13-14). ¿No hemos sido libertados para ocuparnos en sus pensamientos y en su gloria? (Colosenses 1:27 – última parte). ¿Sobre quién hace Dios resplandecer su gloria? ¿Sobre usted o acaso sobre mí...? Gracias a Dios, el Señor es el único digno de ello. ¿No vale mucho más mirar a Cristo que considerarnos a nosotros mismos, quienes abrigamos en nuestros pechos flaquezas, presuntuosidad, orgullo, egoísmo, etc.? Recordemos que Dios no nos

ha mandado forjar nuestra propia esperanza; tampoco nos ha encomendado escoger el objeto de nuestra fe. Él nos ha dado a Cristo, quien es a la vez nuestra esperanza y el objeto de nuestra fe.

Tampoco es verdad lo que se dice a veces, y se piensa frecuentemente, a saber: que la remisión de nuestros pecados y el hecho de que somos salvos para siempre es lo más importante y que todo lo demás es cosa de menor interés. La Palabra de Dios dice claramente que: “Por cuanto agradó al Padre que en él (Cristo) habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:19-20). ¡Ciertamente jamás ha habido y nunca habrá más una hora como la del Calvario, cuando el Salvador murió por nuestros pecados!

Pero ¡qué hora será aquella en la cual “en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para la gloria de Dios Padre”! (Filipenses 2:9-11). ¡Cuando los hijos de perdicción (es decir, todos aquellos que hayan rechazado deliberadamente el amor y la gracia de Dios) y hasta el demonio con sus “ángeles” se humillen en delante de Jesús; cuando el pecado del mundo sea quitado y la justicia more en la tierra; cuando todas las cosas sean reconciliadas con Dios! Esto no disminuye de ningún modo la gloria o la exaltación de la cruz, sino que, por el contrario, constituye precisamente su coronación. Solo entonces el poder y la plena bendición de la sangre del Cordero inmolado se revelará en toda su plenitud (Apocalipsis 5:6-14; 1 Pedro 1:19-21). Dios ha reconocido ya el valor de aquel sacrificio y ha resucitado al Hijo de entre los muertos, glorificándole a su diestra. Lo sabemos también nosotros por la fe y nos gozamos en ello. Mas la venida del Señor Jesucristo será el primer hecho por el cual Dios manifestará en los cielos y en la tierra, en toda su creación, el poder reconciliador de la sangre. ¿Puede ser esto un hecho de menor interés, una cuestión de segundo orden?

## El porvenir de la Iglesia

En 1 Corintios 10:32 encontramos la siguiente clasificación: la Iglesia de Dios, los judíos y los gentiles. Por este último término se designa a todos aquellos que no son judíos y que tampoco pertenecen a la Iglesia. En otros pasajes de la Escritura son llamados “las naciones”, “los pueblos” o “las gentes”. En las profecías también nos enfrentamos con esta clasificación. La mayor parte de ellas tienen al pueblo de Israel por objeto; otras tratan de las naciones o gentiles, mientras que las demás se refieren a la Iglesia. Veremos, sucesivamente, lo que Dios dice en cuanto al porvenir de cada uno de estos grupos.

En el transcurso de estas investigaciones llegaremos a ver, como glorioso resultado, el pleno desarrollo de todas las perfecciones divinas, tal como se hallan contenidas en los nombres bajo los cuales el Señor se manifestó a los hijos de los hombres. Así, a los judíos, Dios se les reveló bajo el nombre de Jehová – (Éxodo 6:1-7); por lo tanto, en las profecías que se refieren al pueblo de Israel hallamos a Dios en su carácter de Jehová –su fidelidad, como así también en sus demás caracteres– pues el nombre de Jehová es el signo de la unión de ellos con Dios. En consecuencia, el Señor Jesús es presentado a los judíos como el Mesías, centro de las promesas y bendiciones que Jehová les dio.

Cuando los profetas se refieren a la Iglesia, vemos que revelan el nombre de PADRE para mencionar a Dios, porque la Iglesia está en relación con el Padre. De aquí se desprende que el Señor Jesucristo es presentado como el Hijo de Dios, congregando a sus “muchos hermanos” a su alrededor, haciéndonos participar de sus títulos y privilegios, a saber: “Hijos de Dios”, “miembros de su familia” y “coherederos con Cristo”, el primogénito entre muchos hermanos, lo cual es la expresión de la plena gloria de su Padre.

En la dispensación del cumplimiento de los tiempos, cuando Dios reúna todas las cosas en Cristo (Efesios 1:10) el nombre bajo el cual Dios se reveló a Abraham, padre de los creyentes (Génesis 14:18-22) será entonces plenamente glorificado: Dios Alto o “El Altísimo”, poseedor de los cielos y de la tierra. Bajo este nombre es adorado por Melquisedec, tipo del sacerdote real que será el centro y la base de la bendición general, cuando los cielos y la tierra sean reunidos (es decir, en el milenio – Hebreos 7).

## **Los fieles del Antiguo Testamento, ¿perteneían también a la Iglesia?**

Hay muchos creyentes que opinan que la Iglesia es la continuación del pueblo de Israel. Si quieren decir con ello que la Iglesia ha ocupado el lugar del pueblo de Israel –como testimonio de Dios en la tierra– después del rechazamiento del pueblo escogido, entonces, hasta cierto punto, tienen razón.

Pero, generalmente, al hacer tal afirmación quieren decir que los israelitas pertenecen también a la Iglesia. Algunos han llegado hasta afirmar que la Iglesia empezó con Adán, nada menos, y que subsistirá hasta el juicio final. Esto significaría, pues, que todos los creyentes que han vivido en la tierra y los fieles que vivirán aún, pertenecen a la Iglesia.

No hay, pues, que confundir a la Iglesia o Asamblea de Dios con aquella “nube de testigos” del Antiguo Testamento que murieron antes de Pentecostés sin haber visto la promesa, mas saludándola desde lejos. Veamos ahora lo que testifican las Escrituras acerca de esto. En Efesios 3:9-11 se dice expresamente que la Iglesia era un misterio escondido desde los siglos en Dios. Y Colosenses 1:24-27 confirma esta verdad. El versículo 18 del mismo capítulo afirma que el Señor Jesucristo, como Primogénito de los muertos, es el Principio de la Iglesia. Efesios 1:22, a su vez, nos enseña que Cristo ha venido a ser –después de su ascensión– la cabeza suprema de la Iglesia, “la cual es su cuerpo”. El capítulo 4:8-16 de la misma epístola nos dice que Cristo ha repartido dones a la Iglesia, después de su ascensión, y Efesios 2:19-22, que el fundamento de la Iglesia ha sido edificado por los apóstoles y profetas, mientras que el capítulo 3:5 nos muestra que se trata aquí de los profetas del Nuevo Testamento. En 1 Corintios 3:10 el apóstol Pablo escribe: “como perito arquitecto puse el fundamento” y en ambos lugares se confirma que Jesucristo es el único fundamento o la piedra angular.

En 1 Corintios 12:13, se determina el tiempo con mayor exactitud aun. Allí se afirma expresamente que la Iglesia ha nacido por el bautismo del Espíritu Santo. El pasaje de Hechos 1:5 no deja la menor duda en cuanto a la fecha de tan magno acontecimiento: ocurrió en el día de Pentecostés, según vemos en el capítulo segundo del citado libro. Otros pasajes de la Escritura lo confirman de manera implícita, como 1 Corintios 3:16 y Efesios 2:21-22. Allí leemos que la Iglesia es el templo del Espíritu Santo, que mora en ella. ¿Acaso era esto posible antes de que el Consolador hubiera descendido...?

Además, por si faltasen argumentos, las propias palabras del Señor Jesucristo prueban que la Iglesia no existía aún cuando él estaba en la tierra. En el capítulo 16 del evangelio según Mateo, el Mesías dice claramente que **“edificará la Iglesia”**. Conste que no dijo «he edificado» o «edifico» sino que utilizó un tiempo futuro: “edificaré”, lo cual prueba, sin lugar a dudas, que la Iglesia no existía aún en aquel momento.

## **La distinción entre la Iglesia e Israel**

En las páginas anteriores hemos indicado ya la diferencia que existe entre Israel y la Iglesia en sus relaciones con Dios, quien se reveló al pueblo israelita bajo el nombre de Jehová, mientras que la Iglesia o Asamblea lo conoce como Padre.

Por cierto, esta no es la única diferencia; solo caracteriza una posición distinta, pero los pormenores de dicha posición nos han sido aclarados en centenares de casos. Examinemos unos de ellos.

Primeramente, sabemos que Dios habló al pueblo de Israel en la tierra, mientras que a la Iglesia lo hizo desde los cielos (Hebreos 12:25). Basta este detalle para revelarnos la entera diferencia. Israel es un pueblo que pertenece a esta tierra, en la cual tiene asignado su lugar. La Iglesia, en cambio, constituye un pueblo celestial, perteneciente a las regiones celestiales, y todos los demás pormenores llevan la misma distinción.

A Israel le fue otorgado por herencia un país o patria terrenal en el cual había de morar. Dios lo había prometido de antemano a Abraham, a Isaac y a Jacob (Génesis 12:7; 15:7, 18; 17:8; 26:3; 28:13; etc.) confirmándolo al pueblo mismo (Éxodo 6:7; 13:5; 15:17; Levítico 25:2; etc.). En cambio, de la Asamblea leemos que tiene una herencia incorruptible reservada en los cielos (1 Pedro 1:4); que su vocación es celestial (Filipenses 3:14; Hebreos 3:1) y que su ciudadanía está en los cielos, donde ya está sentada (Efesios 2:6).

Todas las bendiciones que recibe Israel son de orden terrenal y se verifican en el país de Canaán, la tierra prometida. Si leemos, por ejemplo Deuteronomio 28, nos conmovió el hecho de que no hay ninguna bendición celestial. Los israelitas serán bendecidos en la ciudad y en el campo: “Bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, el fruto de tus bestias, la cría de tus vacas y los rebaños de tus ovejas. Benditas serán tu canasta y tu artesa de amasar... Jehová te enviará su bendición sobre tus graneros, y sobre todo aquello en que pusieres tu mano; y te bendecirá en la tierra que Jehová tu Dios te da” (Deuteronomio 28:2-8).

Todas las bendiciones de la Iglesia son espirituales y han ocurrido en lugares celestiales, según leemos en Efesios 1:3: “Nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”.

La lucha de Israel se verifica en la tierra, en Palestina (Números 13:29; 33:51-56), mientras que el combate que ha de librar la Iglesia no es “contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12).

De aquí resulta, claramente, que el pueblo de Israel y la Iglesia pertenecen a dos dispensaciones distintas. ¡Estemos, pues, alertas y no apliquemos a la Iglesia las profecías que se refieren a Israel, o viceversa!

### **¿Cuál es el porvenir de la Iglesia?**

Ya hemos visto que la Asamblea constituye un pueblo celestial. Su ciudadanía está en los cielos, según leemos en Filipenses 3:20; su vocación es celestial (Filipenses 3:14; Hebreos 3:1), sus bendiciones son de orden espiritual y se disfrutan en lugares celestiales (Efesios 1:3). Ya está sentada con Cristo, en regiones celestiales (Efesios 2:6); su lucha se desarrolla en las mismas regiones contra malicias espirituales, según vimos ya en Efesios 6:12; su herencia le está reservada en los cielos (1 Pedro 1:4) y es el cuerpo del Hijo del hombre glorificado a la diestra de Dios (Efesios 1:20-22).

¿Puede esta Iglesia tener un futuro en la tierra? ¿Sería posible, acaso, que el cuerpo quedara siempre en la tierra, mientras que su cabeza se encuentra en los cielos? ¿Podrá realizarse el porvenir de la Iglesia en algún otro lugar que no sea el país donde tiene su ciudadanía? ¡Allí donde está la cabeza, el cuerpo le será perfectamente unido! Tenemos la certeza de que el porvenir de la Iglesia debe realizarse en los cielos, e irrefutables declaraciones de la Escritura nos la confirman.

Después de enseñarnos en Filipenses 3:20 que nuestra ciudadanía está en los cielos, el Espíritu Santo dice a continuación: “de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya”. Y en alabanza de los tesalonicenses, se dice que están esperando al Hijo de Dios de los cielos.

En 2 Corintios 5 dice el apóstol Pablo que el cristiano está deseando “ser revestido de aquella nuestra habitación celestial”. Y en el evangelio según Juan, capítulo 14, el mismo Señor dice a sus discípulos, consolándoles antes de su partida:

“ Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis (Juan 14:3).

Por fin, en Apocalipsis 3:11 y 22:20, escuchamos otra vez la voz del Señor diciéndonos para consuelo nuestro: “Vengo en breve”, y la respuesta de la fe es: “Amén; sí, ven, Señor Jesús”.

Así, pues, la Asamblea no quedará para siempre en este mundo. Su nostalgia por su Divino Esposo, por su patria celestial, será satisfecha. El Señor Jesucristo vendrá a recogerla: “Y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:17-18).

### **¿Cómo recogerá el Señor a su Iglesia?**

Pasajes bíblicos como 1 Corintios 15:45-53 y 1 Tesalonicenses 4:13-18 nos revelan claramente esto. La primera cita nos enseña que ya somos los “celestiales” y que llevaremos luego la imagen del Hombre celestial: Cristo. Mas la “carne y la sangre”, es decir el hombre natural, no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. Tal como estamos ahora, con nuestros cuerpos mortales, no podemos entrar en el cielo. Entonces ¿hemos de morir todos previamente? No; dice el apóstol: “He aquí, os digo un misterio: no todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados”. En la carta a los Tesalonicenses añade que el mismo Señor vendrá para efectuar estas cosas. Ciertamente, los creyentes ya difuntos serán resucitados y los que estén viviendo serán transformados en aquel mismo momento, y todos seremos “arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”.

La descripción es clara. No pasará mucho tiempo antes de que todo sea consumado. En un abrir y cerrar de ojos todo se efectuará. En aquel sublime instante la Iglesia se hallará en su plenitud, ya que todos los redimidos, desde el día de Pentecostés hasta ese momento, estarán presentes, y juntamente irán al encuentro del Señor. ¡Qué día aquel en que, a semejanza de Rebeca que encuentra a Isaac de camino, la Iglesia encontrará al Señor, su Divino Esposo, y será llevada por él a la casa del Padre, a sus muchas moradas!

Por cierto, no debemos confundir esto con otros pasajes bíblicos como Apocalipsis 1:7 y Mateo 24:30. Allí el Señor Jesucristo viene a la tierra sobre las nubes del cielo “y todo ojo le verá”, mientras que en 1 Tesalonicenses 4 el Señor no viene a la tierra, ¡sino que somos arrebatados a las nubes, a su encuentro! El momento en que la Iglesia vaya al encuentro de su Señor, para ser llevada a la gloria, quedará invisible a los ojos del mundo incrédulo.

## **¿Cuándo se verificará esto?**

El Señor dice: “Vengo en breve” (Apocalipsis 3:11; 22:20). Y en varias epístolas del apóstol Pablo leemos que, tanto él como los fieles de aquel entonces, esperaban al Hijo de Dios de los cielos. Así, en Filipenses 3:20 leemos: “... los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo”. Y, según los citados pasajes de 1 Corintios 15 y 1 Tesalonicenses 4, vemos que el apóstol de los gentiles esperaba que no todos los creyentes –a los cuales se dirigía– estarían muertos a la venida de Cristo. Resulta, pues, de lo dicho, que no sabían de ningún acontecimiento que hubiera de ocurrir antes de que el Señor viniera a recoger a su Iglesia.

Las profecías también nos confirman lo mismo. En ellas se vaticina centenares de hechos que se verificarán en la tierra, pero jamás encontramos la menor indicación de que tengan que ocurrir mientras se halla la Iglesia aún en la tierra; al contrario, innumerables hechos solo podrán verificarse cuando la Asamblea esté en los cielos.

Tomemos, como ejemplo, el Apocalipsis, el único libro del Nuevo Testamento que es completamente profético. Como sabemos, el capítulo primero, versículo 19, nos da la división del libro:

1. las cosas que has visto;
2. las que son;
3. las que han de ser después de estas.

“Las cosas que has visto”, solo pueden referirse al capítulo primero, pues es un pretérito; lo que ha de entenderse por la expresión “las que son”, nos lo dice el mismo libro; mientras que el primer versículo del capítulo cuarto indica expresamente que la tercera parte empieza allí: “Las cosas que han de ser después de estas”. Tenemos, pues, en el segundo y tercer capítulo: “Las cosas que son”.

Sin embargo, antes de que comience la tercera parte por el vaticinio de los juicios venideros sobre este mundo, los capítulos cuarto y quinto nos dan una descripción del cielo en aquella época de juicios. Vemos “ancianos” en el cielo (no son ángeles, ya que estos son mencionados aparte). Son pecadores redimidos por la sangre del Cordero, pues cantan el nuevo cántico: “Digno eres tú de tomar el libro, y de abrir sus sellos; porque fuiste inmolado, y has adquirido para Dios con tu misma sangre, hombres de toda tribu, y lengua, y pueblo, y nación; y los has hechos para nuestro Dios reyes y sacerdotes; y reinarán sobre la tierra” (5:9-10; V. M.). Dichos “ancianos” se hallan, en este instante, glorificados; están sentados sobre tronos, vestidos de ropas blancas y sobre sus cabezas brillan coronas de oro. Por consiguiente, la resurrección se ha efectuado ya; en aquel momento la Asamblea se encuentra ya en la casa paternal.

Además, en los versículos 7:13-17; 12:10-12; 14:3; 19:4; etc. vemos que se trata, por cierto, del tiempo en el cual se efectuarán los juicios descritos en el Apocalipsis. De todos los pasajes citados, resulta que los “ancianos” están en el cielo. El capítulo 19 nos lo revela en particular. Las bodas del Cordero se verifican en los cielos y después viene el Señor con los suyos, desde el cielo a la tierra (véase Apocalipsis 19:14; 1 Tesalonicenses 3:13). Está claro que solo pueden venir del cielo con él si anteriormente ya estaban allí. Así que todo lo que hallamos profetizado después del capítulo quinto del Apocalipsis acontecerá después de haber sido recogida la Iglesia.

No es necesario que suceda ninguna cosa (según la revelación de la Palabra de Dios) antes de que el Señor Jesucristo venga a arrebatarnos en las nubes. Podemos anhelar y aguardar a cada instante su venida.

“Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del hombre ha de venir” (Mateo 25:13).

“Y el Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios, y a la paciencia de Cristo” (2 Tesalonicenses 3:5).

“El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 2:20).

## **El porvenir de la cristiandad**

En el libro del profeta Isaías, capítulo 11:9, leemos que vendrá un día en que “la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar”. Es, a la verdad, un maravilloso consuelo para aquellos que ven imperar en toda la tierra la incredulidad, el ateísmo y, como lógica consecuencia, la depravación moral cada vez más acentuada. Surge entonces la pregunta: ¿Cómo acontecerá todo esto?

Muchos son del parecer que el versículo que acabamos de citar predice la victoria final del Evangelio sobre el pecado y el reino de las tinieblas. Piensan que el Evangelio de la gracia divina será predicado por doquier, antes de la segunda venida del Señor, y que por medio de dicha predicación el mundo se convertirá masivamente a Dios. De este modo, veríamos surgir un mundo cristianizado y sujeto, en todo, a Dios.

Sin embargo, si examinamos detenidamente las Sagradas Escrituras, veremos algo completamente distinto. Desgraciadamente, el mundo no aprenderá justicia por la predicación del Evangelio. El mismo libro de Isaías capítulo 26:9-10 nos dice: “porque luego que hay juicios tuyos en la tierra, los moradores del mundo aprenden justicia. Se mostrará piedad al malvado, y no aprenderá justicia; en tierra de rectitud hará iniquidad, y no mirará a la majestad de Jehová”. Y el capítulo 11:4-5 del mismo libro añade que el Señor “herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío. Y será la justicia cinto de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de su cintura”. De este modo será establecido aquel bendito tiempo en la tierra.

El Nuevo Testamento, a su vez, nos enseña claramente que el Evangelio no cambiará al mundo. Al contrario, vemos que el mal se desarrollará más y más, y finalmente alcanzará su cima apartándose abiertamente de Dios y llegando incluso a sublevarse contra él. Y, lo que es más espantoso y terrible, esto no sucederá solamente con el mundo impío, ya que en el cristianismo también notamos una decadencia en muchos sectores, la cual culmina en la apostasía general de Dios.

## **El reino de los cielos**

En el capítulo 13 del evangelio según Mateo tenemos la historia profética de este reino relatada de manera simbólica. No como los profetas del Antiguo Testamento lo han visto y han vaticinado acerca de él, sino cómo este reino ha llegado a ser por el rechazamiento de su rey. Es una historia del reino desde el día de Pentecostés hasta el instante en que venga el Señor Jesucristo

a la tierra para establecer su imperio con poder y gloria. Se caracteriza por el hecho de que el rey mismo se halla ausente. Este ha sido rechazado y muerto por su pueblo y está ahora sentado en el trono de su Padre en los cielos. Pero no en su propio trono en la tierra.

Las cuatro primeras parábolas nos hablan de la forma exterior del reino. En la primera, el Señor nos deja ver que no todos retienen el Evangelio, la Buena Nueva, con corazón bueno y recto (véase Lucas 8:15), sino que para muchos el Evangelio es solo algo exterior. En la segunda parábola, que el principio del reino era bueno, pero que muy pronto vino el enemigo, sembrando cizaña entre el trigo. El mismo Señor llama al trigo “los hijos del reino” y a la cizaña “los hijos del malo”. Por ahora, según la Palabra de Dios, los incrédulos están viviendo con los creyentes, pareciéndose exteriormente a los fieles, pues esta cizaña tiene gran semejanza con el trigo mismo. Esta situación perdurará hasta el tiempo de la siega, cuando tanto el trigo como la cizaña estén maduros. Y solo entonces será quitada la cizaña, para que se cumpla el juicio de Dios. La siega es el fin del mundo (versículo 39), el fin de la actual dispensación.

El tercer símil nos presenta el reino convertido en un gran imperio terrestre (véase Daniel 4), aunque esto no sea conforme a su naturaleza (grano de mostaza). Mientras el rey es rechazado, aquel imperio con gran potencia dominará en la tierra. Aves anidarán en sus ramas (Apocalipsis 18:2) y doctrinas falsas surgirán y se establecerán en él.

En la cuarta parábola vemos una figura de la corrupción interna. La harina limpia es completamente corrompida por la levadura secretamente introducida en ella. Falsa doctrina y corrupción moral son introducidas (Mateo 16:12; 1 Corintios 5) caracterizando finalmente al conjunto.

## **La decadencia de la Iglesia**

En las epístolas o cartas escritas por los apóstoles encontramos la misma advertencia. Por muy glorioso que fuese el principio de la Iglesia, el mal se manifestó pronto y no hay ninguna duda de que seguirá en aumento. Leemos, en efecto, en la primera carta a Timoteo, capítulo 4:1-2: “Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia...” Y en la segunda carta a Timoteo, capítulo 3:1-5: “También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios,

que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella”. Son las mismas cosas que se citan en el primer capítulo de la carta a los Romanos, para probar cuán profundamente han caído los paganos. Mas aquí se trata de la cristiandad, de aquellos que, teniendo “apariencia de piedad”, se llaman cristianos. “Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina...”, predice el apóstol Pablo, “... y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas” (2 Timoteo 4:3-4). En el mismo capítulo, el apóstol tiene que quejarse de que todos le han desamparado y, en el capítulo 1:15, de que todos los que son de Asia le han vuelto las espaldas. ¿No pensamos aquí también en aquel pasaje de Hechos 20:29-30? “Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos”.

Dios permitió que la cizaña se manifestara ya en aquel tiempo para que tuviésemos advertencias tuyas al respecto y supiésemos asimismo lo que conviene hacer en este tiempo de decadencia. Las cartas del apóstol Pedro no son menos explícitas.

Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios



(1 Pedro 4:17).

“Como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías (en griego: sectas, divisiones) destructoras” (2 Pedro 2:1).

A su vez, el apóstol Juan escribe que el último tiempo se caracterizará por la presencia del anticristo y no por el hecho de haber sido proclamado y aceptado el Evangelio por todo el mundo (1 Juan 2:18).

Mientras que el apóstol Judas (¡a quien no hay que confundir con el traidor!) describe la apostasía en su triple carácter: en Caín, la apostasía natural; en Balaam, la apostasía espiritual (el introducir o propagar falsas doctrinas por recompensa o sueldo); y en Coré, la sublevación contra los derechos sacerdotales y reales del Señor, representados bajo los tipos de Aarón y Moisés. El juicio sobre esta triple apostasía solo se verificará cuando el mismo Señor venga del cielo para juzgar.

Por desgracia no será el Evangelio, sino el principio del mal lo que aunará al mundo: “Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas; pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso” (Apocalipsis 16:13-14).

## **La historia de la Iglesia**

En los capítulos 2 y 3 del libro del Apocalipsis tenemos una descripción profética de la historia de la Iglesia. No como los hombres la ven y la juzgan, sino como la ve el que tiene “sus ojos como llama de fuego”. El mismo Señor Jesús. Más tarde hablaremos de esto con más detenimiento.

Aquí la decadencia moral y las causas de la corrupción aparecen claramente indicadas. En ÉFESO (edad apostólica) aparentemente todo está bien, mas falta ya el primer amor.

En ESMIRNA (segundo y tercer siglo) no hallamos reproche alguno; el fuego de las persecuciones liga estrechamente los corazones al Señor.

Mas, después que el emperador romano Constantino aceptó el cristianismo, tolerándolo primero (edicto de Milán en el año 313) y elevándolo luego al rango de religión del Estado (PÉRGAMO) notamos un gran cambio en la posición de la Iglesia. Ya no es una peregrina perseguida y que sufre en un mundo que ha rechazado a su Señor, sino que ha pactado y convive con el trono de Satanás, habiendo encontrado reposo allí donde reina el Maligno.

En TIATIRA (el papado) vemos que la desviación va aun más lejos. Tiatira tiene un lugar preponderante en la tierra y se arroga la autoridad suprema sobre el mundo. Fornicación (es decir, relación y amistad con el mundo. Véase Santiago 4:4) e idolatría han venido a ser características de la Iglesia visible. El Señor tiene que quitar su candelero, mas ella misma subsistirá hasta después de la venida del Señor, para ser entonces juzgada.

En SARDIS (el protestantismo en general) tenemos con la Reforma un nuevo principio, pero no hay vida, sino solo el nombre de que vive. Así el Señor tiene que tratarla como el mundo, pues (salvo raras excepciones) ha llegado a ser semejante al mundo (véase 1 Tesalonicenses 5:1-5).

FILADELFIA representa la obra magna del Espíritu Santo en el siglo pasado. Cuando, por su influencia, miles y miles de almas abandonaron las iglesias protestantes del Estado, que estaban muertas, con el noble afán de volver a la sola autoridad de su Palabra y del Nombre del Señor Jesucristo, en todos los aspectos de la vida espiritual. Fue ciertamente un glorioso avivamiento.

Por desgracia, no pudo mantenerse en su plenitud y, en LAODICEA, nos tropezamos con lo que ha surgido del estado anterior, aunque, por cierto, Filadelfia permanecerá cual pequeño residuo hasta la venida del Señor. En Laodicea el Señor está fuera de la puerta. Ya no se reconoce su autoridad. Los que simbolizan aquella época de Laodicea creen que todo va muy bien. Dicen que son ricos y acaudalados y que de nada tienen necesidad.

Hemos recorrido la historia de la Iglesia tal como la contempla el Señor Jesucristo y podemos notar que en estos postreros tiempos las cuatro últimas iglesias permanecen aún:

TIATIRA: La iglesia romana.

SARDIS: Las iglesias protestantes del Estado.

FILADELFIA: El residuo débil.

LAODICEA: La cristiandad tibia en las iglesias libres y grupos fuera de las dos primeras.

Vivimos en los últimos tiempos o, mejor dicho, en la última hora. El Señor no tardará en venir para recoger a su Esposa de este mundo, como vimos en el capítulo precedente.

Entonces recogerá a todos los verdaderos creyentes de estas cuatro iglesias y solo quedará la cristiandad nominal, integrada por todos aquellos que no han nacido de nuevo por la obra del Espíritu Santo en ellos.

## **Después del recogimiento de la Iglesia**

En el capítulo 17 del Apocalipsis volvemos a enfrentarnos con el Cristianismo nominal representado bajo el símil de la gran ramera. Tiene las características de Jezabel (Apocalipsis 2:20-21), y en el versículo 9 de este capítulo 17 tenemos una clara alusión a Roma (las siete colinas).

El paralelismo entre los versículos de dicho capítulo y el capítulo 21, versículo 9 y siguientes, salta a la vista. La introducción es casi literalmente la misma. En los capítulos 17 y 18 tenemos una descripción de la falsa esposa, de la gran ramera representada por una ciudad. Y, tras el juicio de esta, la descripción de la Esposa, la mujer del Cordero, considerada también como una ciudad.

Que la gran ramera representa al cristianismo nominal, está suficientemente claro para tener que insistir sobre ello. Notemos, sin embargo, que reviste las características especiales de Tiatira. La Roma papal ejercerá la dirección.

La ramera ocupa un lugar destacado en la tierra. Viste de púrpura y escarlata, va adornada de oro, piedras preciosas y perlas, con lo cual simboliza la dignidad imperial, lo mejor que el mundo conozca. Son aparentemente los mismos adornos que lleva la Esposa (cap. 21:18-21). Pero el cáliz de la ramera está lleno de las más espantosas abominaciones y de la suciedad de su fornicación. En el capítulo 16:25-29 del libro del profeta Ezequiel, vemos que la “fornicación” simboliza a menudo en las Escrituras la mezcla o comunión con el mundo (véase Santiago 4:4), mientras que el versículo 36 del mismo capítulo de Ezequiel nos aclara lo que se entiende por “abominaciones”: una imagen de la idolatría.

La ramera está sentada sobre una bestia bermeja, símil del Imperio romano restaurado (v. 7, 8, 11-13). La influencia política y diplomática de Roma irá creciendo hasta sujetar, al fin, a toda Europa Occidental. Pero se trata de una cristiandad sin el Cristo de las Escrituras, al cual ha negado, prácticamente, “ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos” (Romanos 1:25). Es una religión sin el Dios vivo y santo, tal como nos ha sido revelado por el Espíritu Santo.

Mas, precisamente cuando alcance el colmo de su poder será destruida. Dios creará en los corazones de los Jefes políticos de Europa Occidental un mismo sentir y, unidos por el odio, como consecuencia de su tiranía “aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego; porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso” (Apocalipsis 17:16-17). El capítulo 18 nos da una detallada descripción del juicio y de su consecuencia para el mundo.

Antes de que se verifiquen las bodas del Cordero en los cielos, tiene que ser juzgada la ramera.

Amado lector, ¿a qué bando perteneces tú? Permíteme formularte estas preguntas, guiado por el único afán de hacerte conocer el sumo bien –el camino hacia Dios– y cómo conseguir la vida eterna por Él. Así, pues, vuelvo a preguntarte: ¿A qué bando perteneces tú? ¿Estás seguro de formar parte del cuerpo de Cristo, simbolizado aquí por la Esposa? ¿Tienes tú la vida verdadera que mana de Dios por haberle confesado todos tus pecados, por medio de Cristo, nuestro único abogado celestial? ¿Has confiado enteramente no ya en tus pobres y débiles fuerzas sino en la obra perfecta y suficiente de Aquel que tuvo que ser crucificado en rescate por TODOS nuestros pecados?

“ Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos. (1 Timoteo 2:5-6);

O más bien ¿todas estas cosas (la religión, cualquiera que fuere) constituyen para ti un hábito, vacío de sentido, sin valor verdadero, que sigues cumpliendo desde tu juventud y en el cual te encuentras –por costumbre– a tus anchas? O aun llevado por un más noble afán al parecer ¿tratas por tus esfuerzos, sacrificios y renunciaciones diarias de conseguir la salvación de tu alma...? ¿Entonces sabe que en ambos casos –el del indiferente o rutinario y el que con su solo esfuerzo procura salvarse– el juicio descrito en el capítulo 18 del Apocalipsis será también el TUYO!

La salvación no se consigue por méritos humanos. De otro modo, ¿por qué habría muerto Cristo...? Antes bien, se recibe con corazón arrepentido y con toda humildad, creyendo en Aquel que murió por nosotros. “Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23).

Medita estas cosas. ¡Ojalá Dios te convierta ahora de las tinieblas, de las doctrinas y religiones humanas, o de la incredulidad fría y mortal, a la luz admirable de su Hijo Jesucristo...! Mientras tanto que se diga “HOY” hay oportunidad de salvación. Mañana será tarde. No desprecies el don de Dios.

## La historia de la Iglesia tal como Jesucristo la ve

Como vimos anteriormente, los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis nos dan una visión profética de la historia de la Iglesia. No de la Iglesia como cuerpo de Cristo, compuesto exclusivamente de convertidos, sino en cuanto a su responsabilidad como testimonio de Dios aquí en la tierra. Está representada por el símil de siete candeleros de oro, y no por un candelero de siete brazos como el que se encontraba en el Tabernáculo. Aquí, pues, se acentúa la responsabilidad personal de cada Iglesia como portadora de luz.

La división del Apocalipsis es generalmente conocida, ya que la indica la misma Palabra de Dios en el capítulo 1:19:

- a) Las cosas que has visto (Cristo como juez);
- b) las cosas que son;
- c) las cosas que han de ser después de estas.

Según el capítulo 4:1, la tercera parte (“las cosas que sucederán después de estas”) comienza allí. Por consiguiente, la segunda parte (“las cosas que son”) abarca los capítulos 2 y 3.

En el capítulo 4 vemos que los creyentes glorificados están en el cielo. No se trata, por lo tanto, de fieles muertos, sino resucitados y glorificados, pues llevan ropas blancas y sobre sus cabezas hay coronas de oro.

Sabido es que no somos coronados inmediatamente después de haber muerto, sino después de la resurrección. En Apocalipsis 6:9 se establece una distinción en cuanto al grupo que se menciona allí: “debajo del altar”. Se trata de **almas**.

De lo mencionado, pues, resulta que en Apocalipsis 2 y 3 tenemos una descripción del estado de la Iglesia visible, desde la Edad apostólica hasta su recogimiento o rapto, exégesis confirmada por las siguientes consideraciones:

1. **Todo** el libro del Apocalipsis es profético y, por consiguiente, lo son los capítulos 2 y 3 que nos ocupan (comparar con cap. 1:3).
2. Las cartas no debían mandarse por separado a las referidas iglesias, sino que la **totalidad** de ellas había de mandarse a cada iglesia (cap. 1:11). Además, al final de cada carta se repite que el que “tiene oído para oír, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”, y no lo que el Espíritu dice solamente a aquella iglesia en particular.

3. El número siete es característico en el Apocalipsis. Nos habla, en efecto, de siete iglesias, siete sellos, siete trompetas, siete copas, siete espíritus de Dios, etc. Sabido es, asimismo, que dicha cifra es símbolo de perfección espiritual y en particular de la perfección de las obras divinas. Así, en siete días Dios lo creó todo, y vio que era bueno (Génesis 1:31). Se trata, pues, en estos capítulos, de la Iglesia en cuanto a su responsabilidad, considerada como obra de Dios.

4. Las siete cartas han sido visiblemente redactadas según un plan determinado, e indican un orden moral en el curso de la decadencia.

5. Notemos, por fin, que Dios da, en varios lugares de las Sagradas Escrituras, un compendio profético, en siete imágenes o cuadros, sobre determinada dispensación, como los tenemos por ejemplo en Levítico 23 y Mateo 13.

## **La decadencia**

Las siete cartas pueden dividirse en dos grupos. En las tres primeras se dice previamente “el que tiene oído, oiga”, y a continuación viene la promesa “al que venciere”. En cuanto a las cuatro cartas siguientes, este orden es invertido. Es como si el Señor hubiera abandonado la esperanza de un regreso de toda la Iglesia a él, esperando que solo los vencedores oirán lo que el Espíritu dice a las Iglesias. En estas últimas cartas, el Señor también habla de su venida, de modo que sabemos que tales estados permanecerán hasta la «Parusia». En cada carta, el Señor se presenta en relación con el estado de la iglesia en cuestión.

## **Éfeso**

En esta carta tenemos el principio de la historia de la Iglesia o, más exactamente, un reflejo del período post-apostólico. Aparentemente, aún todo está bien en aquella iglesia. ¡Qué cosas más excelentes enumera el Señor! Pero sus ojos, cual llama de fuego, descubren ya el principio de la decadencia: “Pero tengo contra ti que has dejado el primer amor”. En esto estriba el principio de toda decadencia. El corazón no está ya tan estrechamente ligado y unido a Cristo como en el principio, aunque nuestras costumbres no hayan cambiado. En Éfeso, el Señor ha descubierto ya las maniobras (los hechos) de los Nicolaítas, nombre simbólico que explicaremos a continuación.

## Esmirna

Tenemos aquí una clara alusión a las grandes persecuciones que azotaron a la Iglesia durante el segundo y tercer siglos, iniciadas por los emperadores romanos. “Tendréis tribulación de diez días”. Como es sabido, desde Nerón hasta Diocleciano se desencadenaron diez grandes persecuciones, la última de las cuales duró exactamente diez años (de 303 a 313). La tribulación fue, pues, el medio del cual Dios se valió en su gran sabiduría para acrisolar la fe y volver el amor de la Iglesia hacia Cristo, su Señor.

## Pérgamo

Nos enfrentamos aquí con una situación completamente distinta. La Iglesia no es ya “extranjera y peregrina” aquí abajo, sino que tiene una residencia estable y esta no se encuentra en el yermo o en la soledad, sino allí “donde está el trono de Satanás”. Ha buscado sombra y cobijo en este mundo, donde radica el trono del príncipe y dios de este siglo. Esto es lo que vemos en el plan histórico. El emperador Constantino el Grande (año 337 de nuestra era) se declaró abiertamente partidario del cristianismo, el que se transformó así en religión del Estado, pero fue... a costa de su libertad. Dice el historiador suizo Luis Emery: «Este triunfo de la Iglesia se pagó muy caro». Los emperadores que, durante el paganismo, habían tenido juntamente con la dignidad de soberano pontífice la dirección superior de los asuntos religiosos, pretendieron ejercer un poder análogo sobre el cristianismo que había venido a ser religión del Estado. Así convocaron concilios, cuyas decisiones recibieron fuerza por la firma imperial. Tomaron parte en las controversias dogmáticas... y persiguieron violentamente a los herejes. Intervinieron en la nominación de los obispos considerando más bien su propio interés político que el de su fe.

La Asamblea de Dios no es ya la “ecclesia”, es decir, la llamada fuera del mundo, sino que ha llegado a ser una mera institución nacional en la cual los verdaderos creyentes se hallan dispersos.

Aquí, en Pérgamo, no se habla solamente de los **hechos** (las obras) de los Nicolaítas, sino del hecho de que han llegado ya a constituir una **doctrina** o **dogma**. El versículo 14 nos muestra cuáles son las consecuencias de esto. En vano se ha buscado en la historia eclesiástica de los dos primeros siglos algún rasgo de los Nicolaítas. Este nombre es simbólico. «Nicolaos», en griego, significa: vencedor del pueblo. «Laos» quiere decir «pueblo» y de esta voz se deriva la palabra castellana «laico». Tenemos aquí, pues, el origen de la distinción tan opuesta al espíritu bíblico

entre «laicos» y «eclesiásticos» o «clérigos», la cual divide en dos una misma hermandad (Mateo 23:8). En cuanto a la doctrina de Balaam, consistía en dar consejos perniciosos por dinero, sacando al pueblo de su aislamiento para fornicar juntamente con los moabitas y entregarse a la idolatría.

## **Tiatira**

Aquí tenemos el sistema malo, del cual ha nacido el papado. Vemos a Jezabel que caracteriza a la Iglesia. Se dice profetisa, enseña exigiendo que se reconozca autoridad absoluta a su doctrina, autoridad infalible. Sabemos que, según la Palabra de Dios, una mujer no tiene facultad para enseñar (1 Timoteo 2:12). Además, la Iglesia aparece en las Sagradas Escrituras siempre bajo el símil de una mujer, nunca bajo el de un varón. Cristo es el Hombre, de cuya boca sale la Palabra como “espada de dos filos”.

Aquí encontramos a la Iglesia ocupando el puesto que solo corresponde a Cristo y utilizando su posición para continuar la obra de Balaam. La obra de Jezabel consiste en poner al pueblo de Dios en relación con el mundo y seducirlo para cometer actos de idolatría.

Las dos grandes características del cristianismo son:

1. Tener un Señor que fue rechazado por el mundo, pero que está ahora sentado en el trono del Padre, esperando el momento en que Dios ponga a sus enemigos por estrado de sus pies (Hebreos 1:13; Efesios 1:21-23).
2. La presencia de Dios, Espíritu Santo, enviado por el Hijo para ser substituto suyo en la tierra (Juan 16:7).

La Iglesia ha rechazado ambos hechos y ha ocupado un lugar predominante en la tierra, arrogándose el derecho de ejercer la más alta autoridad, mientras que el Señor había dicho claramente a Pilato:

**Mi reino no es de este mundo**



**(Juan 18:36).**

Por más señas, el jefe de la Iglesia Romana se proclama vicario de Cristo, arrogándose la autoridad y los derechos del divino representante (el Espíritu Santo) del Señor Jesús...

¿No es, acaso, característica la manera de presentarse del Señor frente a esta iglesia? “El Hijo de Dios dice estas cosas”. ¿Hay algo que sobresalga más en la Iglesia Romana que el hecho de rebajar al Señor a mera condición de hijo de la virgen María? Eleva a María por encima de él. Y aunque le reconoce como Hijo de Dios, lo hace tan solo para dar mayor gloria a María: ella es la madre de Dios y la reina del cielo.

Aquí la corrupción es ya demasiado grande. El Señor no espera ninguna conversión del conjunto. Pero, aunque haya sido quitado el candelero de su lugar, porque el Señor no puede reconocerla como su testimonio, la Iglesia Romana permanecerá hasta que el Señor venga. Y así en el capítulo 17 del Apocalipsis volvemos a encontrarla.

## **Sardis**

En Sardis tenemos un nuevo principio. No se hallan aquí los grandes pecados de Tiatira. Tampoco se exige que sea reconocida la infalibilidad, ni hay doctrina pervertida, ni persecución de los santos, ni requerimiento de la más alta autoridad en el mundo. Aquí el mal es más bien de orden negativo: no hay vida.

Cuando se produjo la Reforma, Dios abrió los ojos de muchos para descubrirles la perversidad de la Iglesia Romana, y por Su bendita obra estableció un nuevo testimonio que no se contaminó con todas las abominaciones del papado. Pero no han guardado lo que el Señor les dio. Este es el motivo de su juicio.

El principio de la reforma fue una acción de fe, a la cual se añadió muy pronto un elemento político. Debido a su inexorable sed de dominio, Roma había producido mucho descontento. Y por ello muchos hicieron la reforma, no tanto por creerla justa, sino para hacerla un arma política en su lucha contra la Roma papal. ¡Cuán difícil resultaba declinar esta ayuda! Príncipes, políticos y soldados ofrecían su apoyo. Rechazarlo significaba exponerse a las persecuciones de Roma. Sin embargo, al aceptar la ayuda del poder temporal, se hallaron sometidos al mismo. Así tuvieron su origen las iglesias reformadas nacionales, dependientes del Estado. Ya no constituyeron la Iglesia de Dios, sino más bien un mundo más o menos cristianizado en el cual se hallaron dispersos verdaderos cristianos. Ya no era la Iglesia reinando sobre el mundo, como el caso de Roma, sino la Iglesia apoyándose sobre el mundo y sujetándose prácticamente a él.

“Tienes nombre de que vives y estás muerto”, o “se te cuenta como vivo y estás muerto” (V. H. A.). ¿De qué vale una confesión ortodoxa, si no hay vida que mane de Dios?

Así que el Señor no puede reconocer a Sardis como el **único** testimonio suyo; empero, quedará hasta su segunda venida (1 Tesalonicenses 5:2; Apocalipsis 3:3). Mas ahora Dios reconoce a Filadelfia como el testimonio legítimo.

## **Filadelfia**

Se caracteriza esta Iglesia por dos cosas:

1. Haber guardado la **Palabra de Dios**.
2. No haber negado **el Nombre del Señor Jesús**.

Estas son precisamente las características del poderoso impulso obrado por el Espíritu Santo después de las guerras napoleónicas, al principio del siglo pasado. A semejanza de la visión de Ezequiel, en muchos países –no solo de Europa, sino también de otros continentes– el Espíritu de Dios vivificó montones de huesos secos (las almas descuidadas y somnolientas) que había en muchas iglesias del Estado y llevó a una gran parte de ellas a salir de estas instituciones humanas para volver a la **Palabra** y al solo **Nombre** del Señor Jesús.

Por cierto que no todos rompieron enteramente con las organizaciones y sistemas humanos, ya que no todos tenían igual medida de luz acerca de los pensamientos de Dios. Pero hubo ciertamente un afán general de andar, con la luz que uno poseía, según los principios divinos. ¡Qué enfervorizados se sienten nuestros corazones al pensar en aquellos hombres que se entregaron por completo al servicio de Dios; que sondearon la Palabra de Dios para recibir sabiduría, recorriendo después con fe inquebrantable y con Él, el camino desconocido!

Los pensamientos del Señor acerca de este movimiento lo tenemos en Apocalipsis 3:7-13. Filadelfia y Esmirna son las únicas cartas en las cuales no se encuentran cosas reprensibles. El Señor mismo se presenta a ellos dando a los vencedores las más preciosas promesas.

Pero, como en todo, el hombre ha fracasado aquí también. Aunque Filadelfia quedará hasta la venida del Señor y entonces será recogida por él, se trata aquí de un residuo pequeño y débil. La gran masa de Filadelfia no ha vencido y no ha guardado lo que tenía. De Filadelfia ha nacido...

## **Laodicea**

¡Qué cambio! “Yo conozco tus obras, que ni eres frío, ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca...”

Laodicea es allí donde el hombre introducido en los privilegios cristianos se ha apropiado la gracia y se ha arrogado la posición de un cristiano; donde el lenguaje del cristiano es de uso corriente y exteriormente la posición de la Iglesia está en orden; empero, es donde se encuentra todo esto sin ejercer influencia alguna sobre el alma. ¿No está descrito aquí de manera conmovedora nuestro estado presente, la situación cuyos principios arrancan de Filadelfia?

Hay mucha ciencia. Se hablan hermosas palabras. Elabóranse con esmero magníficas confesiones de fe. Hay sociedades misioneras, sociedades bíblicas, colegios, universidades cristianas y muchas otras cosas. Lejos de mí querer juzgar esto... Mas, ¿dónde está la piedad íntima, la dedicación sincera al Señor? ¿Dónde está la sujeción en todo a la Palabra de Dios? ¿Dónde está la sujeción en todo a los deseos y a la voluntad de Dios, aun en aquellas pequeñas cosas de la vida diaria? ¿Dónde está la disposición para sufrir, gozosos, ultrajes por el nombre de Jesús, crucificado por el mundo?

¿No nos hemos vuelto, acaso, tibios y mundanos? La buena vida, mayores comodidades, la prosperidad material (según el caso), ¿no nos han hecho miedosos de sufrir y algo perezosos en lo que se refiere a las cosas del Señor? La presencia del Señor Jesucristo, el testigo fiel y verdadero, ¿es todavía una realidad práctica en la vida de la congregación o asamblea local?

¿En cuántas iglesias libres tiene aún la Palabra de Dios autoridad práctica en cuanto a la organización y el orden del culto? La mayoría de ellas ¿no están acaso muy satisfechas con tener una organización eclesiástica revestida del mayor carácter oficial posible? ¡Cuánta importancia se da al reconocimiento por las «grandes iglesias», al apoyo de las poderosas sociedades misioneras y a la sanción oficial por parte de las autoridades! Decidme: ¿Puede estar el Señor Jesucristo allí donde prácticamente su **Palabra** y su solo **Nombre** no tienen ya autoridad? ¿Y cuál es la situación de los que afirman que se reúnen solamente en su Nombre y según la Palabra? ¿Lo hacemos de verdad? ¿Tenemos conciencia de estar reunidos solamente en el Nombre del Crucificado, es decir, sin añadir ningún otro calificativo a los nombres de Cristo y de cristianos? Su Palabra ¿tiene autoridad para nosotros? Y en tal caso, ¿hasta qué punto? ¿Estamos seguros de que esto nos basta? ¿O tendrá el Señor que decirnos también: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo”? ¡Hermanos, él busca la verdad en lo íntimo del corazón y los meros formulismos no tienen ningún valor para él!

¡Cuánta vergüenza nos ha de dar cuando consideramos lo que hemos hecho del testimonio que Dios nos ha confiado! Quiera el Señor darnos un espíritu quebrantado y un corazón contrito y humillado (Salmo 51:17) para que nos sujetemos con corazón sincero, confesando nuestro pecado delante de él.

## ¿Tiene Israel un porvenir?

En algunas porciones de la Palabra, Dios es llamado: “El Altísimo, Poseedor de los cielos y de la tierra”. Y en Apocalipsis 11:4, “el Señor de toda la tierra” (V. M.).

Aunque el señorío de Dios abarca todos los términos de la tierra, hay un país al que él llama, con especial énfasis, su país, el cual ocupa también un destacado lugar. Este país es Palestina. En Levítico 25:23, el Señor dice además: “la tierra mía es”.

Según vemos en Daniel 11:41, Palestina se llama: “la tierra gloriosa” (tierra hermosa – V. M.) y en Ezequiel 38:12: el país que mora en la parte central de la tierra (literalmente, “el ombligo de la tierra”, como lo leemos en la versión Nacar-Colunga).

De la misma manera hay también un pueblo en la tierra que ocupa un lugar excepcional, llamado por Dios su pueblo (Deuteronomio 7:6-8). “Y os tomaré por mi pueblo” (Éxodo 6:7). Y cuando habla de este pueblo a Faraón, le dice: “Deja ir a mi pueblo, para que me sirva” (Éxodo 7:16). Es el pueblo de Israel.

Dios ha reunido este pueblo y este país. “Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy... porque la tierra mía es; pues vosotros forasteros y extranjeros sois para conmigo” (Levítico 25:2 y 23). Los designios de Dios están en relación con ellos, en cuanto se refieren a la tierra.

Con relación al país, Dios dice: “Tierra de la cual Jehová tu Dios cuida; siempre están sobre ella los ojos de Jehová tu Dios, desde el principio del año hasta el fin” (Deuteronomio 11:12). Y del pueblo se dice: “Por cuanto Jehová os amó...” (Deuteronomio 7:8) y “amados por causa de los padres” (Romanos 11:28).

En ese país, y en el centro de ese pueblo, se encuentra Jerusalén, la ciudad amada, la ciudad del gran rey, el lugar “que Jehová vuestro Dios escogiere para poner en él su nombre” (Deuteronomio 12:11; 1 Reyes 11:36). Allí estuvo el trono de Jehová (1 Crónicas 29:23). Allí Dios dio sus profetas e hizo que se escribiera su Palabra. Allí se produjo la venida del Hijo de Dios a la tierra (Dios manifestado en carne: 1 Timoteo 3:16), quien vivió y se manifestó en el centro de este pueblo, “porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá” (Hebreos 7:14). Allí fue crucificado para cumplir la obra de la propiciación, el único medio por el cual Dios puede ponerse en contacto con pecadores y por el cual todas las cosas pueden ser reconciliadas con él. Allí resucitó y allí ascendió al cielo. Allí nació la Iglesia de Dios en la tierra. Allí será donde el Señor Jesús vol-

verá del cielo para juzgar a sus enemigos (Hechos 1:11; Zacarías 14:3-4). Desde Jerusalén –y con Israel como centro y cauce de bendición– Él reinará sobre la tierra con juicio y justicia (Isaías 9:7; 11:1-10).

En efecto, Israel y Palestina son las claves del problema mundial. Allí se arreglará todo. No en Rusia, ni en América, ni en Europa Occidental, sino en Palestina se efectuará el desenlace de todos los problemas. Ciertamente, la Palabra de Dios va tan lejos en Deuteronomio 32:8 que dice que Dios estableció los términos de los pueblos según el número de los hijos de Israel. ¡Israel es el centro de los designios de Dios respecto a esta tierra y es, por consiguiente, el pueblo más importante de ella!

¿Por qué ha dado Dios tal posición a este pueblo? Dios mismo contesta: “No por ser vosotros más que todos los pueblos, os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres” (Deuteronomio 7:7-8). Ciertamente, antes que naciera Abram, el progenitor de Israel, Dios había ya agrupado los pueblos que rodeaban a Palestina según el número del pueblo que no existía aún y que debía tomar posesión de la tierra varios siglos después (Génesis 10:25; Deuteronomio 32:8).

Solo un acto de soberanía y las promesas de Dios forman la base de todas las bendiciones dadas a Israel.

## **Las promesas de Dios**

En Romanos 11:29 leemos: “Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”. Se cita muchas veces este pasaje aplicándolo también a nosotros. Y esto puede hacerse, pues es un principio divino.

Sin embargo, los que niegan que Israel tenga aún un futuro, deberían notar que estas palabras se aplican en primer lugar a las promesas dadas a Israel.

El apóstol no tenía el propósito de hablar sobre la posibilidad de que determinados judíos puedan ser convertidos aún, después que el pueblo –como tal– haya sido puesto de lado. Es obvio que nadie dudaba de ello. Los miles de cristianos judíos en Palestina –y en todas partes del mundo, hasta en la misma Roma– lo probaron. Pablo mismo, ¿no era judío?

Pero él utiliza estos hechos, generalmente reconocidos, para proclamar que el pueblo de Israel no ha sido rechazado definitivamente. En este momento ha sido puesto de lado, llegando la salvación a los gentiles (v. 11). Pero Dios obró de este modo para provocarles (a los judíos) a celos. Y después, cuando la plenitud de los gentiles haya entrado, “todo Israel” será salvo, como está escrito: “Vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad”. “No ha desechado Dios a su pueblo” (v. 26 y 2).

Al considerar tal designio de Dios, el apóstol prorrumpie en la alabanza de los últimos versículos:

“ ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!  
(Romanos 11:33)

Para poder comprender que tanto el alejamiento de Israel ahora como su restablecimiento en el futuro están enteramente en armonía con las promesas de Dios, hemos de examinar dichas promesas más detalladamente.

## **El gobierno de Dios**

Hay una distinción clara entre la posición del hombre antes y después del diluvio. También antes del diluvio había un pueblo de Dios. Pero en ninguna parte hallamos indicaciones precisas en cuanto a su separación del mundo. Además, el gobierno de Dios no se ha manifestado aún en juicio sobre el mal.

Después del diluvio hallamos una nueva tierra. Y Dios inviste a Noé de la responsabilidad de ejercer el gobierno para refrenar el mal. “El que derramare sangre del hombre, por el hombre su sangre será derramada” (Génesis 9:6).

Desgraciadamente cayó Noé, como siempre ha caído el hombre. Por su embriaguez perdió el respeto del que más lo necesitaba aún: el respeto de su hijo. Y Satanás supo atraer rápidamente al hombre a una cosa de la cual nada habíamos oído antes del diluvio: la idolatría (Josué 24:2). Satanás se hizo el dios de este mundo, pues la idolatría no es en realidad otra cosa que adorar a los demonios bajo una forma u otra (1 Corintios 10:20).

## **La vocación de Dios**

Entonces Dios llama a Abram de su tierra, de su parentela y de la casa de su padre, para ir a la tierra que él le mostraría. Esto constituye un nuevo principio.

Abram no es puesto bajo responsabilidad. Dios le llama tal como es, del lugar donde se halla, para venir a él y ser apartado para él. Eso es gracia. Y las promesas que Dios le da se hallan a tono con esto. No hay ninguna condición ligada al cumplimiento de estas promesas.

En Génesis 12:7, Jehová dice: “A tu descendencia daré esta tierra”. Después de la separación de Lot (cap. 13:14-15): “Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre”. Y en el capítulo 15:18 se indican las fronteras precisamente: “A tu simiente daré esta tierra desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Eufrates”.

En los capítulos 26:3 y 28:13 estas promesas son confirmadas, expresamente, a Isaac y a Jacob, y asimismo sin condición alguna.

Así pues, Dios ha dado incondicionalmente la promesa a Abram, Isaac y Jacob, de que su simiente poseerá siempre la tierra de Palestina, según las fronteras indicadas en Génesis 15.

Cuando el pueblo sufre bajo la opresión de Egipto, Dios oye su gemido y recuerda su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. “Y miró Dios a los hijos de Israel y los reconoció Dios” (Éxodo 2:23-25). La bondad y gracia de Dios les redimió de la tierra de servidumbre, soportando con paciencia infinita todas sus lamentaciones y murmuraciones. Dioles el maná del cielo como pan, agua de la peña y victoria sobre sus enemigos (Éxodo 15-17).

## **Los pactos en el desierto**

Éxodo 19 tenemos el principio del pacto con Abraham, unido al principio del pacto con Noé. Promesas de la bondad de Dios, mas dadas bajo condiciones. La ley es la expresión de las condiciones verdaderas del gobierno de Dios.

El pueblo se pone voluntariamente bajo la ley. Pero antes de haberla recibido ya la había traspasado. Y Moisés, como Mediador, puede solamente hacer apartar el juicio, En recordando a Dios las promesas dadas a Abraham, Isaac y Jacob (cap. 33:1-3).

También en Deuteronomio hallamos los mismos principios cuando se habla allí de pacto (cap. 29:1). Les son prometidas grandes bendiciones. Pero todo es bajo condición de obediencia. Y si no cumplen la condición, todas las bendiciones se perderán y el juicio de Dios caerá sobre el pueblo. Esta es para ellos la base para entrar en el país a fin de tomarlo en posesión.

## En la tierra de Canaán

Conocemos la historia de este pueblo en la tierra prometida. No fueron obedientes, sino que volvieron las espaldas a Dios al transgredir todos sus mandamientos. El sacerdocio se pervirtió en la persona de Elí (1 Samuel 2 y 4). Cuando Dios, pues, da un profeta (Hechos 3:24) el pueblo pide un rey, rechazando así, prácticamente, a Dios como rey (1 Samuel 8:7). Y si bien después del fracaso de Saúl –el rey según la carne– Dios hace ungir a David –el hombre según su corazón– también la posteridad de este cae en la perversión, llevando, de esta manera, al pueblo entero a la idolatría más terrible.

En vista de ello, Dios obrará de acuerdo con su soberanía y justicia haciendo caer sobre el pueblo todas las maldiciones dictadas como consecuencia de la desobediencia. Primeramente las diez tribus son llevadas en cautiverio y después lo son las dos que integraban el reino del Sur. Y, si bien un residuo de las dos tribus vuelve de Babilonia –por la gracia de Dios– luego debe ser expulsado nuevamente de la tierra prometida. Habían rechazado hasta a su Mesías, el Hijo de Dios. Dios obraba conforme a las condiciones relacionadas con las promesas hechas en Éxodo y Deuteronomio.

### ¿Ha desechado Dios a su pueblo?

Pero, ¿es posible que la infidelidad del pueblo anule las promesas incondicionales que Dios hizo a Abraham, a Isaac y a Jacob? el apóstol dice:

“ Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios  
(Romanos 11:29).

Afortunadamente así es. ¿Qué certeza tendríamos de que las promesas de Dios serán cumplidas en lo que se refiere a nosotros si las promesas incondicionales hechas a Israel pudiesen ser abrogadas?

¿Es posible dudar de la inalterabilidad de Dios con respecto a las promesas dadas?

¡No, las promesas de Dios, hechas a Abraham, a Isaac y a Jacob serán cumplidas! Israel poseerá la tierra para siempre. Y esto, según las propias fronteras indicadas en Génesis 15, desde el Nilo hasta el Eufrates

## Las profecías

También los profetas confirman lo mismo en centenares de pasajes. Pero, por enredos de determinado sistema teológico, muchas veces estos textos son desgraciadamente privados de su fuerza. Unas veces son aplicados al regreso del cautiverio de Babilonia. Otras a la primera venida del Señor Jesús a la tierra. Por consiguiente, vamos a tratar unos pasajes que demuestran que dichos textos no pueden ser interpretados de tal manera, si no, se pierden de vista los puntos siguientes:

1. Si se trata del regreso de Judá (las dos tribus) e Israel o Efraím (las diez tribus), entonces esto debe ser futuro. Es obvio que las diez tribus, hasta hoy, no han regresado aún del cautiverio al cual Salmanasar les llevó (2 Reyes 17). El regreso de Babilonia fue solamente el de un pequeño residuo de las dos tribus.
2. Las porciones donde se dice que el pueblo no solamente será restaurado sino que también renacerá, no pueden relacionarse de manera alguna con el regreso de Babilonia. En aquel tiempo, el pueblo no había renacido todavía.
3. Lo mismo podemos decir de los pasajes que se refieren a victorias definitivas y a la sujeción de sus enemigos. Después del cautiverio babilónico el pueblo estuvo siempre bajo el dominio de pueblos extranjeros.
4. Si se dice que el pueblo no caerá más en pecado y no dejará nunca a Dios, entonces está claro que esto debe ser futuro. Precisamente, después del regreso de Babilonia cometieron el mayor de los pecados: rechazaron y mataron al Mesías.
5. Si se habla de su liberación, en relación con la venida del Señor, esta venida debe ser la vuelta de Cristo. Con su primera venida, los judíos no fueron libertados en su condición de pueblo. Al contrario, poco tiempo después fueron deportados por los romanos en el año 70 de nuestra era, parte de ellos a Portugal y Extremadura.
6. Si se trata de un “permanecer para siempre en la tierra”, esto solamente puede ser futuro. Sabemos todos que el pueblo no ha vivido en su tierra los últimos 1900 años.
7. Es obvio que lo que los profetas han profetizado después del regreso de Babilonia, no puede de modo alguno referirse a este regreso.

Si aplicamos tales normas, por ejemplo, a las porciones siguientes, ¿habrá, entonces alguna duda de que estas cosas son futuras, y de que Israel, pues, volverá a Palestina? Isaías 11; 14:1-2; 18; Jeremías 3:17-18; 31:27-40; 33:14-16; Ezequiel 34:13, 14, 23-31; 36:6-12, 22-38; 37, sobre todo desde el versículo 21; 38:8, 11, 16; 39:25-29; Oseas 3:4-5; Joel 3:1-2, 16-21; Amós 9:14-15; Miqueas 4:1-8; Sofonías 3:12-20; Zacarías 9:9-13; 10:6-12; 12:9-14; 14.

Tomemos, por ejemplo, Isaías 11. No hay ninguna divergencia de opinión respecto a que se trata aquí del Mesías. Tanto judíos como cristianos están de acuerdo sobre esto.

Pero ¿podemos aplicar los versículos 4 etc. al tiempo actual? 2 Tesalonicenses 2:8 nos dice que es una cosa futura. ¿Y quién se atreve a decir que la tierra esté ahora llena del conocimiento de Jehová? Pues, “en aquel tiempo” Jehová reunirá el residuo de su pueblo, los desterrados de Israel y los esparcidos de Judá de los cuatro extremos de la tierra. Y son citados diferentes fenómenos importantes que no se han cumplido aún.

En Jeremías 3:17-18 hallamos el trono de Jehová en Jerusalén y a los gentiles congregados junto a ese trono. Además, las dos y las diez tribus están juntas en la tierra. Esto puede solamente referirse al futuro, pues estos tres hechos no se han realizado hasta ahora, desde que Jeremías lo profetizó.

Zacarías 9:9 se halla citado en Mateo 21, y Juan 12. Pero la expresión “y Salvador” ha sido suprimida. En aquel tiempo no vino como el Redentor de Jerusalén y de la hija de Sión. Pero vendrá un tiempo en el cual su señorío será de mar a mar, y desde el río hasta los fines de la tierra (v. 10). Los presos de Sion serán liberados en virtud de la sangre del pacto (v. 11) y sus enemigos derrotados.

En Zacarías 14:3 y 4, vemos a Jehová en el monte de los Olivos para luchar contra sus enemigos. En aquel día Jehová será rey sobre toda la tierra y “morarán en ella, y nunca más será anatema; sino que será Jerusalén habitada confiadamente”.

Todos los pasajes indicados, y muchos otros, confirman que Dios cumplirá sus promesas, hechas a Abraham, a Isaac y a Jacob. Israel habitará en la tierra y gozará en ella de las bendiciones de Jehová.

## **El porvenir de Israel**

En el capítulo precedente hemos visto cómo Dios ha confirmado reiteradamente en su Palabra que cumplirá sus promesas, hechas a Abraham, a Isaac y a Jacob. Por consiguiente, volverá a traer a Israel a Palestina para que habite allí siempre y goce de las bendiciones de Jehová.

Mas, ahora podemos preguntarnos:

### **¿Cómo y cuándo volverá Israel a Palestina?**

También la Palabra de Dios da a esta pregunta una clara contestación.

Cuando las dos tribus fueron conducidas a Babilonia por Nabucodonosor, profetizó Jeremías que, después de 70 años, Dios juzgaría a Babilonia y haría retornar después al pueblo (Jeremías 25:12; 29:10).

Daniel conoció esta profecía, pues había examinado las escrituras proféticas. Y después de la destrucción del poder de Babilonia por Darío (Daniel 5:25; 6:1), se inclina delante de Dios para invocar su gracia en relación con dichas profecías (Daniel 9).

No pleitea acerca de las promesas dadas a Abraham, ni va más allá de Moisés y la Ley. Y, en armonía con esto, la divina contestación hace mención de la bendición final, pero luego trata, extensamente, de los juicios que caerán sobre las dos tribus como consecuencia de su infidelidad.

En Daniel 9:24 se dice que se trata del pueblo y de la santa ciudad de Daniel. Si leemos los versículos 2,7,16,18 y 19, no hay duda alguna de que esto se refiere a Jerusalén y a Judá.

En setenta semanas la prevaricación será consumada, los pecados concluidos y las iniquidades expiadas. La justicia de los siglos será traída. La visión y la profecía serán selladas y el Santo de los santos será ungido.

Claro está que esto no ha sido cumplido aún. Jerusalén y Judá no han cesado todavía de pecar, y sus iniquidades no han sido expiadas todavía. La justicia eterna no ha sido introducida aún. Las profecías no están selladas (confirmadas, cumplidas) todavía y el Santo de los santos no ha sido ungido tampoco.

No puede estar más claro que el cumplimiento de este versículo significa la plena bendición para Jerusalén y el pueblo.

Por consiguiente, el primer punto que debemos examinar es cuándo han comenzado las 70 semanas, y cuándo terminan.

## ¿Cuándo empezaron las 70 semanas?

El versículo 25 da la contestación: “Desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén”.

Si tomamos solamente la primera parte de esta frase, entonces puede haber discrepancia de opinión. Pues puede ser el regreso bajo Zorobabel (Esdras 2), o bajo Esdras (Esdras 7), o bajo Nehemías (Nehemías 2).

Pero, cuando añadimos la segunda parte de la frase, no existe ninguna incertidumbre o duda. Pues en los dos casos citados en primer lugar no se menciona la edificación de la ciudad, sino solamente del templo (Esdras 1 y 7). Es más, cuando los enemigos lanzan la calumnia de que la ciudad es edificada, el rey, inmediatamente, ordena impedirlo (Esdras 4:17-24).

En Nehemías 2, sin embargo, leemos que este recibe, a petición suya, el encargo expreso de edificar la ciudad. Las 70 semanas comienzan, pues, en este momento; de manera que casi generalmente es aceptada como fecha la del año 445 antes de Cristo.

## ¿Cuál es la duración de una “semana”?

Es evidente que en Daniel 9 no se trata de una semana de siete días. Entonces cabe preguntarnos: ¿qué es lo que se entiende por “una semana”?

Hay otro lugar en la Biblia donde se habla de una semana que no consiste en siete días. Es en Levítico 25:8. Allí se declara, expresamente, que es una semana de siete años, o sea el período transcurrido desde un año sabático hasta el otro. Este pasaje se relaciona íntimamente con Daniel 9. En Levítico 26:34, 35 se dice que si los israelitas no observaban estos años de sábado, serían expulsados de la tierra. Y 2 Crónicas 36:21 relaciona esta amenaza directamente con el cautiverio babilónico y con la profecía de Jeremías (cap. 25:11; 29:10) acerca de que el cautiverio duraría 70 años.

Cuando, pues, hubieron transcurrido los 70 años del destierro que los israelitas tuvieron que sufrir por no haber observado los sábados de las semanas de años de Levítico 25, por lo cual Daniel se dirige a Dios acerca del futuro de su pueblo y ciudad, Dios da la contestación de que, no después de estos 70 años, sino solamente después de las 70 semanas vendría la bendición completa. De esto resulta muy claramente –a mi juicio– que se habla aquí de 70 semanas de años.

Pero todavía sobran pruebas. En Daniel 9:27 se divide la última semana en dos mitades. Respecto a la segunda mitad de esta semana se habla en otros muchos lugares de la Escritura. Y en Daniel 7:25; 12:7; Apocalipsis 11:1-3; 12:6, 14; y 13:5 se añade una determinación del tiempo, o sea 3 tiempos y la mitad de un tiempo o 1260 días o 42 meses. Una semana consiste, por consiguiente, en un período de siete años, de 360 días cada uno.

Esto se halla confirmado por Daniel 9:25, 26. Aquí está escrito que transcurrirán 69 semanas hasta el Mesías, el Príncipe, es decir 483 años. El comienzo de este período se fija generalmente, en la historia profana, en el año 445 antes de Cristo. Si sumamos la edad del Señor, fijando el año en 360 días, entonces llegamos aproximadamente a 483 años. No lo podemos examinar con toda exactitud porque nos falta saber también el día y mes del principio y del fin.

## **La septuagésima semana ¿se ha cumplido ya?**

Hemos visto que “hasta el Mesías Príncipe” habían transcurrido 69 semanas. Quedó, pues, una semana. Si esta hubiese seguido sin interrupción a la última de aquellas, ya habría pasado desde hace mucho tiempo.

No obstante, esta semana no puede haber pasado aún, pues ni Judá ni Jerusalén han recibido aún las bendiciones del versículo 24.

Además, se dice en el versículo 27 que “él” confirmará con “muchos” un pacto en la última semana.

¿Quién es este “él”? ¿Es el Señor Jesucristo que concluye el nuevo pacto con el pueblo, como piensan unos? Pero este pacto ¿se celebra solo por siete años? ¿Y también por el tiempo que **precede** a la bendición? ¡Ya se ve que no!

Por consiguiente, no es el Señor Jesucristo. Mas resulta claramente del contexto quién es. En el versículo 26 se dice, primeramente, que se quitará la vida al Mesías y, después, que la ciudad y santuario serán destruidos por el pueblo del príncipe que vendrá.

Sabemos de qué pueblo se trata. El Señor Jesucristo lo profetizó y la historia nos enseña que fueron los romanos. Así, pues, un príncipe romano que no estaba aún durante la destrucción de Jerusalén, celebrará, en la última semana, un pacto con los judíos. Y resulta del resto del versículo que esto tendrá lugar en los últimos días, cuando los judíos habiten nuevamente en Jerusalén y se haya restaurado el culto en el templo.

También se habla de este pacto en Isaías 28. Allí se le llama un pacto con la muerte. Y esta expresión resultará más clara si tratamos en el capítulo siguiente de conocer más detalladamente a este príncipe impío, cabeza del Imperio romano restaurado.

Las 70 semanas forman, pues, una unidad, pero no un conjunto ininterrumpido. La propia Escritura da una subdivisión de 7, 62 y 1 semana. Las 69 semanas han pasado ya. Entonces vino Cristo para cumplir la septuagésima semana e introducir la bendición. Pero el pueblo le rechazó en la mitad de la semana. Después de 3 años y medio fue crucificado. Y en armonía con la oración de Daniel, que se puso en el terreno de las promesas dadas a Moisés bajo responsabilidad, el pueblo no recibió la bendición, sino el juicio.

Para la fe, la primera mitad de la septuagésima semana ha sido cumplida. De acuerdo con ello hallamos en los evangelios y el Apocalipsis solamente las indicaciones del tiempo en conexión con la segunda mitad de la semana de años. Pero, para Israel, que a causa de su incredulidad no cuenta los años de servicio del Señor, vale la septuagésima semana entera. Los muchos, es decir, la masa del pueblo, celebrarán, en los últimos días, un pacto por siete años con el impío emperador romano.

Resulta de esto que el pueblo habitará entonces en Palestina y que habrá restaurado el culto judío en Jerusalén, pero será todavía incrédulo en su mayor parte.

## **¿Cómo será restaurado Israel en su condición de nación?**

Ezequiel 37 nos muestra esto con unos toques muy gráficos; el profeta ve una gran cantidad de huesos secos. El versículo 11 declara lo que representan: “Estos huesos son la casa de Israel. He aquí, ellos dicen: nuestros huesos se secaron, y pereció nuestra esperanza y somos del todo destruidos”.

Está claro que se trata aquí del pueblo y no de personas muertas. Los muertos no hablan.

Jehová lo dice también en los versículos 12 y 13 expresamente: “Yo abro vuestros sepulcros (los lugares donde están lejos de su país)..., y os traeré a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy Jehová”.

En los primeros versículos vemos que no sucede esto de una vez. Primeramente vemos que se acerca cada hueso a su hueso, y fueron cubiertos de nervios, carne y una piel. Pero no había entonces espíritu en ellos.

Por consiguiente, en el principio hay solamente huesos secos, sin vida alguna. Quien **ahora** tiene vida de Dios, no pertenece ya a Israel sino a la Iglesia.

Entonces Jehová obrará en ellos por su Espíritu para que se unan, haciéndose nuevamente un pueblo. Los principios del Estado judío serán caracterizados, pues, por la incredulidad. Pero, luego, el Espíritu de Dios obrará de nuevo en ellos, de modo que reciban vida.

Está muy claro, pues, que no se trata aquí del regreso de Babilonia.

1. Aquí se habla de “un ejército grande en extremo”. Puede difícilmente referirse a los 43.000 que entonces regresaron, imaginando lo que se llamaba en aquellos días un gran ejército. En 1 Crónicas 21 leemos que David pudo movilizar más de un millón y medio de hombres, excepto Leví y Benjamín. En 2 Crónicas 13, que Judá e Israel juntos tenían 1.200.000 hombres en el campo de batalla y que solo de Israel medio millón de hombres caían. En 2 Crónicas 14 que Zera, etíope, invade a Judá con un ejército de un millón de hombres. Y en 2 Crónicas 17:14-19 que Judá sola tenía unos 1.200.000 guerreros.

2. Todo el pueblo está considerado como vivo, lo que no puede referirse al regreso de Babilonia. Véase, por ejemplo, Malaquías.

3. Se dice que Judá y Efraím formarán desde ahora en adelante un solo pueblo. Esto tiene todavía que cumplirse en el futuro, pues Efraím (las diez tribus) no ha regresado hasta ahora.

4. “Habitarán en la tierra que di a mi siervo Jacob... y mi siervo David será príncipe de ellos para siempre” (v. 25). Sabemos que los romanos han expulsado nuevamente a los judíos de su tierra.

5. Jehová concertará con ellos pacto perpetuo, y su santuario estará en medio de ellos para siempre.

## **¿Cómo les traerá Jehová a su tierra?**

La Palabra, en Jeremías 16:16, nos describe esa acción de modo muy gráfico: “He aquí que yo envío muchos pescadores, dice Jehová, y los pescarán, y después enviaré muchos cazadores, y los cazarán por todo monte, y por todo collado, y por las cavernas de los peñascos”.

Mas el pueblo judío es incrédulo aún. Por lo tanto, no confiarán en el Señor sino que buscarán la ayuda de poderosos países. En Isaías 18 se describe el país que más les ayudará para volver a su tierra; es un país que está situado más lejos que “los ríos de Etiopía”, (en hebreo Cush), es decir el Nilo y el Eufrates.

Se puede comprobar en cada mapa etnográfico de la antigüedad que los hijos de Cush se establecieron, según Génesis 10:7-13, entre el Nilo y el Eufrates y en terrenos contiguos a estos ríos. Entre ellos y en sus inmediaciones habitaban los antiguos enemigos de Israel. Este país no mencionado, que, en tiempos antiguos, no era conocido en Israel, asumirá, en el tiempo del regreso de Israel, una actitud amistosa. Es un país dado a la navegación y dotado de fuerza comercial; un país que ejerce una gran actividad política.

## ¿Hallará Israel tranquilidad y paz en Palestina?

El mundo entero tendrá puesto sus ojos en Palestina y en el pueblo restaurado (Isaías 18:3). Pero Jehová reposará (v. 4). No puede apoyar lo que se emprende con fuerza propia y con la ayuda de poderes mundiales. Aun cuando sus esfuerzos parezcan tener buen éxito, dando aparentemente frutos, Dios hará caer su juicio sobre él (v. 5).

El pueblo no será expulsado nuevamente del país, sino que será entregado a sus enemigos, los gentiles (v. 6). El tiempo de angustia para Jacob habrá llegado (Jeremías 30:7; Mateo 24:21-22).

Pero entonces obrará el Espíritu de Dios en los corazones. Si bien la gran tribulación habrá llegado, Dios obrará de una manera especial (Daniel 12 – véase también Isaías 26:19; y Ezequiel 37). El pueblo, como tal, será restaurado, pero no todas las **personas** tendrán vida de Dios. De los que vendrán de la tierra de los gentiles, unos se convertirán a Dios y los demás serán juzgados (véase también Isaías 66:24).

Dos terceras partes de los que estén en dicha tierra, perecerán en los juicios (Zacarías 13:8). El resto será purificado y puesto a prueba (v. 9). Pero entonces derramará Jehová el Espíritu de gracia y de oración sobre ellos y **todas** las generaciones sobrevivientes “mirarán a mí, a quién traspasaron y llorarán... por él” (Zacarías 12:10-14).

## ¿Cuándo volverán las diez tribus a su tierra?

En Ezequiel 37 hemos visto que tanto Judá (las dos tribus) como Israel (Efraín: las diez tribus) volverán al país y serán reunidos de nuevo allí.

En Daniel 9 se trata de las dos tribus que fueron deportadas a Babilonia. En los últimos días estas estarán nuevamente en su país, restaurando el culto en el templo. Hemos visto que de ellas, en su propio país, las dos terceras partes perecerán por el juicio divino.

A saber, de las diez tribus, ninguno será juzgado en el país. Solo el residuo creyente de ellos regresará a la tierra prometida. Ezequiel 20 nos lo enseña. Tal como en otra ocasión perecieron, a la salida de Egipto, todos los incrédulos, de la misma manera los incrédulos de las diez tribus encontrarán el juicio de Dios después de haber abandonado los países donde hubieran estado viviendo y antes de que entren en Palestina (v. 34-38).

Es, pues, probable que este residuo creyente llegue a la tierra de Israel solo **después** de la gran tribulación.

Las dos tribus han rechazado al Señor Jesucristo. Según la palabra del Señor, aceptarán al anticristo (Juan 5:43). Por ello vendrán los juicios terribles de Dios sobre ellos.

Las diez tribus no han rechazado al Señor; por consiguiente, la palabra del Señor no puede serles aplicada.

## **Conclusión**

Hemos hallado, pues, que los integrantes de las dos tribus regresarán a su país como incrédulos, formando allí un estado independiente. Recibirán y aceptarán el apoyo de un gran país de destacado comercio marítimo.

Celebrarán un pacto por siete años (la última semana de años de Daniel 9) con la cabeza del Imperio romano restaurado. Sin embargo, este pacto será anulado y Dios entregará, pueblo y tierra, en manos de sus enemigos. Dos terceras partes del pueblo perecerán, y la otra tercera parte se convertirá a Dios.

Dios sacará del olvido a las diez tribus, llevándolas también al país. Solo el residuo creyente de ellos entrará en Palestina.

# El porvenir de Europa Occidental

## ¿Gobierna Dios la tierra?

Si leemos detenidamente las Escrituras, hallamos un fenómeno notable en los designios de Dios respecto a la tierra. Vemos que Dios se manifiesta, de una manera alternativa, como el Dios de la tierra, ocupándose, de modo directo, en gobernarla, o bien que se retira a sus moradas, como si fuera únicamente el Dios del cielo, ejerciendo, tan solo de una manera indirecta, su influencia sobre el gobierno de este mundo.

En el jardín de Edén tenemos el gobierno directo de Dios. Pero, después de la caída del hombre, ya no lo encontramos más. Ese gobierno ha sido dejado, en la tierra, al hombre caído. La generación de Caín reina. De la generación de Seth se dice solamente que ocupa su sitio en el testimonio sucesivo, dando expresión a su fe en los nombres de sus hijos. No hallamos en ellos esfuerzo alguno para ejercer influencia.

Después del diluvio, la situación cambia de nuevo. Dios establece un pacto con la tierra, dando indicaciones directas a Noé acerca de cómo este último ha de gobernar la tierra. Pero, cuando el hombre vuelve a caer en la corrupción, cuando Noé incurre en la embriaguez, cuando la masa —rebelada contra Dios al edificar a Babel— es confundida, esparcida y dividida en pueblos, entonces Dios llama a Abram para que peregrine como extranjero, sin ejercer influencia en el gobierno de la tierra.

Respecto a Israel hallamos, otra vez, que Dios manifiesta sus derechos sobre la tierra. Da indicaciones precisas sobre la conducta del pueblo. En Josué 3:11 se hace llamar “el SEÑOR de toda la tierra” y en 5:14 interviene él mismo, como príncipe del ejército de Jehová, en la lucha. En 1 Crónicas 29:23 nos es dicho que el trono de Jehová está en Jerusalén.

Desgraciadamente, también Israel abandonó a Dios. Primeramente, a causa de la idolatría de las diez tribus, Dios tiene que desterrarles. Y si, entonces, no solo Judá, sino también la generación de David, sirve a los ídolos, Dios tiene que entregarles también en manos de sus enemigos, conduciéndoles al destierro. La gloria de Jehová, que habitaba en el templo entre los querubines, abandona Jerusalén, como vemos en Ezequiel 11:23. Y puesto que el pueblo, al que Él había acogido tan cerca de sí, y al que había bendecido tan ricamente, le abandonó, Él dio su dominio al pueblo que le había abandonado en primer término, es decir, a Babel. Daniel 2 nos declara esto expresamente.

Dios dice a Nabucodonosor (v. 28) que le ha revelado lo que ha de acontecer en los últimos días. Y ha hecho esto por el conocido sueño en el cual le mostró la gran imagen.

## **¡Dios da el gobierno del mundo a príncipes paganos!**

Nabucodonosor era la cabeza de oro. Había recibido el imperio directamente del Dios del cielo (v. 37). No se trata aquí del dominio ordinario, como tantos reyes habían tenido antes que él. Se habla aquí expresamente de dominio mundial. En su tiempo, y en el de los posteriores reinos, no habría ningún poder de idéntico valor sobre la tierra.

El segundo reino (nótese: no rey, v. 39) sería menor que el de Babilonia. Hallase representado por el pecho y los brazos de plata. Este reino no recibe su poder directamente de Dios, sino como sucesor del reino babilónico. El nombre de este segundo reino nos es dado en el capítulo 5:28. Es el imperio medo-persa.

El tercer reino es –según la Palabra– de metal y dominará sobre toda la tierra. El capítulo 8:3-7, 20, 21 nos da también su nombre. Es el imperio griego. Y, en efecto, este reino fue de mayor extensión que el de sus predecesores. Alejandro Magno reinó desde Macedonia hasta el Indo y el Nilo.

Del cuarto reino se nos da una extensa descripción, mostrando cuán terrible es. “Será fuerte como hierro; y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará todo” (Daniel 2:40). El nombre de este reino, las Escrituras nos lo dan también. Lucas 2 nos dice que en aquellos días hubo un emperador, reinando sobre toda la tierra. Es el Imperio romano. La propia historia profana nos confirma que aquellos cuatro imperios se han sucedido uno tras otro, como las Escrituras lo habían profetizado en Daniel 2.

## **La historia profética del Imperio romano**

Aunque aquel que conoce la historia de los primeros reinos contempla admirado la precisión de las profecías de Dios al leer capítulos como Daniel 8-10 y 11, ahora no queremos tratar esto, sino solamente averiguar la historia del cuarto reino.

El cuarto reino es representado simbólicamente por las piernas de hierro y sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido. Como el doble carácter del Imperio medo-persa fue representado por los dos brazos en el pecho y en el capítulo 7:5 por la bestia que se puso sobre un lado, así el Imperio romano es caracterizado por una división: el Imperio romano occidental y el Imperio romano oriental. Además, las postrimerías del Imperio son diferentes. En su principio las pier-

nas son solamente de hierro y los pies son de hierro mezclado con barro cocido (Daniel 2:33). Por consiguiente, ha entrado un elemento extraño y, según el versículo 43, esto se refiere a hombres, pues está escrito que mezclaránse con alianza humana. Sin duda, ello se relaciona con las grandes masas de pueblos del Noreste de Europa las que en el cuarto y quinto siglos invadieron el Imperio romano, fusionándose con los habitantes originarios.

Además, hallamos en la interpretación (v. 41) algo que no había sido dicho en la descripción de la imagen misma: a saber, que ella tiene dedos. El final del cuarto reino se manifestará, por consiguiente, en la forma de diez dedos, aunque dicho reino forme una unidad: los dedos están unidos a los pies.

La Palabra dice (v. 34, 35) que la imagen será destruida por una piedra, cortada no por manos, la que, después de destruir la imagen, fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra. El versículo 44 dice que será un reino levantado por el Dios del cielo; un reino que jamás se corromperá.

Esto tendrá lugar “en los días de estos reyes”. Pero, ¿qué reyes son estos?

No puede ser en el tiempo de los reyes de los tres primeros reinos. Está claro que estos desaparecieron, disolviéndose en el Imperio romano. Entonces, en el tiempo del fin, habrá un número mayor de reyes, pertenecientes todos al Imperio romano. Aquí tenemos una seria indicación de que los dedos, de los cuales se habla en los anteriores versículos, simbolizan otros tantos reyes. No puede ser otra cosa que una representación de esos reyes.

Daniel capítulo 7 nos da más detalles. Allí tenemos los mismos cuatro imperios representados por la imagen de cuatro bestias. La cuarta bestia tiene a su vez las mismas características que el cuarto reino en Daniel 2:40: “Espantosa y terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que vi antes de ella, y tenía diez cuernos”.

La bestia será destruida cuando el Anciano de días, “cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia” se sienta sobre su trono. “Su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él: el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos”.

Entonces viene uno como “un hijo de hombre” en las nubes del cielo a la presencia del Anciano de días, y “le fue dado dominio, gloria y reino, para que **todos** los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido”.

En Mateo 24:30 vemos claramente que este es el Señor Jesucristo. Allí el Señor mismo dice que vendrá en las nubes del cielo para tomar posesión de su reino. Y Apocalipsis 1:7 lo dice asimismo.

De esto se desprende claramente que el Imperio romano será destruido por el Señor Jesucristo al venir a la tierra en las nubes del cielo. En aquel tiempo el Imperio romano tendrá diez formas de manifestación, las cuales representan diez clases de reyes. Hemos visto esto claramente en Daniel 2 y aquí en el capítulo 7 nos es confirmado. Es decir, la cuarta bestia tiene diez cuernos y en el versículo 24 se dice que esos diez cuernos serán diez reyes que se levantarán de dicho reino.

## **¿Existe aún el Imperio romano?**

Sin duda, esta pregunta se la formularán muchos, pues por la Historia hemos aprendido que el Imperio romano fue destruido hace ya 1500 años.

Por lo tanto, muchos intérpretes de la Escritura, que no se atienen **solamente** a la Palabra de Dios, ni juzgan la Historia por la Palabra de Dios, sino que interpretan la profecía por los libros históricos, han buscado un recurso. Piensan que el eterno reino, que había de destruir al Imperio romano, es el Cristianismo.

Si leemos atentamente en Daniel 2 y 7, vemos que tal interpretación no es exacta. En Daniel 2, la piedra se hace grande solo **después** de la destrucción de la imagen, mientras que el Cristianismo ya había llegado al poder en el reino romano, cuando este se hundió.

También hallamos allí que será destruido después de haberse mezclado el barro con el hierro. Sin embargo, cuando las tribus germanas invadieron el reino, esto mismo ocasionó precisamente su desaparición.

## **El Señor Jesucristo ¿ha venido ya en las nubes del cielo?**

Pero ¿quién osaría alegar que lo que está escrito en Daniel 7:9-14 ha tenido ya lugar? El Señor Jesucristo no ha venido aún en las nubes del cielo, pues, según Apocalipsis 1:7, todo ojo le verá. El Juez no se ha sentado aún, ni los libros han sido abiertos todavía. ¿Y quién se atreverá a decir que todos los pueblos, naciones y lenguas actualmente Le honran y obedecen?

Nadie se aventurará a decir que países tales como Rusia, toda el Asia y África Le honran y obedecen. ¿Y quién osará alegar que América y Europa Occidental Le honran y obedecen? Mientras que se dice, en los versículos 14 y 27, que **todos** los señoríos, naciones y lenguas Le honrarán y obedecerán. Así, pues, todo esto es aún cosa futura.

Resulta de ello que el Imperio romano se levantará nuevamente, pues –según la profecía– ha de existir cuando el Señor Jesucristo venga de nuevo a la tierra.

## **¿Cómo será restaurado el Imperio romano?**

En Apocalipsis 13 y 17 hallamos al Imperio romano también. En el capítulo 13:1-2 tenemos las mismas bestias que en Daniel 7, pero en un orden inverso. El Imperio romano ha acogido en sí mismo a los otros reinos. Mas el apóstol Juan –que vivía durante el cuarto reino– ve retrospectivamente, mientras que Daniel miraba hacia el futuro.

La bestia tiene diez cuernos y siete cabezas, y sobre sus cuernos diez diademas. Una diadema es insignia de dignidad real. En el capítulo 17:12 se dice que esos diez cuernos representan diez reyes. Las siete cabezas son, primeramente, una alusión a la ciudad de Roma (la ciudad de las siete colinas), pero, al mismo tiempo, una designación de las siete formas de gobierno que existirán sucesivamente. En el tiempo en que fue escrito el Apocalipsis, la sexta forma de gobierno ya existía, según el capítulo 17:10. La historia profana nos enseña que tales formas eran: Reyes, Cónsules, Decenviros, Tribunos, Pero ¿quién osaría alegar que lo que está escrito en Daniel 7:9-14 ha tenido ya lugar? El Señor Jesucristo no ha venido aún en las nubes del cielo, pues, según Apocalipsis 1:7, todo ojo le verá. El Juez no se ha sentado aún, ni los libros han sido abiertos todavía. ¿Y quién se atreverá a decir que todos los pueblos, naciones y lenguas actualmente Le honran y obedecen?

Nadie se aventurará a decir que países tales como Rusia, toda el Asia y África Le honran y obedecen. ¿Y quién osará alegar que América y Europa Occidental Le honran y obedecen? Mientras que se dice, en los versículos 14 y 27, que **todos** los señoríos, naciones y lenguas Le honrarán y obedecerán. Así, pues, todo esto es aún cosa futura.

Resulta de ello que el Imperio romano se levantará nuevamente, pues –según la profecía– ha de existir cuando el Señor Jesucristo venga de nuevo a la tierra.

Dictadores, Emperadores. Una de esas formas de gobierno será herida de muerte, según 13:3, pero curará de la herida de su muerte. Y el capítulo 17:8-11 dice que la bestia fue, y no es y ha de subir del abismo y ha de ir a perdición. Y en la última parte del versículo 8 y en el versículo 11 se dice, nuevamente, por dos veces, que “era, y no es, y será” (traducción holandesa).

Por consiguiente, tenemos aquí la solución del problema. El Imperio romano fue, no es, pero luego subirá del abismo y se perderá. En su sexta forma de gobierno, como imperio, está herido de muerte. Se pensaba que no curaría. Mas la llaga de su muerte será curada. El Imperio romano será restaurado nuevamente. Como Imperio ha perecido aparentemente, y como Imperio será restaurado de nuevo. La misma cabeza que estaba herida de muerte, será –según 13:3– restaurada nuevamente, mas en 17:10 es mencionada la séptima forma de gobernación. Después viene la octava forma de gobierno y esta es la última del reino.

### **¿Qué características tendrá el Imperio romano?**

En Daniel 2 y 7 y Apocalipsis 13 y 17 hemos visto que el Imperio romano tendrá diez reyes, representados por diez dedos y diez cuernos. Apocalipsis 17:12 dice que estos diez reyes aún no han recibido reino, sino que reciben poder como reyes, al mismo tiempo que la bestia. La última forma del Imperio romano será, pues, la de diez reinos ligados uno al otro tan íntimamente que forman un gran reino poderoso. El capítulo 17:13 dice: “Estos tienen un consejo y darán su potencia y autoridad a la bestia”.

Daniel 7:8 etc. nos da aun unos detalles más. Allí se nos dice que se levantará todavía un undécimo rey, quien abatirá tres reyes, apoderándose del poder de ellos. Este undécimo cuerno tiene “ojos como de hombre y una boca que hablaba grandes cosas”. “Y hablará palabras contra el Altísimo y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo” (v. 25).

El versículo 11 nos dice, pues, que la bestia entera será muerta, a causa de lo que ese cuerno ha hablado, y el versículo 26 la identifica con el reino entero. Este undécimo cuerno es, efectivamente, el que ejerce el poder en el Imperio romano restaurado, y tendrá el título de emperador. Apocalipsis 17:13 dice que los postreros reyes tienen un consejo y que darán su potencia y autoridad a la bestia.

## ¿Qué religión tendrá este imperio

Como hemos visto, precisamente los llamados países cristianos de Europa Occidental formarán el Imperio romano. Por tanto, este tendrá, aparentemente, un carácter religioso, especialmente durante los primeros años. En Apocalipsis 17 leemos que la bestia es dominada por la gran ramera. Y en el capítulo que trata sobre el cristianismo nominal, hemos visto que esta mujer representa en imagen el conjunto del Cristianismo profesante.

Sin embargo, la Palabra de Dios nos muestra el carácter verdadero del reino. Está representado por la imagen de una bestia. Una criatura que no tiene conocimiento de Dios, ni entendimiento de sus pensamientos. En el capítulo 17:8 se dice que sube del abismo y se perderá. Y en el capítulo 13:2 leemos que recibe su poder del dragón, el diablo (cap. 12:9). “Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad”.

Su manifestación será con odio y blasfemia en contra de Dios. “Se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias” (cap. 13:5). “Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo” (cap. 13:6).

En fin, arrojará hasta la última forma de la Cristiandad, destruyendo a la ramera que lo domina (cap. 17:16). Entonces impondrá la adoración de sí misma (cap. 13:8, 12). Y, al fin, el poder unificado de Europa Occidental se preparará para la lucha contra el Señor Jesucristo, cuando venga del cielo para establecer su reino en gloria (cap. 17:14).

## La última guerra de Europa Occidental

Una vez, el Imperio romano, en alianza con la jerarquía religiosa de esta tierra, mató al Señor. “Matémosle, y apoderémonos de su heredad” (Mateo 21:38).

Pero el Señor volverá nuevamente, del cielo, para tomar posesión de su reino. Y de nuevo el Imperio romano, ligado con la cabeza de la religión mundial, intentará matarle. El capítulo 19 del Apocalipsis, desde su versículo 19, nos describe esta lucha. Pero ahora el Hijo del hombre no viene como un cordero llevado al matadero. Ahora viene como la Palabra de Dios. “De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones” (cap. 19:15). “Sus ojos eran como llama de fuego” (cap. 19:12).

Los poderosos ejércitos de Europa Occidental, a las órdenes de sus geniales capitanes, apuntarán sus armas contra él. Pero “el que mora en los cielos se reirá, Jehová se burlará de ellos” (Salmo 2). Los capitanes son apresados y echados vivos al lago de fuego ardiendo en azufre. Y “los demás

fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo” (cap. 19:21). Tal es el fin de la cristiana Europa Occidental. Destruída porque tratará, por segunda vez, de matar al Hijo de Dios

### **¿Dónde se desarrollará esta lucha?**

Zacarías 14 nos da la contestación: “Porque yo reuniré a todas las naciones para combatir contra Jerusalén”. “Después saldrá Jehová y peleará con aquellas naciones... y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén al oriente” (v. 2-4).

## El anticristo

El nombre de anticristo se encuentra solamente en las epístolas de Juan. Pero, como veremos, se habla de su persona en otros lugares, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

En 1 Juan 2, el apóstol escribe a los hijitos, recordándoles que vendrá el anticristo.

Los versículos 22 y 23 nos dan las características de esta persona: “¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre”. En el capítulo 4, y en la segunda epístola, el apóstol señala otro distintivo: no confesará a “Jesucristo venido en carne”. En el capítulo 2, el mal positivo es negar la verdad. En los otros lugares aparece el negativo: no confesar la verdad fundamental, o sea, Dios manifestado en carne.

En la primera parte tenemos la incredulidad judaica. No niega que Cristo vendrá, sino niega que **Jesús** sea el Cristo. Por otros pasajes vemos que el anticristo se proclamará a sí mismo como Cristo.

Pero, además, hallamos también la incredulidad cristiana. Niega al Padre y al Hijo, verdad fundamental del cristianismo. En el cristianismo Dios se ha manifestado como Padre y es presentada la gloria del Señor Jesucristo como Dios Hijo, como el centro. El anticristo niega también ambas cosas.

El que niega que Jesús sea el Cristo no es, necesariamente, anticristo. Cada judío incrédulo hace esto. Mas aquí se añade que el anticristo niega al Padre y al Hijo. Ningún judío había jamás oído hablar de la relación eterna en la Deidad. La verdad del Padre y del Hijo es la manifestación más perfecta de Dios al hombre, llena de gracia y verdad y ella es dada solamente en el cristianismo. Cuando el anticristo ocupe su lugar en la cristiandad profesante, oirá la verdad sobre el Padre y el Hijo, pero la rechazará y negará.

Reúne, en sí mismo, la incredulidad judaica y la cristiana. Al mismo tiempo es cabeza del judaísmo apóstata y de la cristiandad apóstata. Y que esto sea posible nos muestra cuán completa será la apostasía.

## El hombre de pecado

El pecado se originó por la tentativa del hombre de hacerse igual a Dios, como Satanás lo había prometido a Eva (Génesis 3). Esta tentativa termina en el hombre de pecado, “el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tesalonicenses 2:4).

1 Juan 3:4 nos aclara esta expresión. Pecado es transgresión de la ley o, inversamente, podemos decir también que la transgresión de la ley es pecado. Pecado es proceder según la propia voluntad, sin tomar en cuenta los pensamientos de Dios. Es proceder sin reconocer la autoridad de Dios sobre el hombre.

Respecto al Señor Jesús, el Hombre perfecto, se dice :

“ Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra  
(Juan 4:34).

Y en Juan 8:29: “Porque yo hago siempre lo que le agrada (a Dios)”. Cristo, que era verdaderamente Dios, tomó en la tierra forma de siervo para glorificar a su Dios y Padre en todo.

Del anticristo, el hombre de pecado, se da en Daniel 11:36, como característica, que hará **su** voluntad. Su propia voluntad es la única medida de su proceder. Por lo tanto, hallamos en él la encarnación del pecado. Por eso él es llamado también, en 2 Tesalonicenses 2:8, “el inicuo”. Y sus ambiciones se hallan solamente dirigidas a su propia glorificación.

El rey de Babilonia, figura del último actor del poder imperial que se inició con el imperio babilónico, decía en su corazón: “Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo” (Isaías 14:13, 14).

Sin embargo, el anticristo va mucho más lejos. Se sentará en el templo del Dios de Israel, haciéndose pasar por Dios (2 Tesalonicenses 2:4).

El carácter revelado de esta persona y la apostasía precedente manifiestan con claridad que no debemos considerar el templo de Dios, de una manera figurada, en el sentido que se da en 1 Corintios 3:16-17 y Efesios 2:21-22 como “morada de Dios en el Espíritu”. Se trata realmente del templo judaico en Jerusalén, y allí se manifestará como el Dios de Israel.

## El hijo de perdición

De 2 Tesalonicenses 2:3 resulta que el anticristo no vendrá antes de que la apostasía haya tenido lugar. En el versículo 3 no se trata de judíos apóstatas. La Escritura nos predice que también la masa del pueblo judaico apostatará en el tiempo final. Hallamos esto en muchos lugares del Deuteronomio, los Salmos y los Profetas. Y el versículo 4 está en relación con ello.

Aquí se trata, sin embargo, de la apostasía de la cristiandad. En las epístolas personales del Nuevo Testamento (Timoteo, Pedro, Juan, Judas) se dice, muchas veces, que en los últimos tiempos algunos apostatarán de la fe. Eso es apostasía. Pero no es aún **la** apostasía, de la cual se trata aquí.

**Esta** viene solamente después de que la Iglesia haya sido arrebatada, quedando en la tierra solo los cristianos de nombre. Entonces una gran apostasía general de la cristiandad tendrá lugar. Serán manifiestamente renegadas las verdades fundamentales del cristianismo (véase también 1 Juan 2).

De esta apostasía procede el anticristo. Por eso se le llama el hijo de perdición. Es una regla general que la corrupción de lo precioso es la peor que pueda existir. Pero, el anticristo no apostatará solamente del cristianismo. Después, también, del judaísmo. Y en él hallamos, igualmente, la apostasía del hombre natural (animal). En el versículo 4 vemos ambos puntos: se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios, sentándose en el templo judaico.

## El rey de los judíos

En las precedentes consideraciones hemos examinado el carácter religioso del anticristo. En la cristiandad apóstata, el anticristo hará función de jefe religioso. Allí el poder político estará en manos del Imperio romano restaurado y de su cabeza, la cual recibirá directamente del diablo su poder y trono y gran autoridad (Apocalipsis 13). Y allí su poder será espiritual, aunque lo utilizará (según Apocalipsis 13) para apoyar el poder del Imperio romano.

Tan pronto como las profecías se relacionan con los judíos, la imagen es cambiada. En contraste con el cristianismo, el judaísmo está en relación con la tierra. Salomón se sentó en el trono de Jehová en Jerusalén (1 Crónicas 29:23). Y la venida de Cristo (Mesías) significa para Israel “salvación de nuestros enemigos, y de la mano de todos los que nos aborrecieron... que, librados de nuestros enemigos, sin temor le serviríamos en santidad y en justicia delante de él, todos nuestros días” (Lucas 1:71, 74, 75).

Tan pronto, pues, como nos ocupamos de las profecías del Antiguo Testamento, vemos más el carácter político. Según ellas, el anticristo ocupará un lugar dominante. Así en las profecías este es llamado, en muchos lugares, “el rey”, sin más indicación. Para Israel será una figura bien conocida que dominará el tiempo del fin.

Cuando el Señor Jesús vino en el nombre de su Padre, correspondió tan escasamente en su manifestación a los deseos de los corazones, que le rechazaron. Cuando el anticristo venga en su propio nombre, le recibirán (Juan 5:43), pues este será según el corazón del hombre. Pero en la mitad de la septuagésima semana de año se manifestará en su forma verdadera, apostatando exteriormente también del judaísmo (compárese Daniel 9:27). Entonces el residuo fiel de Israel huirá de Jerusalén, porque se entablará contra él una terrible persecución.

En los Salmos se habla, frecuentemente, de una cierta persona impía que oprimirá al residuo. También en esta persona vemos al anticristo.

En Isaías 57 se reprocha al pueblo infiel que rindiera honores al rey, trayéndole regalos.

En Zacarías 11:6, Dios pronuncia el juicio de que entregará a los habitantes de la tierra en manos del rey de ellos.

En Isaías 30, Dios declara su juicio sobre él. Con Assur, el rey del Norte, le alcanzará el juicio de Jehová. Aquí hallamos el mismo pensamiento que en 2 Tesalonicenses 2. En Isaías 11:4 tenemos lo mismo, pero allí él es llamado “el impío”.

En Daniel 11:36-45 hallamos también a estas mismas personas: al anticristo y al rey del Norte. “Y el rey hará su voluntad, y se ensoberbecerá, y se engrandecerá sobre todo dios; y contra el Dios de los dioses hablará maravillas... del Dios de sus padres no hará caso, ni del amor de las mujeres”. Rendirá honor a los que le reconocen, repartiendo entre ellos la tierra como recompensa. Hará cesar el culto a Dios, honrando, en su lugar, al dios Mauzim, a saber, al dios de la guerra.

Sin embargo, entonces marcharán el rey del Sur y el rey del Norte (Egipto y Assur) simultáneamente sobre él. El rey del Norte vencerá, y el anticristo tendrá que darse a la fuga. Aquí tenemos, pues, la declaración de por qué en Apocalipsis 19 es llamado solamente el falso profeta y no es visto más como rey.

En Zacarías 11:17 esto ya ha sido profetizado. Allí vemos que primero su poder (el brazo) le es cortado, y que perderá enteramente su juicio (el ojo derecho). Esto sucederá cuando haga acuerdo con el Imperio romano (según Apocalipsis 19) para luchar contra el Señor Jesús, quien viene del cielo.

De Daniel 11:44 podemos deducir (en relación con el versículo 30 y Zacarías 14:4) que vuelve con el emperador romano y sus ejércitos a Palestina para reconquistarla y tomar Jerusalén.

Sin embargo, en este momento aparecerá el Señor Jesús y le aniquilará. Y como Apocalipsis 19 nos enseña, el anticristo y el emperador romano serán lanzados vivos al infierno.

Cómo será ejecutado este juicio, lo hallamos no solamente en Apocalipsis 19 sino también en 2 Tesalonicenses 2; Isaías 11:4 y 30:33.

“El espíritu de su boca” es la expresión de la energía que reside en el poder divino, sea en vista de la creación (Salmo 33:6), sea en juicio (2 Samuel 22:16; Job 4:9; Salmo 18:15; Isaías 11:4 y 30:33). No es un instrumento, sino la fuente de la potestad del Dios que realiza su propósito por una palabra.

## **Las dos bestias**

En Apocalipsis 13 vemos dos bestias como instrumentos poderosos de Satanás. Satanás ha sido expulsado del cielo y ahora ejerce todo su poder aquí en la tierra. Pero no lo hace de una manera visible, sino que se vale de instrumentos.

La primera bestia sube del mar, situación donde no hay forma fija ni orden. Tiene diez cuernos y siete cabezas y recibe su trono y su poder de Satanás. En el capítulo precedente ya hemos visto que se trata del Imperio romano.

En el versículo 11 vemos subir una segunda bestia. Esta no sube del mar, sino de la tierra. Según el Apocalipsis es la representación de una situación bien organizada en cuanto a su gobierno. Se trata de un poder político, pues tiene dos cuernos. Se presenta con un aspecto semejante a Cristo, ya que se asemeja a un cordero. Pero tiene solamente dos cuernos, y no siete como la figura del Señor Jesús en Apocalipsis 5:6. Y su lenguaje da a conocer quién es, pues habla como un dragón.

La segunda bestia parece subir después de la primera. Viene cuando el mar ha sido cambiado en tierra. El versículo 12 confirma también eso, pues ejerce todo el poder de la primera bestia en presencia de ella. Además, realiza grandes señales, haciendo hasta descender fuego del cielo a la tierra. En el Antiguo Testamento esto es siempre señal de la presencia de Jehová. Lo vemos en la consagración del templo y asimismo con Elías en el Carmelo. Allí Dios mostró que él era Dios y no Baal.

La segunda bestia hace la misma señal, y de esta manera seduce tanto a los cristianos como a los judíos apóstatas, de modo que acatan su autoridad. Su poder político no es tan grande como el de la primera bestia.

Esta tenía diez cuernos y la segunda solo dos. Es un poder real, pero su influencia es, principalmente, religiosa. Como la primera bestia es cabeza del Imperio romano, la segunda bestia representa, pues, al jefe religioso, aunque en sentido político es subalterna a la primera. Imita al Señor Jesús como rey y como profeta, de modo que también es llamado en Apocalipsis 19 el falso profeta.

De Apocalipsis 13 resulta que las dos bestias cooperan íntimamente. La segunda bestia hace que los hombres adoren a la primera.

Muchos piensan que la primera bestia representa al anticristo. Si comparamos detenidamente pasajes de la Escritura entre sí, creo que llegaremos a una conclusión distinta.

En 2 Tesalonicenses 2:9 se dice del anticristo que su advenimiento es “por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos”. Lo mismo dice el apóstol Pedro del Señor Jesús en Hechos 2:22. Sin embargo, el anticristo obra por poder satánico y sus señales y sus milagros son mentirosos.

En Apocalipsis 13 estas señales se manifiestan solamente con la segunda bestia. La primera bestia no realiza señal o milagro alguno.

También la descripción de la segunda bestia indica claramente al anticristo, pues se asemeja a un cordero, el que en el Apocalipsis es la imagen conocida del Señor Jesús (véase por ejemplo: 5:6; 6:16; 7:9-17; 15:3; 19:7-9, etc.). Conforme a la Palabra, no poseerá todo el poder político. Solamente el Señor Jesús poseerá todo el poder, el cual es representado por los siete cuernos. El anticristo tiene solo dos cuernos. No podrá destruir a las potencias de este mundo. Dios ha reservado esto para el Señor Jesús.

## **El porvenir de los pueblos alrededor de Palestina**

En uno de los capítulos precedentes hemos visto cómo han sido descritos en el libro de Daniel los cuatro imperios que han de ejercer sucesivamente su dominio. En los primeros cinco capítulos, tenemos la historia y el carácter del reino babilónico. En el siguiente, el de los medos y persas. Además, en los capítulos 2 y 7 se escribe extensamente sobre el cuarto reino, haciéndose importantes revelaciones en cuanto al tercero, el imperio greco-macedónico, en los capítulos 8 y 11.

A este respecto es muy importante considerar que los tres primeros imperios son sucesivamente desposeídos de su gran poder, pero, según Daniel 2 y 7, siguen existiendo. En Daniel 2 toda la imagen es destruida de una sola vez, y en los versículos 35 y 40 se dice expresamente que los materiales que formaron estos imperios serán desmenuzados juntos. El significado de esto nos lo da claramente el capítulo 7:12, donde está escrito: “Habían también quitado a las otras bestias su dominio, pero les había sido prolongada la vida hasta cierto tiempo”. Aunque hayan perecido como imperios, los países originales existirán aun en el tiempo del fin.

### **Un principio importante para comprender la profecía**

En Isaías 46:10 está escrito que Dios anuncia el porvenir desde el origen. Es este un principio muy importante, que vemos confirmado en toda la Escritura. Desde Génesis 1:1 ya se nos hacen revelaciones sobre el objeto final de los caminos de Dios. Por lo tanto, casi todos los acontecimientos que nos son presentados tienen una importancia típica que está en relación con el cumplimiento de los consejos de Dios en el futuro.

Tal es lo que ocurre, de manera especial, con las profecías. Profecías sencillas que, aparentemente, fueron ya cumplidas hace mucho tiempo, por lo general se relacionan simbólicamente con cosas que ocurrirán en el tiempo del fin.

Así hallamos, por ejemplo, en ciertos acontecimientos de los primeros capítulos de Daniel, divinos tipos de redención para el residuo fiel de Judá, cuando viva en un tiempo caracterizado por el poder autoritario del Estado y la idolatría.

### **El Imperio greco-macedónico**

Como se ha dicho ya, en los capítulos 8 y 11 de Daniel se nos da la historia profética del Imperio greco-macedónico. En el momento que fue dada esta profecía todo estaba sin cumplir. Solamente tres siglos después (de 334 a 326 a. de C.) conquistó Alejandro Magno el Oriente Medio y esta-

bleció su imperio. Actualmente, gran parte de estos capítulos se hallan cumplidos. Por ejemplo: los primeros 17 versículos del capítulo 8 (tal vez con excepción de los versículos 11 y 12) y también el capítulo 11:1 hasta el versículo 35. Pero aunque estas partes hayan tenido, en su mayoría, su primer cumplimiento, son, además, ejemplos o figuras de lo que acontecerá en el tiempo del fin.

Aparte de esto hallamos en el capítulo 8, desde el versículo 17, y capítulo 11, desde el versículo 36, que han sido escritos expresamente sobre el tiempo del fin. En el capítulo 8:17 se dice que la visión se cumplirá al tiempo del fin. Y en el capítulo 11:35 vemos, asimismo, el paso de la profecía cumplida a la profecía sin cumplir, al final de los tiempos.

En estos capítulos advertimos el hecho, confirmado por la Historia, de que Alejandro Magno establecerá su imperio, pero que este será dividido en cuatro partes después de su muerte prematura. Dos de estas partes desempeñan un papel importante en la historia de Israel, y se habla de estas cosas, detalladamente, en estas profecías. Una de ellas del Rey del Norte y la otra del Rey del Sur. Del último se dice en el capítulo 11:8 cuál es su país: Egipto. De esto resulta que el rey del Norte ha de reinar en el Norte de Palestina. Luego, la historia profana nos dice que era el rey de Siria, etc.

## **Egipto y Siria**

Estos dos poderes existirán también en el tiempo del fin. Y, como anteriormente, serán enemigos entre sí y de Israel.

Sobre todo se habla extensamente de un rey del Norte en el pasado, en los capítulos 8 y 11 de Daniel. En el capítulo 8:9 se halla representado por un cuerno pequeño y en el capítulo 11:21 por un hombre vil que vendrá en son de paz y tomará el reino con halagos. La historia profana le llama Antíoco IV Epífanes.

Según estas profecías ha de odiar a los judíos de una manera terrible. Los libros apócrifos de los Macabeos nos dan una impresión de cuán terribles fueron estas cosas. Y en todas ellas se denota que es el tipo del rey del Norte que en el tiempo final tratará al pueblo judaico de una manera mucho más terrible aun. Tenemos en el Antiguo Testamento más alusiones acerca de él, por ejemplo: Senaquerib, en Isaías 10. Y en otras muchas profecías se habla de este rey terrible en el tiempo del fin. Allí es llamado, la mayor parte de las veces, Assur o el Asirio.

## ¡Invasión en Palestina!

En Isaías 7 tenemos la invasión de Rezín, el rey de Siria. Con tal motivo, Isaías profetiza sobre el futuro. Habla de la virgen que concebirá y parirá un hijo que se llamará Emmanuel, como así también de las invasiones de Egipto y Assur. Aunque ambos acontecimientos hayan tenido un cumplimiento provisional con la invasión de Senaquerib, contemplan realmente el futuro. Nadie negará que la profecía del versículo 14, de que la virgen concebirá, se refiere al nacimiento del Señor Jesús, el que tuvo lugar pocos siglos después. La Palabra misma de Dios nos lo dice, en Mateo 1:22, 23. Del mismo modo tendrá lugar, en el fin, la **verdadera** invasión llevada a cabo por Egipto y Asiria.

En Daniel 11:40 está descrito este acontecimiento. En los versículos 33 a 35 se pasa del tiempo de Antíoco al tiempo del fin. En el versículo 33 se habla de días, en el versículo 35 se dice que será hasta el tiempo del fin. Luego se habla, en el versículo 36, de un rey, resultando de los versículos siguientes que este será el rey de los judíos, el cual dominará sobre Palestina.

En el versículo 40 tenemos luego las antes mencionadas invasiones. Al mismo tiempo emprenden Egipto y Asiria la invasión de Palestina. Sin embargo, no como aliados, sino como enemigos exasperados.

## Un concierto con la muerte, y un pacto con el infierno

Los judíos temen desde hace mucho tiempo tal invasión. En Isaías 28 leemos que, justamente en vista de ello, conciertan una alianza con los jefes impíos del Imperio romano. Allí Dios dice: “Por cuanto habéis dicho: Pacto tenemos hecho con la muerte, e hicimos convenio con el Seol; cuando pase el turbión del azote, no llegará a nosotros, porque hemos puesto nuestro refugio en la mentira, y en la falsedad nos esconderemos; por tanto, Jehová el Señor dice así: He aquí que yo he puesto en Sion por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure. Y ajustaré el juicio a cordel, y a nivel la justicia; y granizo barrerá el refugio de la mentira, y aguas arrollarán el escondrijo. Y será anulado vuestro pacto con la muerte, y vuestro convenio con el Seol no será firme; cuando pase el turbión del azote, seréis de él pisoteados. Luego que comience a pasar, él os arrebatará; porque de mañana en mañana pasará, de día y de noche; y será ciertamente espanto el entender lo oído” (cap. 28:15-19).

En este concierto fían su salvación. Pero Dios mismo les quitará esta certidumbre, enviando al rey del Norte para castigar al pueblo impío. El propio rey del Norte no es consciente de ello. Obra solamente por impulso del odio hacia el pueblo y por la malicia de su corazón. De los tipos usados para revelarle y de la descripción que la Palabra de Dios da de él, surge que será un príncipe terrible, cruel y astuto.

## ¡El aliado del rey del Norte!

¿Cómo puede ser que este rey tenga el valor de hacer frente al poder inmenso del Imperio romano, que es el aliado de los judíos? Debe de comprender que no es bastante fuerte para enfrentarse con este poder. Así, en el tipo de Antíoco hallamos que este no se atreve a infringir la prohibición del senado romano y abandona Egipto a su mandato (Daniel 11:30).

El capítulo 8:24 nos da la clave. Allí está escrito: “Y su poder se fortalecerá, **mas no con fuerza suya**”, pues tendrá tras sí un poder tan fuerte que se atreverá a provocar al Imperio romano.

Puesto que habrá en aquel tiempo un solo poder, más o menos equivalente a Roma, a saber Rusia, ha de ser este país el que esté detrás de él. Esto es evidente si consideramos que el reino de Rusia está situado inmediatamente detrás del reino del rey del Norte. Y que en los ejércitos de Rusia se encontrarán también tropas de los países sobre los cuales impera el rey del Norte (Ezequiel 38 y 39).

## El transcurso de la campaña

Los egipcios perderán la lucha, mas el rey del Norte vencerá a los judíos, dirigiéndose luego a Egipto y dominando también a este país. Ciertamente, hasta Libia y Etiopía no podrán resistirle.

Sin embargo, cuando culmine su poder, los rumores del Oriente y del Norte le espantarán. Como en la figura del capítulo 11, versículo 30, naves de Chittim vienen contra él, lo que se cumplió con Antíoco, cuando los romanos le encontraron. De igual manera será en el tiempo del fin. Los judíos llamarán en su auxilio a su aliado, el emperador romano. Este, una vez reunidos sus ejércitos, marchará sobre Palestina.

Lleno de furia volverá el rey del Norte para hacer frente a este enemigo. Pero en este momento Dios mismo intervendrá. Como hemos visto en el capítulo anterior, el Señor Jesús vendrá del cielo y destruirá primeramente a los ejércitos del Imperio romano, con sus jefes.

Otros profetas dan más detalles sobre tales invasiones. En Isaías 10, Dios dice que mandará al Asirio para robar y despojar, porque está enojado con el pueblo. Pero, como el rey de Asiria lo hará “en soberbia del corazón” y “para destruir y exterminar”, Jehová le juzgará tan pronto como el castigo de Israel se haya cumplido.

## **Asedio y conquista de Jerusalén**

En Zacarías 12 vemos a Jerusalén asediada por todos los pueblos de su alrededor. Como en Daniel 11, los reyes del Sur y del Norte marchan juntamente contra ella.

Zacarías 14 da más detalles: “Porque yo reuniré a todas las naciones para combatir contra Jerusalén; y la ciudad será tomada, y serán saqueadas las casas, y violadas las mujeres; y la mitad de la ciudad irá en cautiverio, mas el resto del pueblo no será cortado de la ciudad” (cap. 14:2). Esto no puede haberse cumplido ya. Cuando Nabucodonosor, y más tarde el emperador Tito, tomaron la ciudad, cuantos salieron con vida fueron llevados en cautiverio.

El versículo siguiente explica claramente cuándo tendrá lugar esto. “Después saldrá Jehová y peleará con aquellas naciones... y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos”, etc. Así, pues, este asedio de Jerusalén se efectuará muy poco antes de que vuelva el Señor a la tierra.

Como hemos visto, en Isaías 28 y 29 se habla también de este tiempo. Los judíos han celebrado un acuerdo con el Imperio romano para ponerse a seguro del “turbión del azote”, o sea del rey del Norte. Mas Dios anulará este acuerdo, de modo que el enemigo vendrá.

Entonces hallamos en el capítulo 29 el asedio de Jerusalén y también cómo el orgullo de sus habitantes será con ello abatido. Mas Jehová les salvará.

## **El orden cronológico de los acontecimientos**

Si leemos estas partes en relación con Daniel 11, deducimos el siguiente orden:

1. Los reyes del Sur y del Norte atacan simultáneamente a Jerusalén. El último toma la ciudad y produce una matanza terrible. Después dirígese a Egipto.
2. Espantado por los rumores del Norte y del Este (Oriente) vuelve a Palestina, poniendo sitio a Jerusalén.

Mas no logra éxito, porque el mismo Señor Jesús viene del cielo para salvar al residuo fiel de los judíos. Es destruido, pero no por un ejército humano. “Llegará a su fin, y no tendrá quien le ayude” (Daniel 11:45). “Y se levantará contra el Príncipe de los príncipes, pero será quebrantado, aunque no por mano humana” (Daniel 8:25).

En Miqueas 5 leemos que la salvación tiene lugar por la intervención directa del Señor Jesús. Después de haber anunciado en los tres primeros versículos su nacimiento, el versículo 5 dice: “Y este será nuestra paz. Cuando el asirio viniere a nuestra tierra,” etc.

Isaías 14 nos muestra que Assur será juzgado **después** del Imperio romano. Cuando Jacob haya vuelto a su tierra, el cuarto imperio, representado en la imagen del rey de Babel (el primer imperio) será juzgado primeramente. Después Assur.

Y en Isaías 30 el juicio de Assur es mencionado simultáneamente con el juicio sobre el anticristo, el rey de los judíos.

De las muchas porciones de la Escritura que hablan del rey del Norte (Assur-Asirio), vemos la importancia de este gran enemigo de Israel en “el tiempo del fin”. Será el enemigo más poderoso.

## **El porvenir de las naciones árabes**

Hemos visto el porvenir de los países del Norte y del Sur de Palestina.

Al Oeste habita un solo pueblo: los filisteos. Pero al lado oriental se encuentran los edomitas, los moabitas y los amonitas, antiguos enemigos de Israel.

De Zacarías 12 puede deducirse que también ellos tomarán parte en el asedio de Jerusalén. Se ha hablado proféticamente de **todos** los pueblos de su alrededor.

¿Para ayudar, tal vez, al rey del Norte, en su ataque a los judíos? De todos modos les respetará después de su victoria (Daniel 1:41).

Pero Dios no olvida la enemistad centenaria de ellos contra su pueblo. Después de ser libertado, Israel mismo les castigará. “Volarán sobre los hombros de los filisteos al occidente, saquearán también a los de oriente; Edom y Moab les servirán, y los hijos de Amón los obedecerán” (Isaías 11:14).

“Moab, la vasija para lavarme; sobre Edom echaré mi calzado” (Salmo 108:9). Véase además, entre otras, Jeremías 47, 48 y 49 y Ezequiel 25.

## **Egipto y Asiria ¿serán destruidos enteramente?**

Hemos visto algo de la enemistad de Egipto y Asiria, y muchos pasajes de la Escritura nos relatan las atrocidades que han cometido y cometerán contra Israel. Por consiguiente, juicios severos sobrevendrán sobre ellos. Mas la gracia de Dios es maravillosa. Incluso para estos terribles enemigos hay aún una bendición. Cuando hayan aprendido la justicia por los juicios de Dios (Isaías 26:9), el odio de ellos contra Israel será quitado. Y bajo el gobierno victorioso del Señor Jesús, le servirán, juntamente con Israel.

“Y herirá Jehová a Egipto; herirá y sanará, y se convertirán a Jehová, y les será clemente y los sanará.

En aquel tiempo habrá una calzada de Egipto a Asiria; y asirios entrarán en Egipto; y egipcios en Asiria, y los egipcios servirán con los asirios a Jehová.

En aquel tiempo Israel será tercero con Egipto y con Asiria; para bendición en medio de la tierra; porque Jehová de los ejércitos los bendecirá, diciendo: bendito el pueblo mío Egipto, y el asirio obra de mis manos, e Israel mi heredad” (Isaías 19:20-25).

## El porvenir de Rusia

Si leemos a los profetas Daniel, Jeremías y Ezequiel, nos sentiremos conmovidos por la gran diferencia de sus puntos de vista. Como hemos observado, Daniel habla del tiempo comprendido entre la transmigración del pueblo a Babilonia hasta la destrucción de los enemigos a la venida del Señor Jesús en gloria a la tierra. Nos describe los cuatro imperios mundiales que han de dominar sucesivamente a Palestina, dándonos su historia y juicio.

Jeremías y Ezequiel no hablan de estos imperios. Jeremías se ocupa más de la malicia moral, de la idolatría de Judá y nos muestra la restauración completa y la bendición del pueblo. Sobre todo, lo que Dios realizará cuando escriba sus leyes en los corazones de ellos.

Ezequiel, por su parte, trata más bien de la revelación de la gloria de Dios en Israel. En los primeros capítulos empieza con los animales (querubines) que dejan el templo, la ciudad y la tierra. En los capítulos siguientes tenemos el regreso definitivo de Dios para habitar allí para siempre, cuando Jerusalén haya llegado a ser Jehová Shamma, es decir “Jehová está allí”. En el libro de Daniel vimos el tiempo comprendido entre estos dos hechos.

En Ezequiel, capítulos 36 y 37, tenemos la restauración de Israel. El pueblo, que ha regresado a su tierra, lleva una vida nacional propia. Pero no solo esto, sino que el Espíritu de Dios ha obrado en ellos y ha esparcido agua limpia sobre ellos, dándoles un corazón nuevo y un espíritu nuevo (cap. 36:25-28). Les ha dado a David por príncipe, habiendo concertado pacto de paz con ellos, mientras que Judá e Israel han vuelto a fusionarse, formando un solo pueblo (cap. 37:15-28).

Desde el capítulo 40 hallamos la descripción del estado glorioso en que el pueblo se encontrará entonces. El templo y el servicio sacerdotal, la herencia de cada tribu y la bendición que está mandando del santuario se hallan extensamente descritos. Pero entre los capítulos 37 y 40 tenemos dos capítulos que tienen un carácter completamente distinto. En ellos tenemos la descripción de la invasión por un príncipe poderoso que reúne muchos pueblos en sus ejércitos. Aquí encontramos al último enemigo de Israel, quien destruirá a este antes de que se produzca la bendición definitiva.

Es una gran confederación nortea de pueblos, el último instrumento, en manos de Satanás, para procurar la destrucción del pueblo elegido, ya restaurado en la tierra bajo la protección del Mesías. La salvación nos lleva al lugar de la bendición de Dios, pero, simultáneamente, nos hace objeto de las agresiones de todo el poder del enemigo (Efesios 6).

## ¿Cuándo se efectuará esta invasión?

Para comprender bien estos capítulos, hemos de tener en cuenta que David y Salomón son, ambos, figuras del Señor Jesús. David, primeramente, como el que ha sido rechazado y expulsado por su pueblo. Pero también como el que está reinando en medio de sus enemigos, venciendoles a todos. Luego vemos el gobierno de Salomón como tipo del gobierno pacífico del Señor Jesús en el milenio. Ninguno de sus enemigos se atreve a levantarse contra Salomón.

Así vemos que Gog invade el país cuando el pueblo de Israel habita confiadamente (v. 14). Cuando moran “sin muros y no tienen cerrojos ni puertas”. Como “gentes reposadas” (v. 11).

En tal momento, la lucha del monte de los Olivos –donde el Imperio romano será destruido– ya ha tenido lugar. Y también el rey del Norte, del libro de Daniel, ya ha hallado su fin. Pues ambos son grandes enemigos que serán juzgados primeramente por el Señor, cuando venga del cielo (véase Apocalipsis 19 y Daniel 11). Tan solo después habita Israel en paz, y en este momento viene Gog, con todos sus ejércitos, para conquistar su tierra.

El mismo capítulo nos muestra claramente que esto será en aquel tiempo. El capítulo 38:8 dice que esto acontecerá después de muchos días, al cabo de años; el versículo 16 confirma que Israel ha vuelto a su tierra, después de haber sido dispersado y oprimido, y que la tierra, que estaba desierta, ahora se halla poblada nuevamente; los versículos 11-14, a su vez, nos muestran que el pueblo vive en paz, sin temer peligros, y que Gog lo sabe.

## ¿Quién es Gog?

Estos dos capítulos dan una contestación muy clara a esta pregunta. En el capítulo 38:6,15 y 39:2 está escrito que viene del Norte, literalmente “del **extremo** Norte”, y así lo leemos en las traducciones recientes, entre otras la castellana de Nacar-Colunga y las francesas e inglesas de Segond, Darby, Kelly y Grant. Para determinar este lugar tenemos, desde luego, que salir de Palestina. Estos capítulos tratan de Palestina y este país es también el centro de la tierra, o el ombligo de la tierra, como traduce literalmente, en el versículo 12, la versión Reina-Valera de 1909. Entonces no podrá ser otro país que Rusia, pues al Norte de Palestina hay solamente una porción del Asia Menor y después solo el inmenso reino ruso. Además, el príncipe de aquella parte del Asia Menor que se encuentra al Norte de Palestina se llama, en el libro de Daniel, el rey del Norte, y este ya ha sido juzgado en el momento en que se suceden estos acontecimientos (Daniel 11). Se llama a este príncipe, en Isaías y otros lugares, el Asirio.

También los nombres confirman que se habla aquí de Rusia. La palabra que ha sido utilizada por «cabecera» en muchas traducciones (entre ellas la Reina-Valera de 1909) es, en realidad, un nombre propio y debe, pues, quedar sin traducir. Entonces debemos leer: “Gog, príncipe de Ros, Mesec y Tubal”. Las traducciones más antiguas del Antiguo Testamento siguen esta versión, la cual ha sido aceptada también por los mejores estudiosos de la Biblia y hebraístas contemporáneos. En las palabras Ros, Mesec y Tubal reconocemos claramente a los Rusos, Moscú y Tobolsk.

## **¿Quiénes serán los aliados de Rusia?**

Aquí tenemos, pues, a Rusia con sus aliados en los últimos días. Son designados como aliados: persas, etíopes (hebreo: Cus) y libios (descendientes de Fut). Cus y Fut son hijos de Cam, de cuyos descendientes una parte habitó el Eufrates (Génesis 10). Gomer es el progenitor de los celtas. La casa de Togarma son los armenios. Estos son los países que están sometidos a Gog o unidos a él. Por consiguiente, la influencia de Rusia en el Oriente Medio crecerá y los países hasta el Eufrates (vieja frontera del Imperio romano) estarán bajo el dominio ruso. En este sentido es muy notable que, cuando en el Apocalipsis son mencionados los juicios sobre el Imperio romano, se dice en el capítulo 16:12 que el Eufrates se seca “para que fuese preparado el camino a los reyes del oriente”.

## **¿Qué carácter tendrá Rusia?**

Del Imperio romano hemos visto que su característica fue la enemistad contra Dios y la blasfemia contra su Nombre. Según estos capítulos, Rusia se caracteriza por otros rasgos. Advertimos una gran rapacidad (cap. 38:13) y una desatención completa hacia Dios.

Cuando esta invasión tiene lugar, el Señor Jesús ha descendido ya para juzgar. Ha destruido al Imperio romano y al rey del Norte, vasallo de Rusia. Sin duda, Rusia lo sabe. Pero Rusia no toma en cuenta a Dios, Jehová.

Según la Escritura, habrá en el tiempo del fin dos grandes masas de pueblos, enfrentadas la una a la otra, es decir, el Imperio romano y la confederación nortea, de la cual Rusia tiene la dirección. Al describir los ejércitos de estos grupos, la Escritura enumera a todos los hijos y nietos de Noé. Cabe, pues, dejar sentado que no habrá un tercer poder equivalente en la tierra.

Hasta aquí la situación política permanece en equilibrio, porque ambos poderes son iguales. El Imperio romano es poderoso, no solo por sus grandes ejércitos, sino, sobre todo, por sus hábiles capitanes. Estos pueden realizar milagros y aun hacer descender fuego del cielo (Apocalipsis

13:13). Pero Rusia es poderosa por sus grandes ejércitos y masas de hombres. Esto prueba, por ejemplo, el hecho de que en Apocalipsis 19 solamente las aves son llamadas para comer, cuando los ejércitos de Europa occidental han sido destruidos. Mientras que, cuando Rusia es destruida, son llamadas “las aves y toda bestia del campo” (Ezequiel 39:17).

Rusia oye que los ejércitos de Europa occidental han sido destruidos y piensa que ahora el dominio mundial le corresponde. ¿Y en dónde podrá tomar su posesión si no es en el Oriente Medio, donde está el centro de la tierra? ¡Allí donde mora también un pueblo rico y sin medios de defensa!

## **¡El juicio sobre Rusia!**

Rusia no toma en cuenta la presencia de Jehová, pero lo notará a costa de su ruina, cuando venga al país. El ejército poderoso será destruido de una manera ultrajante. Los ejércitos pelearán uno contra otro, siendo destruidos por las enfermedades y las fuerzas del cielo y de la tierra. El Señor ni siquiera la estima digna de un juicio personal, como lo había efectuado contra el Imperio romano y el rey del Norte.

Es notable que Jehová acentúe que él mismo atrae a Gog a Palestina. Pero esto no sucede en oposición a la voluntad de Gog. En los versículos 9-12 consta claramente que los propios pensamientos de Gog son el móvil de su asalto. Pero de los versículos 4, 7, 8 y 39:2 aparece claro que Dios deja surgir tales pensamientos en su corazón para juzgarle.

Dios conoce la historia de Rusia y cuántas atrocidades e iniquidades han tenido lugar allí, y no las olvida. Como está escrito en otro lugar que Dios juzgará al pueblo de Israel porque sirvió a los ídolos durante su peregrinación por el desierto hace 3.500 años, de igual manera juzgará Dios a Rusia por lo que habrá acontecido en su historia hasta aquel momento. El versículo 8 dice que Dios visitará este país; es decir, juzgará las cosas que allí habrán sucedido.

Hallamos igual pensamiento en un gran acontecimiento de la historia de Israel, que es una prefiguración de lo que aquí tenemos. En Egipto fue puesto de manifiesto, en medio de las plagas y por la Pascua, que el pueblo ocupaba, respecto a Jehová, un lugar de gracia especial, aunque fuesen pobres y estuvieran oprimidos bajo esclavitud. Cuando Faraón rehúsa dejar marchar al pueblo, mostrándose continuamente en desobediencia a la Palabra de Dios, Dios endurece su corazón con el mismo fin que aquí se indica en el capítulo 39:7, a saber, para demostrar su poder y gloria en el juicio contra todos los que se le oponen.

El juicio que nos narran los últimos versículos del capítulo 38 es terrible, pero no se halla solo limitado al ejército. También Rusia misma y los países de sus aliados sufrirán el juicio de Dios. “Y enviaré fuego sobre Magog, y sobre los que moran con seguridad en las islas; y sabrán que yo soy Jehová” (cap. 39:6).

La grandeza y el poder del ejército surgen claramente del capítulo 39. Durante siete años los israelitas podrán hacer uso de la madera de las armas como combustible, de modo que no tendrán necesidad de usar otra leña. Todo el pueblo necesitará siete meses para enterrar los cadáveres y aun entonces el trabajo no estará terminado. Los sepulcros serán tan numerosos que el paso por un valle entero será por ellos obstruido. Y como recuerdo de este juicio de Dios y de la salvación efectuada por Jehová, será llamado valle de Hamón-gog, es decir: «El valle de la multitud o muchedumbre de Gog».

Hay que distinguir bien esta historia de la alusión a Gog y Magog en Apocalipsis 20. Aquí es **después** del milenio, o sea mil años después de la época de Ezequiel 38 y 39. Aquí Gog no es una persona. A mi juicio se utilizan aquí los nombres de Gog y Magog para dar únicamente una idea de las masas innumerables que se indican en Apocalipsis 20:8.

## **El milenio**

Hemos visto en Zacarías 14:4 que el Señor Jesús descenderá del cielo para juzgar a los enemigos de Israel. Afirmará sus pies sobre el monte de los Olivos (v. 4), en el mismo lugar desde donde ascendió al cielo (Hechos 1:9-12).

Primeramente, destruirá el poder del Imperio romano (Europa occidental) que quiere luchar contra él, y echará vivos a sus jefes en el infierno.

Después destruirá al rey del Norte (Assur o el Asirio, según Daniel 11:45; Isaías 30:31-33), castigando a los otros pueblos circundantes de Palestina (Isaías 11:14; Salmo 108:10; etc.). Finalmente, la tierra será invadida por Gog (Rusia y sus aliados), pero perecerá de una manera vergonzosa.

Así el Señor reinará, primeramente, como David, rodeado por sus enemigos, pero derrotándoles uno a uno. Y después, cuando toda oposición abierta haya sido vencida, él se sentará, como Salomón, en el trono de Jehová en Jerusalén (1 Crónicas 29:23), reinando allí con el derecho y la justicia. Y, como Salomón, purificará primero el reino, juzgando a los malos (1 Reyes 2).

## **El juicio de los vivos**

En Mateo 25:31-46 vemos un acontecimiento solemne. El Señor no abate la oposición abierta en un campo de batalla. Aquí ha venido en su gloria y está sentado en el trono de su gloria. Y todos los pueblos se hallan delante de Su trono.

Piensan muchos que este es el mismo acontecimiento de Apocalipsis 20. Pero, leyendo detenidamente las dos partes, vemos precisamente lo contrario. En Apocalipsis 20 se trata del juicio final. Allí los muertos están delante del trono blanco y son juzgados según sus obras. Una vez juzgados todos, la muerte y el hades (el reino de los muertos, donde los incrédulos son guardados hasta el juicio) son asimismo quitados. Después empieza la eternidad (Apocalipsis 21:1-8).

En Mateo 25 no vemos a los muertos, sino a los vivos, los pueblos, que están delante del trono del Hijo del hombre. Aquel trono no está en la eternidad, donde cielo y tierra huyen delante del rostro del que está sentado en el trono. Aquí el trono está en la tierra, en el reino del Hijo del hombre. Aquí se trata del juicio de los vivos. El Señor juzgará a vivos y muertos; primero a los vivos en el milenio; después a los muertos, al final. Aquí los pueblos no son juzgados tampoco acerca de todos sus actos. Solamente lo es su conducta hacia aquellos a quienes el Rey llama “sus

hermanos”. El hecho de que hayan ayudado a los judíos, y sobre todo al residuo fiel, o que les hayan perseguido, decide sobre su suerte. Aquellos pueblos que les han ayudado entran en la bendición del milenio. Los demás son juzgados.

El juicio será muy fuerte. Así como ocurrió en el diluvio, cuando solo una pequeña parte fue rescatada del juicio para vivir con Noé en la tierra purificada, así también el residuo de Israel, que será eximido del juicio, estará acompañado con el de las naciones.

Todos los infieles de Israel perecerán. Y, de los pueblos, todos aquellos a los cuales fue llevado el testimonio de Dios y no lo aceptaron, serán objeto del juicio (Isaías 66:15-17; véase también, 2 Tesalonicenses 2:11-12). Pero el resto de los pueblos experimentará las gloriosas bendiciones del reino. Y el residuo de Israel irá a ellos para anunciarles la gloria de Dios (Isaías 66:18-19).

## **La maldición de la tierra es quitada**

Cuando Adán pecó, la tierra fue maldita por causa de él. En lo sucesivo, la tierra produjo espinos y cardos, y con el sudor de su rostro el hombre debió comer su pan. También los animales fueron colocados bajo esta maldición (Génesis 3:14-19).

Romanos 8 nos dice que la creación está sometida a la vanidad. Gime y está de parto hasta ahora. Anhela la manifestación de los hijos de Dios, pues entonces será liberada de la servidumbre de corrupción en la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

Cuando el último Adán (1 Corintios 15) tome posesión de su reino al ser manifestado en la tierra con los suyos, la maldición de la tierra será efectivamente quitada.

En cientos de lugares del Antiguo y del Nuevo Testamento se nos habla de esto. Citemos algunos:

“La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:7-9).

“¿No se convertirá de aquí a muy poco tiempo el Líbano en campo fructífero (Carmelo), y el campo fértil será estimado por bosque?” (Isaías 29:17). “Y el desierto se convierta en campo fértil” (Isaías 32:15).

“Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa... porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad. El lugar seco se convertirá en estanque” (Isaías 35:1, 6, 7).

“En lugar de la zarza crecerá ciprés, y en lugar de la ortiga crecerá arrayán” (Isaías 55:13).

Y en Ezequiel 47 hallamos que aun el mar Muerto se convertirá en mar vivo, donde habrá abundancia de peces.

## **La justicia reinará**

¡Qué alivio habrá para los hombres que entren en este reino! Abundancia será la parte de cada uno. Entonces no será necesario decir a los patronos: “He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos”. Ningún obrero necesitará reclamar una repartición justa de las riquezas de la tierra. Y tampoco se podrá decir: “Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia” (Santiago 5:4-6).

Entonces

“  
Juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra  
(Isaías 11:4).”

“He aquí que para justicia reinará un rey, y príncipes presidirán en juicio. Y será aquel varón como escondedero contra el viento, y como refugio contra el turbión; como arroyos de aguas en tierra de sequedad” (Isaías 32:1-2).

“De aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz” (Salmo 37:10-11).

## **No más guerra**

Las riquezas de la tierra libertada no serán usadas para ocasionar destrucción y miseria. “Y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra” (Miqueas 4:3; Isaías 2:4).

El príncipe de paz reinará en justicia (Isaías 9:5-6), juzgando entre las naciones y reprendiendo a muchos pueblos (cap. 2:4), de modo que “vendrán muchos pueblos, y dirán: venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová” (cap. 2:3).

## **Satanás atado**

No obstante, el pecado no será quitado enteramente de la tierra. El corazón del hombre es malo. Y todas estas bendiciones del reino de paz no lo mejorarán. Al fin resultará que los hombres, después de haber experimentado las bendiciones del glorioso gobierno del Señor Jesús durante mil años, le aborrecerán de la misma forma que antes. A la primera llamada de Satanás, se pondrán de nuevo bajo su poder, siguiéndole en su lucha contra el Señor.

Pero durante los mil años citados, Satanás no podrá seducir a los hombres. Ya al principio es prendido, atado y arrojado al abismo (Apocalipsis 20:2,3) y sus siervos (demonios) con él (Lucas 8:31; Isaías 24:21, 22).

Así, pues, los hombres incrédulos no tendrán jefe ni nadie que les anime a sublevarse sino su propio corazón. No obstante, algunos se opondrán. Mas todo pecado manifiesto será castigado inmediatamente con la muerte (Isaías 65:20). “No habitará dentro de mi casa el que hace fraude; el que habla mentiras no se afirmará delante de mis ojos. **DE MAÑANA** destruiré a todos los impíos de la tierra, para exterminar de la ciudad de Jehová a todos los que hagan iniquidad” (Salmo 101:7, 8). Por eso la mayor parte se someterá simuladamente. Son impotentes y **tendrán** que doblar sus rodillas delante del Señor (Filipenses 2:10), reconociendo que Él es **Señor**. Pero el corazón de estos no será sincero delante de él (Salmo 18:44; 66:3).

Como terrible advertencia para ellos, los juicios tendrán lugar públicamente. “Y saldrán, y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí... y serán abominables a todo hombre” (Isaías 66:24). Y cual recuerdo del juicio de Sodoma y Gomorra, los charcos y las lagunas junto al mar Muerto no se sanarán, sino que quedarán para salinas.

No obstante, el pecado no será quitado enteramente de la tierra. El corazón del hombre es malo. Y todas estas bendiciones del reino de paz no lo mejorarán. Al fin resultará que los hombres, después de haber experimentado las bendiciones del glorioso gobierno del Señor Jesús durante mil años, le aborrecerán de la misma forma que antes. A la primera llamada de Satanás, se pondrán de nuevo bajo su poder, siguiéndole en su lucha contra el Señor.

Pero durante los mil años citados, Satanás no podrá seducir a los hombres. Ya al principio es prendido, atado y arrojado al abismo (Apocalipsis 20:2,3) y sus siervos (demonios) con él (Lucas 8:31; Isaías 24:21, 22).

Así, pues, los hombres incrédulos no tendrán jefe ni nadie que les anime a sublevarse sino su propio corazón. No obstante, algunos se opondrán. Mas todo pecado manifiesto será castigado inmediatamente con la muerte (Isaías 65:20). “No habitará dentro de mi casa el que hace fraude; el que habla mentiras no se afirmará delante de mis ojos. **DE MAÑANA** destruiré a todos los impíos de la tierra, para exterminar de la ciudad de Jehová a todos los que hagan iniquidad” (Salmo 101:7, 8). Por eso la mayor parte se someterá simuladamente. Son impotentes y **tendrán** que doblar sus rodillas delante del Señor (Filipenses 2:10), reconociendo que Él es **Señor**. Pero el corazón de estos no será sincero delante de él (Salmo 18:44; 66:3).

Como terrible advertencia para ellos, los juicios tendrán lugar públicamente. “Y saldrán, y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí... y serán abominables a todo hombre” (Isaías 66:24). Y cual recuerdo del juicio de Sodoma y Gomorra, los charcos y las lagunas junto al mar Muerto no se sanarán, sino que quedarán para salinas.

## ¿Qué lugar ocupa Israel?

Israel será el imperio mundial (Deuteronomio 28:1) y Jerusalén la capital del mundo. Palestina se extenderá desde el Nilo hasta el Eufrates (Génesis 15:18; Salmo 72:8). Cada tribu tendrá en ella su herencia, pero su distribución será completamente distinta a la del tiempo de Josué (Ezequiel 48).

Tendrán un príncipe de la generación de David, el cual poseerá también su propia parte (Ezequiel 48:21).

El templo de Jerusalén será reconstruido (Ezequiel 40-42) y estará lleno de la gloria de Jehová, como señal de su presencia en él (cap. 43:1-5; 44:4). Los sacerdotes de la casa de Sadoc ejercerán el servicio, ofreciendo nuevamente sacrificios por los pecados, holocaustos, oblaciones de presente y libaciones, como memorial del sacrificio en la cruz del Gólgota (cap. 43:18-27; 44:29). Asimismo se celebrará la Pascua, la Solemnidad de las Cabañas y la fiesta de la luna nueva. La fiesta de las semanas no, por haber hallado su cumplimiento y conclusión en la Iglesia.

Todo el pueblo de Israel será salvo (Romanos 11:26), porque Dios mismo dará su ley en sus entrañas, escribiéndolas en sus corazones. “Porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jeremías 31:33, 34). “Y tu pueblo, todos ellos serán justos” (Isaías 60:21).

Servirán a Dios en su templo en Jerusalén. Mas no solamente ellos, sino que todos los pueblos irán anualmente a Jerusalén para adorar a Jehová y celebrar la fiesta de las Cabañas (Zacarías 14). Traerán los tesoros de la tierra: “En vez de bronce traeré oro, y por hierro plata, y por madera bronce, y en lugar de piedras hierro” (Isaías 60:17).

## **La parte de la Iglesia**

Hemos visto, en uno de los capítulos anteriores, que entonces la Iglesia no estará ya en la tierra. Antes de que sobrevengan los juicios de Dios sobre el mundo seremos arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire para estar siempre con él (1 Tesalonicenses 4).

Pero eso no significa que no tengamos parte en la gloria del milenio.

Hemos sido identificados con el Señor Jesús y tenemos, pues, parte con él en todo lo que ha adquirido por virtud de su obra en la cruz.

Cuando, por ejemplo, se dice en Efesios 1:10 que Dios se propuso en sí mismo “reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra”, se añade seguidamente “En él (Cristo) asimismo tuvimos herencia”. Y en la última parte del capítulo, la Iglesia es designada como su cuerpo.

En Romanos 8:17 se dice también que somos herederos de Dios y coherederos con Cristo, pues reinaremos con Cristo. El Señor Jesús es, como Hijo del hombre, el centro y la cabeza del reino. Compartiremos esta posición con él.

En Daniel 7:14 leemos que el señorío, gloria y reino es dado al Hijo del hombre. Pero además, en el versículo 27, se dice que es dado también al pueblo de los santos del Altísimo, indicándose con ello, sin duda, a los santos celestiales.

En Apocalipsis 20:4 vemos a los que han venido con el Señor Jesús del cielo, sentados en tronos y reinando. Se trata, pues, de la Iglesia y de los creyentes del Antiguo Testamento. En este versículo se citan además otros dos grupos que tendrán parte, asimismo, en las bendiciones. Son los santos que, después del recogimiento de la Iglesia, tendrán que pagar su fidelidad con la muerte.

Y todos estos grupos viven y reinan con Cristo mil años. En 1 Corintios 6 se halla confirmado este principio. “¿No sabéis que los santos han de juzgar al mundo?”, y continúa luego la Escritura: “¿No sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?”

Hebreos 2:8 nos da la clave. El Señor Jesús no será solamente la cabeza de la creación terrestre. Dios le ha subyugado todas las cosas, todas las obras de sus manos. Quiere decir, pues, todo lo creado: cielo y tierra, ángeles, hombres y animales, etc. En 1 Corintios 15:27 se cita el mismo pasaje del Salmo 8, y allí solo Dios es exceptuado. Y en Efesios 1:22, donde también se cita el Salmo 8, la Iglesia es exceptuada.

Pues la Iglesia –unida a Cristo– reinará sobre todo lo creado. Tendrá parte en la bendición de la tierra en el reino milenar y, al mismo tiempo, repartirá la bendición y reinará sobre la tierra. Los que viven en la tierra, en cambio, son los objetos de la bendición, pero colocados bajo este gobierno.

Y cada miembro de la Iglesia tendrá parte en el gobierno, en armonía con la fidelidad demostrada en el servicio que Dios le haya encargado en su vida aquí en la tierra (Lucas 19:11-19).

¡Qué lugar nos ha dado Dios! ¿No se abre nuestro corazón en exclamaciones de alegría al pensar en lo que su amor y gracia nos ha dado? ¡A nosotros que éramos pecadores perdidos y le odiábamos!

## **La nueva Jerusalén**

No obstante, la participación en la gloria de Cristo no es nuestra posición y gloria verdaderas.

Sí, vendremos con Cristo a la tierra, pero nuestra morada verdadera está en el cielo. Entonces somos “el pueblo de los santos del Altísimo” (Daniel 7:27). El sueño de Jacob (Génesis 28:12; Juan 1:51) se ha cumplido. Hay una comunicación continua entre cielo y tierra.

En Apocalipsis 21:9 hasta cap. 22:5 hallamos nuestra propia posición en el milenio. La Iglesia no está en la tierra; está en un monte grande y alto. No obstante, la Iglesia está en relación con la tierra, pues “las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella... Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella” (cap. 21:24-26). Y en medio de su plaza está el árbol de vida, cuyas hojas son para sanidad de las naciones (cap. 22:2).

Por consiguiente, este no es el estado eterno, pues en él no habrá ya pueblos, ni existirá necesidad de curación. Mas tampoco en el tiempo actual. Ahora los reyes de la tierra no traen su gloria a ella. Y sus puertas han de ser cerradas, pues actualmente entran –desgraciadamente– algunas cosas sucias o que hacen abominación y mentira (cap. 21:24-27).

¿Qué es lo característico de la nueva Jerusalén, la Esposa, la mujer del Cordero? No que la gloria y honor de las naciones sean llevados a ella, sino que desciende de Dios, del cielo, y tiene la gloria de Dios. Parece que el Espíritu Santo quiere acentuar esto expresamente.

En el versículo 11 vemos que la Esposa tiene la gloria de Dios y en el versículo 23 que la gloria de Dios la ha iluminado. Según Apocalipsis 4:3 las piedras de jaspe y sardio hablan también de la gloria de Dios. Y en los versículos 11, 18, 19 y 20 del capítulo 21 son mencionadas estas piedras en la descripción de la ciudad.

Pero, sobre todo ello, están los versículos 22 y 23 diciendo: “Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera”.

En la Jerusalén terrestre habrá un templo. Y aunque la gloria de Jehová llene este templo, hay un velo que cierra la entrada al Lugar Santísimo. Mas, en la Jerusalén celestial, no hay separación entre Dios y su pueblo. Ellos mismos son caracterizados por la gloria de Dios, y Jehová Dios, el Todopoderoso, es el templo de ella y el Cordero.

## **La justicia y la paz se besaron (Salmo 85:10)**

Ciertamente, habrá un tiempo glorioso aquí en la tierra. Y cuando oímos, ahora, el gemir de la creación; cuando vemos el dolor y la miseria enseñoreándose de la tierra; cuando percibimos cómo reina la iniquidad; cuando experimentamos el poco conocimiento que hay de Dios; cuando oímos blasfemar su santo Nombre, entonces anhelamos el momento que dará principio a este glorioso reino de paz.

Qué gozo cuando el hombre no tenga que fatigarse por su pan cotidiano; cuando el temor a la guerra y las consecuencias de ella hayan desaparecido; cuando el hombre ya no envejezca y muera al cabo de unos decenios, sino que a una edad de cien años sea aún mozo; cuando ningún niño de pecho, o muchacho, o adulto muera, si no hiciese pecado manifiesto, pues “no habrá más allí niño que muera de pocos días, ni viejo que sus días no cumpla... porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo” (Isaías 65:20-22).

¡La justicia reinará en la tierra! Esta será llena del conocimiento de Jehová. Y de año en año los pueblos acudirán a Jerusalén para adorar allí.

## **Fin del milenio**

¿Cuánto tiempo durará el glorioso reino del Señor Jesús? 1 Corintios 15:24-28 nos dice que subsistirá hasta el fin del tiempo y el principio de la eternidad . Y Apocalipsis 20 nos comunica que será por mil años.

Muchos opinan que el número 1000 debe ser considerado como un símbolo. No lo creo así. Pero, aunque fuese cierto, el milenio designará, de todos modos, un tiempo determinado por Dios; por consiguiente, no será infinito.

Como hemos visto, habitarán justos y malos en la tierra. Propiamente dicho, no podemos hablar más de creyentes, pues, en ese tiempo, no se pide fe en un Salvador ausente y rechazado. Entonces se trata únicamente de aceptar al Hijo del hombre aparecido en gloria, cuyo poder es sentido y reconocido por cada uno (Juan 20:29), y de servirle de buena voluntad. Sin embargo, esto no significa que el poder y gloria manifestados lleven a todos los hombres a aceptar al Señor Jesús. El corazón de los hombres es completamente malo. Entonces, también, el hombre ha de haber renacido para poder servir a Dios verdaderamente (Juan 3:3-6).

Mas los que son renacidos no podrán mostrar su fe, profesando abiertamente a un Jesús rechazado y participando en sus sufrimientos. Por otro lado, cada pecado manifiesto será inmediatamente castigado con la muerte, de modo que será ventajoso para los incrédulos servir al Señor hipócritamente. Por eso permitirá Dios, al fin, una gran prueba, para que sea manifestado lo que es el estado del corazón de cada uno.

## **El diablo desatado**

En Isaías 24:21-23 se profetiza que, en el mismo tiempo que Jehová va a juzgar a los reyes de la tierra, el diablo y sus ángeles serán juzgados. Estos son “el ejército de los cielos en lo alto” (compárese con Efesios 6:12). El versículo 22 dice que serán encarcelados en mazmorra. Después comienza el glorioso reino de paz (v. 23).

Los detalles de este acontecimiento no figuran en el Antiguo Testamento, sino en los capítulos 12, 19 y 20 del Apocalipsis. En el capítulo 12 el diablo es echado del cielo, y en el capítulo 20:1-3 es atado y encerrado en el abismo. El Apocalipsis indica el lugar donde estará encerrado el maligno (cap. 9:1-11). Al fin del milenio, Dios le desata por un poco de tiempo, pero solamente en la tierra, no en el cielo (cap. 20:3, 7). Entonces se manifiesta quién ha renacido verdaderamente y quién se ha sometido solo hipócritamente. Estos últimos dan oído, de buena gana, a la llamada del diablo para sublevarse.

Para hacer la prueba perfecta, el Señor Jesucristo retira, aparentemente y por breve tiempo, su poder. De otra manera no sería posible que los malos se reuniesen, circundando el campo de los santos y la ciudad amada.

Pero cuando el extremo peligro ha producido la separación entre los renacidos y los demás hombres, entonces desciende fuego del cielo y devora a estos últimos.

## **Gog y Magog**

Las naciones son mencionadas aquí por el nombre simbólico: “Gog y Magog”. Son los nombres del gran enemigo de Israel, del cual se habla en Ezequiel 38 y 39. Hemos visto, en el correspondiente capítulo, que era Rusia.

Sin embargo, Ezequiel habla del gran enemigo que es destruido antes del milenio, mientras que Apocalipsis 20 describe la rebeldía al fin de este reino. Además, en Ezequiel se trata de las naciones de una **parte** de la tierra, el grupo de pueblos del Norte, mientras que Apocalipsis 20 habla de las naciones de los cuatro ángulos de la tierra. Y en Ezequiel, Gog es una persona, la cabeza del territorio de Magog, mientras que en Apocalipsis los dos nombres aparecen uno al lado del otro, sin nada más. Así vemos que Apocalipsis 20 no puede ser confundido con Ezequiel 38 y 39.

En Apocalipsis 20 tenemos la última gran rebeldía contra Dios, dirigida nuevamente contra Israel y Jerusalén. Grandes masas de hombres vienen de los cuatro ángulos de la tierra, al mando directo de Satanás. Tratan de conseguir lo que su gran predecesor, el jefe ruso, intentó mil años antes. Y, aparentemente, les saldrá bien.

Pero, “descendió fuego del cielo, y los consumió”. Son muertos todos los que han demostrado no tener vida de Dios. Y así como en la lucha de Apocalipsis 19 los capitanes fueron apresados para ser lanzados vivos al infierno, así también aquí. El diablo es echado en el lago de fuego y azufre, ya preparado para él desde hace mucho tiempo.

## **La resurrección de los justos**

Así, pues, en este momento en la tierra viven solamente los renacidos, y en los sepulcros hay solo incrédulos.

Los creyentes –desde Abel hasta el recogimiento de la Iglesia– fueron resucitados a la venida del Señor. En Apocalipsis 4 les vemos bajo el símil de los veinticuatro ancianos vestidos de ropas blancas y con coronas de oro, sentados en el cielo. En Apocalipsis 19 vienen del cielo con el Señor y en Apocalipsis 20:4 nos son presentados sentados en tronos, y les es dada la facultad de juzgar.

Luego, en los siguientes versículos nos son presentados los creyentes muertos después del recogimiento de la Iglesia. De ellos se dice “y vivieron y reinaron con Cristo mil años”. Del contraste con el versículo 5 –donde se dice que los otros muertos no volvieron a vivir hasta que fueron cumplidos mil años, y seguidamente “esta es la primera resurrección”– resulta claramente que son resucitados.

No conozco ningún relato en la Escritura que dé motivo a pensar que los renacidos mueran en el milenio. Al contrario, citas como Isaías 65 nos indican que no morirán. Es, luego, comprensible. Satanás estará atado y Cristo reinará en justicia. El que tiene el imperio de la muerte estará ausente, y el que tiene el imperio de la vida, presente.

En el momento en que el último juicio de los vivos es ejercido según Apocalipsis 20:9, hay, pues, solamente santos resucitados y glorificados en el cielo y santos vivos en la tierra. En cuanto a los creyentes, el último que murió es resucitado al principio del milenio. Isaías ya profetizó esto: “Destruirá a la muerte para siempre”. “Sorbida es la muerte en victoria” (Isaías 25:8; 1 Corintios 15:54).

Pero “la corrupción no hereda la incorrupción”. Antes de que los santos, que viven entonces en la tierra, puedan entrar en la gloria de la tierra nueva deben primeramente ser transformados. Pertenecen a Cristo. Poseen Su vida. Serán transformados según Su imagen (1 Corintios 15).

Verdad es que la Escritura no nos dice, con precisión, cuándo ha de tener lugar esto. Mas, según el sentido general de la Escritura (en cuanto a que ocurre en el momento en que será introducida la plena gloria, 1 Corintios 15:47-53) esta acontecerá cuando termine el milenio, pero antes de que el nuevo cielo y la nueva tierra, con sus benditos habitantes, sean manifestados.

Así, al fin del milenio, **todos** los incrédulos estarán muertos. Y **todos** los santos muertos, estarán ya resucitados. Entonces, si se habla de muertos, estos son solamente incrédulos.

## ¿Acaso no resucitarán los santos e incrédulos a la vez?

Apocalipsis 20:4-5 nos dice que hay una diferencia de tiempo de mil años entre el **fin** de la primera resurrección (la resurrección de los justos) y la de los incrédulos. Pero no solo el Apocalipsis habla de esto, sino también otros muchos lugares de la Escritura.

A menudo se cita Juan 5:28-29 como prueba de que hay solamente una resurrección, la cual tendrá lugar en un momento determinado. Mas, si leemos bien estos versículos, en su correcto sentido, veremos precisamente que nos enseñan lo contrario.

Esta porción distingue expresamente entre la resurrección de los que hicieron bien y la de los que hicieron mal. Es la resurrección de vida y la resurrección de condenación. No hay ninguna indicación de que estas dos resurrecciones se efectúen simultáneamente.

La palabra “hora”, por cierto no quiere decir estrictamente esto. Es utilizada muchas veces para designar un período largo, por ejemplo: 1 Juan 2:18 (traducción Nacar-Colunga). Y tres versículos antes de lo que hemos citado, en Juan 5:25, es usada para designar la dispensación de gracia que comenzó en aquel tiempo y que sigue aún casi dos mil años después.

En Lucas 20:35 y Filipenses 3:11 la resurrección de los justos es llamada “la resurrección **de entre** los muertos” (traducción exacta). La misma expresión que se utiliza en 1 Corintios 15:20 para la resurrección de Cristo.

Literalmente está escrito en Filipenses 3: “La resurrección (fuera) de entre los muertos” (en griego: exanástasin).

El significado está claro. El Señor Jesús ha resucitado de en medio de los muertos. Y los que durmieron en Jesús, resucitarán, asimismo, a su venida, de en medio de los muertos (1 Corintios 15:23). Los otros muertos quedarán, entonces, en el sepulcro.

“Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. Luego... el postrer enemigo que será destruido es la muerte” (1 Corintios 15:23-26). El primer “luego” ocurre, por lo menos, después de casi dos mil años. El segundo “luego” será, por lo menos, mil años más tarde que el primero. Si hubiera una resurrección general, ¿qué significaría entonces el deseo del apóstol Pablo expresado en Filipenses 3:11 “si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos”? ¿Sería una expresión vana, si **todos** los hombres resucitasen a la vez!

Pero cuando conocemos la doctrina de la Sagrada Escritura sobre la primera resurrección, es decir, la resurrección **de entre** los muertos, todo se esclarece. El apóstol deseaba tanto ser semejante al Señor Jesús que quería morir de la misma manera para resucitar también del mismo modo, “de entre los muertos”, aunque la esperanza verdadera de un cristiano es **ir al cielo sin morir** (1 Tesalonicenses 4:15).

## La resurrección de condenación

La verdad fundamental de la Escritura sobre el juicio la hallamos en Hebreos 9:27: “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”. El versículo siguiente limita, sin embargo, la regla: “Cristo... aparecerá... para salvar a los que le esperan”. Estos últimos, pues, no serán juzgados.

Todos los que están unidos al primer Adán, morirán y después serán juzgados. Y todos los que han pasado de la familia del primer Adán a la familia del postrer Adán (Cristo), son justificados y no entran en el juicio (Romanos 5:16,18-19; 1 Corintios 15:22, 45-49). Cada uno participa de la posición que tiene la cabeza de su familia, sea de la posición de Adán, después de la caída, sea de la del Señor Jesús, después de su obra en la cruz.

El Señor Jesús dice esto también, expresamente, en el mismo capítulo, en el cual habla de la resurrección de condenación.

“ De cierto, de cierto os digo: el que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida  
(Juan 5:24).

¿Pero no se habla, acaso, en 2 Corintios 5:10 y Romanos 14:10 sobre el tribunal de Cristo o de Dios, en relación con creyentes? Ciertamente, esto es verdad. Y las palabras “todos nosotros” no solamente se relacionan con los creyentes, sino que abarcan, a mi juicio, tanto a creyentes como a incrédulos. Pero en estos lugares no está escrito que hayamos de ser juzgados. En Romanos 14 está escrito que hemos de estar ante el tribunal de Dios (versión exacta). Y en 2 Corintios 5: “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo”.

Con los incrédulos solamente se hallará lo malo, porque “no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Romanos 3:12; Génesis 6:5). Serán juzgados según sus obras (Apocalipsis 20:12).

Con los creyentes aparecen mezcladas las obras buenas y malas. Pero no serán juzgados. El juicio de sus pecados el Señor Jesús lo ha llevado sobre sí en el madero (1 Pedro 2:24; 2 Corintios 5:21; Romanos 4:25; Gálatas 1:4; etc.). Están ya en posesión de la misma justicia que el juez (1 Juan 4:17).

La vida de cada uno de ellos será manifestada en detalle. Conocerán como son conocidos. Pero en este momento no estarán ya en la carne. Por eso lo juzgarán todo de una manera divina. Y todo lo que ven allí de su vida, tanto anterior como posterior a su conversión, será motivo para admirar aun más la gracia, bondad, paciencia, fidelidad y amor de Dios.

La mayor prueba de que los creyentes no vendrán a juicio es que ya habrán sido glorificados antes de que se manifiesten ante el tribunal (1 Corintios 15:51-53). Según 2 Timoteo 4:8 serán manifestados en “aquel día”, conocida expresión de la Palabra para designar la aparición del Señor Jesús en la tierra a fin de establecer su reino. Pero entonces hará ya algún tiempo que estarán en el cielo.

## **El gran trono blanco**

En Apocalipsis 20:11-15 tenemos la resurrección de condenación y el juicio mismo. El trono no está en la tierra, pues la tierra y el cielo huyen de delante del rostro del que está sentado en el trono “y ningún lugar se encontró para ellos”. Los muertos están ante el trono. Como hemos visto, se trata de todos los incrédulos, desde la creación hasta el fin. No hay creyentes entre ellos.

¿Quién es el que está sentado en el trono? El Señor Jesús nos da la respuesta en Juan 5:21-23.

Allí encontramos dos privilegios, o gloria de él. “Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida”. Es Dios el Hijo, igual a Dios el Padre. Solo Dios puede dar vida. Y en el versículo 25 él da la vida a todos los muertos espirituales que oyen su voz.

Los que han sido vivificados son los que le honran, reconociendo quién es él (Mateo 16:16). Pero los incrédulos no le reconocen (Juan 5:18). Por eso el Padre ha dado todo el juicio al Hijo, quien tiene los mismos atributos que él; no obstante, ocupa voluntariamente un lugar de sumisión “para que todos honren al Hijo como honran al Padre” (v. 23). “Y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del hombre” (v. 27).

La sabiduría de Dios hace que los hombres sean juzgados por quien fue rechazado y muerto por ellos, por el Hombre Jesucristo; quien, como mediador entre Dios y los hombres, ha sido tan ofendido por la incredulidad de estos.

Esto es, precisamente, lo que los hombres no pueden soportar. Cuando el apóstol Pablo dice a los atenienses que Dios va a juzgar al mundo por un hombre que murió, comienzan a burlarse de él y no quieren escuchar más (Hechos 17:31-32). Pero en Apocalipsis 20 ya no hay resistencia posible. ¿Quién se opondrá a él, “de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos”? ¿Entonces se doblará toda rodilla delante de él!

## El último juicio

En él comparecen los muertos. Los que antes del diluvio no sirvieron a Dios y los que después no le tomaron en cuenta. Los que –antes de Cristo– no se convirtieron a Dios y los que rechazaron y crucificaron al Señor Jesús. Los que ahora no obedecen al Evangelio, y los que más tarde adorarán a la Bestia. En una palabra: **todos los que, habiendo formado parte de la humanidad, no se convirtieron a Dios. No faltará ni uno.**

Cuando el Señor Jesús obre la resurrección, sea en el momento de su venida para arrebatarse a los suyos (1 Tesalonicenses 4:14-16 y 1 Corintios 15:52), sea más tarde, antes del milenio (Apocalipsis 20:4-6), los muertos aparecerán del mar y de la muerte y del hades. Pero esto es completamente diferente. La voz del Señor Jesús tendrá tal fuerza de atracción para los que tienen vida de Dios, que ni la muerte, ni el hades estarán en condiciones de retenerles.

Pero aquí, tanto el mar, como la muerte y el hades **dan** sus muertos. Obligados por el poder del que está sentado en el trono, dan **todos** los que estaban en ellos. Los secretos del mundo invisible son revelados. Y estos mismos instrumentos de Satanás (Hebreos 2:14; Mateo 16:18) son destruidos. Satanás, que tuvo el imperio de la muerte, ha sido lanzado al lago de fuego. Sus instrumentos son ya, pues, superfluos ahora que **todos** han resucitado y por esta razón son destruidos.

No todos los muertos son iguales. Los hay grandes y pequeños. Los hay que han vivido en blasfemia y en groseros pecados. Hay hombres a cuyo respecto nadie pudo decir nada. Los hay que han maldecido a Dios y han blasfemado al Señor Jesús. Los hay, también, que han desempeñado fielmente sus deberes religiosos.

Hay emperadores y reyes, poderosos políticos, magnates del dinero, reyes de la industria, artistas y grandes sabios. Y hay hombres sencillos, sin posición o ambición alguna, pobres y analfabetos.

**Mas ninguno de ellos, durante su vida en la tierra, ha hecho caso de la palabra del Señor Jesús, y por eso vienen a juicio.**

Son juzgados según sus obras. Quienquiera que sea, la sentencia pronunciada es siempre la misma: “Fue lanzado en el lago de fuego”. Las cuentas en el cielo se llevan exactamente. “Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13).

El juicio es ejercido según la pureza de la naturaleza de Dios (trono blanco) y según la responsabilidad del hombre frente a Dios.

Dios puso al hombre en la tierra para que este le sirviera. Así, pues, todos los actos que han sido realizados con independencia de Dios, han sido obrados bajo la responsabilidad personal del hombre: “El pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4).

Por eso, cada pensamiento, cada palabra, cada acción, por buena que sea según el pensamiento humano, serán desaprobados por Dios si no han sido realizados en obediencia a él.

Amado lector, ¿se hallará usted, tal vez, delante del gran trono blanco?

**¡Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo!”**

“ (Hebreos 10:31).

Conviértase, pues, ahora a Dios, si no lo ha hecho. Ahora, aún, es el día de gracia.

“De cierto, de cierto os digo: el que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, **mas ha pasado de muerte a vida**” (Juan 5:24).

## La eternidad

Hay solamente tres lugares en la Escritura que nos dan una representación de la eternidad sin aparecer unidos a otras cosas. Son 1 Corintios 15:24, 28; 2 Pedro 3:13 y Apocalipsis 21:1-8.

La Palabra de Dios nos da escasa descripción de ella. Es tan diferente de la creación actual, que nosotros –como hombres en la tierra– somos incapaces de formarnos alguna idea de la misma. Nuestra imaginación es demasiado débil para ello. No obstante, algunas revelaciones contienen grandes principios generales y nos dan mucha luz, tanto sobre la eternidad como sobre nuestro estado actual.

En 1 Corintios 15 está escrito: “Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido será la muerte” (v. 24-26).

“Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos” (v. 28).

## El primer Adán y el postrer Adán

Dios, originariamente, estableció al hombre –como su representante– a la cabeza de la creación terrenal (Génesis 1:27, 28). Sin embargo, el hombre no se contentó con esta posición. En aquel momento en que todo estaba en armonía y en relación perfecta con Dios, se levantó contra Él. Puso en desorden la creación entera y perturbó la relación originaria de ella con su Creador. Satanás se hizo el príncipe y dios de este mundo.

Entonces Dios envió a su Hijo, pero el hombre le rechazó. La contestación de Dios a esta desaprobación fue constituir al Hijo –como Hijo del hombre– no solo a la cabeza de la creación terrestre, sino de todo lo creado (Salmo 8; Hebreos 2). **Este** hombre **no** se levantó contra Dios, aunque haya venido a un mundo donde todo estaba en rebeldía. “Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:8-11).

En los capítulos referentes al milenio hemos visto cómo ejercerá el Señor su poder. Someterá a todos los enemigos de Dios. Y, en fin, destruirá a la muerte, arrebatándole su presa y lanzándola a ella misma al lago de fuego (Apocalipsis 20). Vemos de nuevo aquí que el juicio es una acción del reino. 2 Timoteo 4:1 une estas dos cosas.

Entonces no hay más resistencia contra Dios y todo está puesto en relación justa con su Creador. La plena bendición de la eternidad en el nuevo cielo y la nueva tierra ha llegado. Pero, entonces, el Hijo del hombre —en contraste con Adán— renunciará, voluntariamente, a su posición reinante y mediadora, para que Dios sea todas las cosas en todos.

Claro está que se habla aquí del Señor Jesús como del Hombre glorificado. Él continúa siéndolo también en la eternidad. Y la Iglesia permanecerá, eternamente, en esta comunión íntima con él como lo está ahora.

Mas él es también Dios eterno (Juan 1:18; 3:13). Y cuando se dice aquí: “Para que Dios sea todo en todos”, entonces se habla del Dios trino: Dios el Padre, Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo.

## **Nuevos cielos y nueva tierra**

En 2 Pedro 3 encontramos lo que es la nueva tierra y cómo esta se prepara. Isaías ya había hablado de nuevos cielos y nueva tierra (cap. 65:17; 66:22). Pero, como se desprende de su sentido, no ha visto más allá del milenio. Habla de Jerusalén, de construir casas y de morar en ellas. Ciertamente, hasta de pecadores que son maldecidos y cuyos cadáveres serán vistos. Claro está que esto no es la eternidad.

En cierto sentido, el cielo y la tierra en el reino son un nuevo cielo y una nueva tierra. El diablo será echado para siempre del cielo y después atado y lanzado al abismo. La tierra será purificada por juicio (fuego). La maldición sobre la tierra será abolida. “Porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Romanos 8:21). Cristo va a reinar. El Señor Jesús lo llama “la regeneración” (Mateo 19:28).

Es como después del diluvio. La familia de Noé habitó en una tierra purificada por el juicio. Noé había recibido de Dios el derecho y el encargo de refrenar y oprimir el mal ejerciendo el gobierno. Si hubiera sido fiel, ciertamente muchas de las gloriosas bendiciones del jardín de Edén habrían sido halladas en esta tierra purificada. Mas nunca hubiera podido igualarse a él. El pecado ya había entrado y permanecía, aunque no se haya podido manifestar en grado semejante al de ahora.

Sin embargo, en el estado eterno no habrá más pecado. En él, el estado del jardín en Edén habrá sido restaurado nuevamente, y mucho más gloriosamente, porque la posibilidad de pecar no existirá más, aunque el hombre posea conocimiento de lo bueno y de lo malo. Claro está, pues, que entonces, cuanto pudiera estar en relación con el pecado, habrá desaparecido.

## **He aquí, yo hago nuevas todas las cosas (Apocalipsis 21:5)**

¡Eso ha ocurrido en la cruz, en cuanto a los creyentes! Allí, “Dios enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (Romanos 8:3). De ellos puede decirse “En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo” (Colosenses 2:11). “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura (literalmente, creación) es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).

Murieron en Cristo, en la cruz, bajo el juicio de Dios. Pero Jesús resucitado les dio vida nueva (Juan 5:21; 1 Juan 5:12, 20), su propia vida de resurrección (Juan 20:22; compárese a Génesis 2:7). Son nuevos hombres aunque **siguen siendo** las mismas **personas**. Y sin rastro alguno de pecado llegarán al nuevo cielo y a la nueva tierra.

Los incrédulos se hallarán delante del gran trono blanco. Serán juzgados y lanzados al lago de fuego y azufre. Allí quedarán para siempre, así como el diablo y sus ángeles.

Pero, también, la tierra y los cielos creados han sido ensuciados por la presencia de Satanás y sus ángeles y por los hombres seducidos por él. Y también por las obras efectuadas por estos malvados. Por eso “los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos” (2 Pedro 3:7). “El día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 Pedro 3:10).

¡Solemne oportunidad esta para nuestra meditación! El conocimiento de que **la tierra y las obras que hay en ella han de ser quemadas**, ¿no nos desatará y apartará de ellas? – “Puesto que como todas estas cosas han de ser deshechas ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir!”

Como el cuerpo del creyente después de su muerte se pudre y deshace, y, no obstante, el mismo cuerpo ha de resucitar (pero sin nada que recuerde el pecado y la corrupción) así también la tierra.

Los elementos, ardiendo, serán deshechos; la tierra y los cielos irán a la ruina en fuego. Pero serán creados de nuevo. Los mismos cielos y la misma tierra. Sin embargo, todo lo que recordare el pecado, todo lo que esté en relación con el hombre natural, será borrado. Son nueva creación. Son una habitación digna para Dios mismo y para su pueblo.

## **En los cuales habitará la justicia**

En el milenio reinará la justicia. Habrá aún pecado e iniquidad. Pero tan pronto como se manifiesten, el que los cometa será castigado de muerte. Imperará la justicia.

**Ahora**, en el tiempo actual, reina la iniquidad. “Perece el justo, y no hay quien piense en ello” (Isaías 57:1).

En el milenio, contrariamente: “He aquí que para justicia **reinará** un rey, y príncipes presidirán en juicio. Y será aquel varón como escondedero contra el viento, y como refugio contra el turbión” (Isaías 32:1-2).

Pero en la nueva tierra y en los nuevos cielos **habitará** la justicia. Aquí no habrá más pecado e iniquidad. Aquí no habrá nada que esté en pugna con los pensamientos de Dios o que se oponga a Dios. Aquí no será necesario gobernar, porque todo estará, por completo, en armonía con Dios. Aquí la bendición de Dios podrá derramarse sin impedimento sobre sus bienaventurados habitantes.

## **¡Y el mar ya no existía más!**

¡Cuántas cosas se encierran en esta expresión de Apocalipsis 21:1! Si **ahora** faltara el mar, ninguna vida podría subsistir en la tierra, salvo un milagro de Dios. Ni hombre, ni animal, ni planta podrían vivir en ella.

Mas en la eternidad, cuanto se relaciona con la vida natural, pasó. Allí no hay más vida animal o vegetal. Allí hay hombres, pero no en el estado en que se encuentran ahora. Han sido vestidos de incorrupción e inmortalidad (1 Corintios 15:53-54). Son iguales a los ángeles (Lucas 20:35-36).

Allí, Dios es todas las cosas en todos. En Génesis 1:2 la tierra está cubierta de agua y en el tercer día Dios aparta la tierra del agua. Por segunda vez la tierra fue cubierta por el agua, como juicio de Dios (Génesis 7; 2 Pedro 3). Pero en la nueva tierra no existirá más el mar.

En ella no hay nada que haga separación. No hay estado desordenado, del cual el mar es muchas veces imagen en las profecías. Allí no hay más juicio. No hay inquietud, porque allí todo ha encontrado su forma definitiva (Hebreos 4:9; 12:27, 28); compárese con el mar de vidrio en el cielo, Apocalipsis 4:6, representación de la santidad en una forma inmóvil y firme.

## La Iglesia en la eternidad

Entonces la Iglesia hará ya mucho tiempo que mora en la casa del Padre, en la gloria eterna. En Apocalipsis 19 encontramos las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y aunque ello haya tenido lugar más de mil años antes, su belleza y su devoción no habrán cambiado, sino que permanecerá

Dispuesta como una esposa ataviada para su marido



(Apocalipsis 21:2).

Desciende de su propia habitación. Su morada está en el cielo, también en la eternidad. Y siempre permanecerá en el lugar especial que ha recibido ya en la tierra: “Un templo santo, una morada de Dios” (Efesios 2:21-22; 3:21).

Es llamada el tabernáculo **de Dios**. En la Escritura hallamos más nombres de Dios. Es llamado Jehová, el Todopoderoso y Padre. Pero todos sus nombres están siempre en relación con su manifestación a los hombres en determinadas circunstancias.

Por ejemplo: en Génesis capítulo 1, donde tenemos la creación, se habla solamente de Dios (Elohim). Es el nombre de la Deidad como tal, en contraste con el hombre creado. En el capítulo 2, desde el versículo 4 y capítulo 3 encontramos Jehová Dios (Jehová-Elohim), porque hallamos allí la relación en la cual Dios ha establecido la creación respecto a él. Y desde el capítulo 4, ya expulsado el hombre del jardín de Edén, unas veces se trata de Jehová y otras de Elohim, según las circunstancias.

Hasta el Señor Jesús, quien durante su vida en la tierra habló siempre al Padre, exclamó en la hora de tinieblas, cuando el juicio de un Dios santo cayó sobre él: “Dios mío ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46).

Mas en la eternidad, todo lo relacionado con las dispensaciones ha pasado. Aquí ni siquiera el Cordero es nombrado. Aquí es: “Dios es todas las cosas en todos”, Padre, Hijo y Espíritu Santo. En la eternidad no existen ya naciones. La división de los hombres en naciones es consecuencia del pecado. La rebelión contra Dios movió a dispersar a los hombres sobre la tierra, dividiéndoles en naciones por la confusión de lenguas (Génesis 10).

En la nueva tierra no hay confusión de lenguas. Y aunque se llame hombres a sus habitantes, todos están reconciliados con Dios, en virtud de la obra del Señor Jesús. “Morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Apocalipsis 21:3).

## **Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos**

“ Ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas (Apocalipsis 21:4-5).

Todas estas cosas o aflicciones no son más que consecuencia del pecado. Y cada hombre en la tierra las experimenta en sí mismo. Verdad es que Dios las utiliza, ahora, para ejercitar el corazón del hombre; para conducirlo a donde pueda encontrar efectivamente a Dios.

Pero ¡qué feliz acontecimiento cuando todo lo malo haya pasado! Cuando Dios no necesite más estos medios, porque habrá una comunión completa e ininterrumpida con él. Cuando él mismo los haya quitado. Cuando él limpie toda lágrima de nuestros ojos. Cuando incluso el recuerdo del dolor sea por él quitado.

## **La parte del vencedor**

El que tuviere ahora sed recibirá, entonces, de la fuente, el agua de vida. Y no solamente recibirá el agua de vida, sino que Dios mismo será su refrigerio.

Ahora cuesta duro combate ponerse al lado de Dios. Vivimos en un mundo que odia a Dios y que ha rechazado al Señor Jesús. Hay dificultades que vencer. Pero “el que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (v. 7). “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono” (Apocalipsis 3:21).

Mas los que no vencen, los temerosos, son los que por miedo a las dificultades no han seguido el camino de la bendición; los que no han vencido al mundo y a Satanás; los que han vivido en incredulidad e iniquidad. – **“Tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.”**

Con estas palabras termina, propiamente, el Apocalipsis. La última parte de este capítulo 21 y siguiente se retrotraen en el tiempo al milenio.

¡Cómo destruyen y abaten estas palabras las alegaciones de los que niegan la condenación eterna!

Precisamente aquí, donde son presentadas la gloria y la bendición eternas de todos los que han sido reconciliados con Dios por la sangre del Señor Jesús; donde Dios se manifiesta como amor hacia todos los que moran en la nueva tierra; donde se presenta la eternidad, aquí es donde Dios habla del lago que arde con fuego y azufre, la muerte segunda.

En vista de la eternidad, donde no existe más pecado, ni mal; donde mora la justicia en paz; donde todas las cosas son nuevas, allí, aquel de quien se dice: “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él” (1 Juan 1:5) tiene que erigir tal separación eterna.

“Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte” (Apocalipsis 21:8).

**“... al infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga”** (Marcos 9:43-44).

**“Allí será el lloro y el crujir de dientes”** (Mateo 8:12).

# Otras observaciones sobre las profecías

## Resumen

El orden de los acontecimientos tratados es el siguiente:

a) Primeramente vendrá el Señor en el aire para arrebatarse a la Iglesia de la tierra, introduciéndola en casa del Padre (Juan 14:1-3; 1 Corintios 15:51-54; 1 Tesalonicenses 4:15-17). No hay ninguna profecía de la Escritura de la cual se diga que tiene que cumplirse **antes** del recogimiento de la Iglesia. En cambio, es evidente que la mayor parte de los vaticinios se relacionan con el tiempo **posterior** a este momento. Así, por ejemplo: el Apocalipsis, desde el capítulo 4:1.

b) Dios de nuevo reanuda su relación directa con Israel y con las naciones. De las profecías no se deduce claramente si esto será inmediatamente **después** del recogimiento de la Iglesia o si transcurrirá un lapso intermedio, como sucedió al principio de la Iglesia, cuando Israel fue puesto completamente de lado solo algún tiempo después (Hechos 3:19-21; 28:20-28).

De Ezequiel 37 débese deducir que las intervenciones de Dios en relación con los judíos comienzan antes de que hayan logrado una existencia nacional en Israel. El profeta predice la orden de Dios y el cuerpo va formándose. Desde luego, la intención de Dios no es que vuelvan incrédulos a Palestina. Los primeros versículos muestran esto claramente. Pero, no obstante, el regreso es una consecuencia de las profecías hechas por mandato de Dios. Esto es conforme a Jeremías 16:15-18.

Daniel 9:27 nos revela, sin embargo, que la septuagésima semana de años comienza solamente **después** de que los judíos existan como nación independiente en Palestina y el Imperio romano haya sido restaurado.

El establecimiento del Estado de Israel ya lo hemos vivido. Si el Imperio romano es restaurado y concluye una alianza con Israel **antes** del recogimiento de la Iglesia, no resulta —a mi juicio— completamente claro de la Escritura. En cambio, lo que resulta completamente evidente es que solo los acontecimientos de la segunda mitad de la septuagésima semana de año tendrán lugar absolutamente **después** del recogimiento de la Iglesia. En el Apocalipsis son mencionados solamente estos tres años y medio, de una manera expresa, y entonces la Iglesia ya estará en el cielo.

c) En la mitad de la semana, el diablo será expulsado del cielo (Apocalipsis 12:7 y siguientes). Como sabe que tiene poco tiempo (v. 12) inducirá a sus dos grandes instrumentos, las dos bestias de Apocalipsis 13, a demostrar completamente su naturaleza verdadera. La primera bestia es la

cabeza política del Imperio romano (v. 1-10) y la segunda, la cabeza de la falsa religión (v. 11-18). Esta última se manifestará como el anticristo y la primera se revelará como el supremo blasfemador e instrumento satánico (Daniel 9:27; 7:25; Apocalipsis 13:5).

Esto significará para los judíos que el culto que ellos rinden en el templo de Jerusalén cesará, y que una imagen (probablemente de la cabeza política del Imperio romano) será colocada en el templo (Daniel 9:27; 11:38-39; 12:11; Apocalipsis 13:15).

Esto significará para el Imperio romano, probablemente, que el último resto de la cristiandad, es decir la cristiandad nominal, unida bajo la dirección de Roma, será destruido (Apocalipsis 17 y 18).

d) El residuo fiel de los judíos huirá de Jerusalén (Mateo 24:15-21). La segunda parte de los Salmos (cap. 42-72) refleja, proféticamente, los sentimientos de este residuo, mientras se halla fuera de Jerusalén. Sin embargo, dos potentes testigos de Dios, intangibles para sus enemigos, permanecerán en la ciudad (Apocalipsis 11:2-13).

El residuo huido será el objeto de todo el odio y persecución del anticristo (Apocalipsis 12:6, 13-17; Isaías 16:3, 4; 21:14, 15; Salmos 52, 55, etc.). Pero, simultáneamente, los juicios de Dios alcanzarán a Judea y al territorio del Imperio romano. Es la hora de la gran tribulación (Mateo 24:21).

e) Casi al final de estos tres años y medio, el rey del Norte (el vasallo de Rusia) y el rey del Sur (Egipto) atacarán, a la vez, a Palestina. El rey del Norte vencerá, conquistará a Jerusalén y se dirigirá, entonces, a Egipto.

f) El rey judaico (el anticristo) ha huido entre tanto hacia su aliado, el jefe político del Imperio romano. Junto con los ejércitos de Europa occidental regresarán a Palestina, se apoderarán de Jerusalén y matarán a los dos testigos de Dios (Apocalipsis 11:7, 8).

g) Sin embargo, cuando se oponen al residuo fiel, el Señor Jesús viene en las nubes del cielo y vence a su ejército, lanzándoles a ellos mismos al infierno (Zacarías 14:4; Apocalipsis 19:11-21). Así termina la septuagésima semana de años de Daniel.

h) Entonces vuelve a venir el rey del Norte de Egipto, por haber oído los rumores de Palestina, pero es destruido también (Daniel 11:45). Los judíos castigan a las naciones ubicadas alrededor de ellos (Isaías 11:14). Todas estas cosas se efectuarán, probablemente, en los primeros treinta días después del fin de la septuagésima semana de años (Daniel 12:11).

i) Entonces vendrán Gog y Magog, pero caerán en los montes de Israel (Ezequiel 38 y 39). Sin embargo, en ese intermedio el residuo de las diez tribus ha llegado también a Palestina (Ezequiel 20:37; 38:41). Esto tendrá lugar probablemente dentro de los 45 días posteriores a lo precedente (Daniel 12:12).

j) Tras estos hechos, vendrá el juicio sobre las naciones conforme está descrito en Mateo 25. Entonces no habrá rebeldía abierta contra el Señor Jesús, quien reinará en la tierra por mil años en paz y con justicia. Durante este tiempo, Satanás permanece atado en el abismo (Apocalipsis 20).

k) Al fin de los mil años, Satanás es desatado para poner una vez más a prueba a los hombres.

La mayoría de estos se pone de nuevo bajo su dirección y se sublevan nuevamente contra Dios y el Señor Jesús y sitian a Jerusalén. Entonces son muertos y Satanás es lanzado vivo al infierno (Apocalipsis 20).

Cielo y tierra perecen (2 Pedro 3) y los muertos son juzgados delante del gran trono blanco.

l) Sigue luego la eternidad, en la que los hombres que se han convertido —o sea, los renacidos— vivirán en la nueva tierra. También allí, la Iglesia ocupará un sitio especial y Dios morará en medio de los hombres.

## **¿Qué naciones serán juzgadas en Palestina?**

En Génesis 10 encontramos a los descendientes de Noé como los progenitores de las diferentes naciones. En el versículo 2 vemos que los hijos de Jafet son Gomer, Magog, Madai, Javán, Tubal, Mesec y Tiras.

Si consideramos que Media y Persia se han fusionado, según Daniel 6 y 8:20, entonces hallamos que todos estos nombres son designados literalmente en Ezequiel 38 y 39 como pertenecientes a Rusia, o a su esfera de influencia, excepto los nombres de Javán y Tiras. Y asimismo, aisladamente, un hijo de Gomer: Togarma.

Según Zacarías 9:13, Javán también será comprometido en la lucha final. Daniel 11:30 indica en relación con Génesis 10:4, que Javán será ligado con el Imperio romano. Javán quiere decir: Grecia. Hablaré de Tiras al tratar de la palabra “Ras” del libro de Ezequiel 38 y 39.

Los hijos de Cam fueron Cus, Mizraím, Fut y Canaán. Canaán fue destruida cuando los israelitas tomaron posesión de la tierra. A Cus (en muchas versiones traducido por «Etiopía») y a Fut los encontramos también en Ezequiel 38, en unión con Rusia. A Mizraím (Egipto) y a Cus los hallamos en Daniel 11:43. Cus está mencionado dos veces debido a que una parte de sus descendientes fueron a vivir en el Eufrates (Génesis 10:8-10) y otra parte en el Nilo, en África.

Los hijos de Sem fueron Elam, Asur, Arfaxad, Lud y Aram.

De Isaías 21:2, Jeremías 25:25 y Daniel 8:2 resulta que Elam significa: Persia. En algunas Biblias antiguas Aram es traducido por Siria.

Como hemos leído antes, Persia es vista, en Ezequiel 38, con Rusia. Siria con Assur (2 Reyes 16:9), el rey del Norte, que es un vasallo de Rusia.

Lud es siempre mencionado juntamente con Fut (véase Ezequiel 27:10; 30:5; Jeremías 46:9; Isaías 66:19). Pero no es mencionado expresamente en el tiempo final.

Arfaxad es el progenitor de Israel y de otros pueblos.

Así vemos, pues, que todos los nietos de Noé se hallan comprometidos en el combate final en Palestina, salvo Lud que, sin embargo, es visto, probablemente, en Fut, y Tiras. De este último se hablará luego.

Para poder seguir con provecho lo antes mencionado en este estudio, es útil consultar un mapa del mundo antiguo, en el cual se hallen designados los pueblos mencionados, con la indicación geográfica de los lugares donde se radicaron.

## **¿Es Rusia el “Ras” o “Ros” de Ezequiel 38 y 39?**

La palabra hebrea “Ras” o “Ros” está en Ezequiel 38:2, 3 y 39:1, en la versión Reina-Valera de 1909 y otras antiguas, traducida por “cabecera”. Indudablemente, la palabra también se halla en este sentido en la Biblia. Pero, además, también con otras significaciones, como «bilis» y también como nombre propio. Se ve, por ejemplo en Génesis 46:21, que un hijo de Benjamín tenía este nombre. Como es allí sin duda un nombre propio, se lo ha dejado sin traducir en versiones oficiales.

Lo antes mencionado es cosa muy frecuente en el Antiguo Testamento. Todos los nombres tienen allí una significación. Así, pues, a menudo cada traductor debe inferir, del sentido en el cual se halla usada una palabra, si se trata de un nombre propio que no ha de ser traducido, o si en cambio debe serlo.

¿Qué significa, pues, la palabra “Ros” o “Ras” en Ezequiel 38:2, 3 y 39:1?

La primera traducción del Antiguo Testamento al griego, llamada «de los setenta», fue realizada por sabios judíos menos de doscientos años antes del nacimiento del Señor Jesús. Vivían unos siglos tan solo después de Ezequiel y conocían bien, por consiguiente, el hebreo de aquellos días. Tomaron la palabra como designación de un pueblo, reproduciéndola por “Ros”. Esta traducción fue usada por el Señor Jesús y los apóstoles.

Las traducciones al griego de Teodocio y de Simaco, efectuadas más tarde, procedieron de igual manera.

Hebraístas del último siglo (Bochart, Vitringa, De Wette, Kuenen, David Levie, Smend, Bertholet, Dhum, Franz Delitzsch, W. Gesenius, Fr. Buhl, Darby, Kelly, Grant, Toy, etc.) han confirmado tal versión.

La traducción por “cabecera” ha encontrado buena acogida por S. Jerónimo, el corrector del viejo texto latino. Como argumento alega que en toda la Biblia no se halla ninguna otra mención de un pueblo que se llame “Ros”. Este mismo argumento ha sido seguido por otros traductores.

Pero los editores de las Escrituras de Jerónimo ya dan una refutación suficiente a este argumento, observando que también los nombres Kebar, Gammadin, Kilmad, Kub, Hetlon, Sebrain, etc. se encuentran únicamente en Ezequiel y en ninguna otra parte más. Y nosotros podemos completar aun esta lista con Diblath, Gebal, Hamona, Hauran, Helbon, Koa, etc. etc.

Esta traducción ha sido aceptada también por S. Jerónimo para la Vulgata (la traducción oficial de la Iglesia romana), teniendo, por consiguiente, gran influencia en las traducciones posteriores.

La expresión «príncipe de la cabecera de Mesec y Tubal» no constituye una buena frase, mientras que “príncipe de Ros, Mesec y Tubal” está clara. También la relación con los nombres de Mesec y Tubal señala la probabilidad de que “Ros” sea el nombre de un pueblo. Pero, a causa de que, en la época de S. Jerónimo, el pueblo de Ros no era conocido, se ha ocasionado este desvío del sentido claro de las palabras.

Los historiadores bizantinos –entre ellos León Diácono– llaman repetidamente “Ros” a los habitantes de Rusia. En virtud de eso declaró el conocido hebraísta W. Gesenius que no había duda de que “Ros” representa a los «rusos». El historiador Gibbons dice que “Ros” es la designación griega de «Ruso». Toy pone en relación “Ros” o “Ras” con Tiras en Génesis 10:2. En Génesis 10 Tiras, en efecto, es nombrado juntamente con Mesec y Tubal, que están relacionados con Ros o Ras también en Ezequiel 38 y 39.

En este sentido es interesante anotar que en 1825 apareció en Petrogrado un libro, en francés, titulado: «Origines Russes» de J. von Hammer. También este escritor trata de demostrar en él que el “Ros” que se halla en algunos lugares del Corán, es el mismo que Tiras en Génesis 10, el que nombra al progenitor de los rusos. Efectivamente, la supresión de parte de un nombre no es cosa extraordinaria en la Biblia. Recuérdese Abram – Abraham, Sara – Sara.

Si recordamos, también, que el río ruso «Dniester» se llamó antes «Tiras» y que en la desembocadura de este río se encontraba la ciudad del mismo nombre, así como que en aquel tiempo se llamaba el «Volga» «Rha», entonces vemos que estos pensamientos no carecen de fundamento.

Mesec y Tubal se escriben en griego: Meesoch y Thobel. Reconocemos en ellos, muy claramente, los nombres de Moscú y Tobolsk, las capitales de Rusia europea y de Rusia asiática, respectivamente. La región donde Moscú se encuentra se llamó antes Moscovia. Queda, pues, en claro la verdadera traducción de la palabra “Ros” o “Rosh”, útil para entender aquel pasaje profético.

## **Las setenta semanas de años de Daniel (cap. 9)**

La historia de Israel puede ser dividida en los siguientes períodos:

1. **Su origen:** el lapso desde el nacimiento de Abraham hasta la liberación de Egipto y la ley de Sinaí.
2. **La posesión del país:** el lapso desde Sinaí hasta la construcción del templo bajo el reinado de Salomón.
3. **La decadencia y el juicio:** a partir de la construcción del templo hasta la vuelta de Nehemías a Jerusalén para volver a edificar la ciudad.
4. **La restauración y la reconciliación:** desde la reedificación de Jerusalén hasta la completa reconciliación y la entrada en la gloria del reino de paz.

Lo sorprendente de esto es que Dios ha previsto para esas épocas sendos lapsos de 490 años cada uno, es decir, setenta semanas de años en cada período.

## La creación

Según Génesis 12:4, Abraham tenía 75 años de edad cuando recibió la promesa y salió de Harán para ir a Palestina. En Gálatas 3:17, el apóstol dice que la ley fue dada 430 años después. Entonces, desde el nacimiento de Abraham hasta la ley son 505 años. Pero, en estos están incluidos los 15 años de falta de fe, calculados desde el momento en que Abraham quiso hacer efectivas las bendiciones de manera carnal –tomando a Agar como mujer– hasta el nacimiento de Isaac (Génesis 16:3; 21:5).

## La posesión del país

De Hechos 13:18-22 obtenemos el siguiente cálculo:

<i>En el desierto</i>	<i>40 años</i>
<i>Conquista del país</i>	<i>x años</i>
<i>Desde entonces hasta el primer juez</i>	<i>y años</i>
<i>El tiempo de los jueces</i>	<i>450 años</i>
<i>Saúl</i>	<i>40 años</i>
<i>David</i>	<i>40 años</i>
<i>Salomón hasta el acabamiento de la edificación del templo</i>	<i>11 años</i>

De Números 9:1 y Josué 14:7-10 se desprende que «x» es igual a 6 años. Según Jueces 11:26 y según las cifras de los precedentes cálculos, se puede calcular que «y» debe ser igual a 14 años. De esta manera se llega al total de 601 años.

Durante esta cantidad de años los israelitas estuvieron bajo dominación extranjera, es decir:

<i>según Jueces 3:8-11, bajo Cusan-Risataim</i>	<i>8 años</i>
<i>según Jueces 3:14-30, bajo Eglón, rey de Moab</i>	<i>18 años</i>
<i>según Jueces 3:31-4:3, bajo Jabin, rey de los canaanitas</i>	<i>20 años</i>
<i>según Jueces 6:1; 8:28, bajo Madián</i>	<i>7 años</i>
<i>según Jueces 10:8, bajo los filisteos y los amonitas</i>	<i>18 años</i>
<i>según Jueces 13:1, bajo los filisteos</i>	<i>40 años</i>
<i>Total</i>	<i>111 años</i>

Si descontamos estos 111 años de los 601 años, nos quedan de nuevo 490 años.

Según 1 Reyes 6:1 y 38, tenemos 487 años. Entre estos, evidentemente, no han sido contados los 3 años de tiranía de Abimelec (Jueces 9:22; 10:10).

## **La decadencia y el juicio**

El templo fue terminado en el año 1005 antes de Cristo. En el año 445 a.C. Nehemías fue a Jerusalén para reedificar la ciudad (Daniel 9:25; Nehemías 2:5-8). Son entonces 560 años. Si les quitamos los 70 años de cautividad durante los cuales el pueblo no estuvo en el país, obtenemos de nuevo 490 años.

## **La restauración y la reconciliación**

En Daniel 9:24 nos enteramos de que setenta semanas, que son 490 años (compárese con Levítico 25:8), estaban determinadas sobre Israel y Jerusalén “para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos” (V. M.)

Esto debía tener su comienzo con la reconstrucción de Jerusalén y su fin debía ser una plena bendición. Después había de venir el Mesías, quien, empero, habría de ser rechazado. Entre la semana 69 y 70 ocurren acontecimientos que no se tienen en cuenta aquí.

Dios, quien no contó los años en que Abraham obró con falta de fe, ni los años de dominación extranjera y tampoco los años en que el pueblo tuvo que vivir en cautiverio fuera del país, ¿habría de contar acaso los años del tiempo del rechazo de su Hijo y la consecuente dispersión del pueblo entre las naciones? Es evidente que no.

Así, el transcurso de las setenta semanas es interrumpido durante el período de la Iglesia. Solo tendrá su continuación después del retorno de Cristo para arrebatarse a los creyentes